FRAY MOCHO



"LA PROVINCIANA"

Oleo por Ana Weiss de Rossi

N.° 678



FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 21 de abril de 1925 — Núm. 678

EL NUEVO DEPORTE

CAPITALISTAS. — Con estas trampas se puede, fácilmente, cazar incautos.

Dib. de Rojas.



HINDENBURG, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA ALEMANA



El célebre mariscal Hindenburg, cuya candidatura a la presidencia de la República Alemana, cuya elección se realizará el 26 del corriente, ha causado sensación en los estados europeos. — Fotografía obtenida antes de la gran guerra.



El mariscal, acompañado de los miembros de su estado mayor, durante su actuación en el frente de batalla ruso.





Retrato a lápiz, del mariscal Hindenburg, que se popularizó en Alemania.



Una de las últimas fotografías de Hindenburg, hecha mientras se desarrollaba la gran contienda europea, en la cual le cupo tan destacada participación.



VNA VISITA AL ASILO DE NIÑOS RAMÓN L. FALCÓN



El director y el celador del asilo, acompañados de los menores albergados en el citado establecimiento benéfico.

Cuando en el año 1904 ocupaba la jefatura de policía el general Rosendo M. Fraga, tuvo la feliz idea de promover la fundación de asilos económicos en cada una de las secciones de la capital, con objeto de librar de la vagancia a los menores sin amparo que pululan por las calles de la metrópoli.

La opinión pública y la prensa acogieron con entusiasmo la iniciativa y se comenzaron con éxito los trabajos preliminares; pero, por causas diversas, solamente la sección 28 pudo llevar a la práctica la benéfica obra, fundando, en 1.º de octubre de 1905, el Asilo de Niños Ramón L. Falcón, gracias a la cooperación prestada por numerosos vecinos.

Instalado en una modesta casa alquilada en la calle Maza, 243, inició su acción benéfica dando albergue y educación a un reducido número de niños.

Desde entonces, el establecimiento de referencia ha ido progresando tan brillantemente que hoy constituye de por sí el más elocuente testimonio en favor de la gestión honesta y acertada de las Comisiones que se sucedieron en la dirección del mismo. Todas ellas se esforzaron e ingeniaron para arbitrar recursos con que sostener el establecimiento y ampliar la esfera de sus loables funciones. Gracias a ello hoy cuenta el asilo con un edificio propio, que consta de dos cuerpos, situado en la calle Rioja, 662-68, donde reciben alojamiento y enseñanza un crecido número de menores sustraídos al vicio y a la delincuencia.

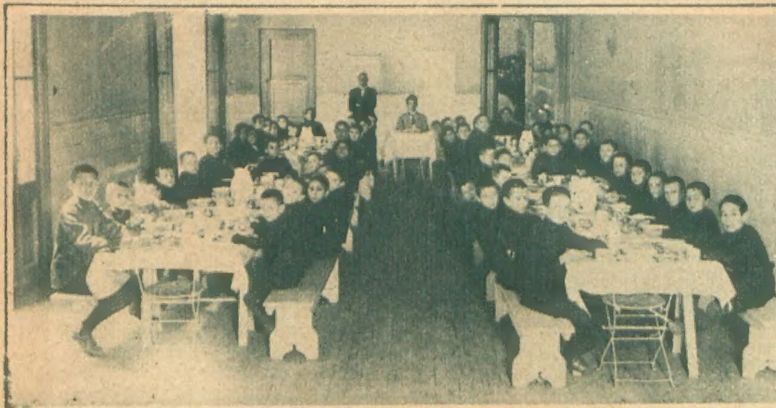
La actual Comisión Directiva del asilo se halla formada por los siguientes señores:

Presidente, Laureano A. Baudizzone; vicepresidente, Guerino Ortelli; secretario, Juan Castells; prosecretario, Alferio D'Urso; tesorero, Juan Bautista Vignolo; protesorero, Juan Magnin; vocales; José F. Ferretti, Federico Roubaud, Dr. Manuel Battaglia, Pedro Fernández Villarino, Jerónimo Morixe, Otto Ries, Dr. Tomás González, Félix Gerino, Arístides Saccone, Pedro Cagnoni, Armando Arcone, Remo Urbini, Saturnino García Anido, José M.ª Baña (hijo), Dr. José Sabelli; revisadores de cuentas: Héctor Zambra, Jesús Fernández; jury: Jerónimo Bonini, Julián Imiscoz, Celestino Lagorio, Valentín Ortelli, Juan Zuretti.

Esta Comisión se propone reanudar, para dentro de breves días, la publicación del Boletín Ilustrado, que antes editara la institución, y en el cual se reflejará la marcha de la misma.



Un grupo de asilados durante una de las clases de enseñanza.



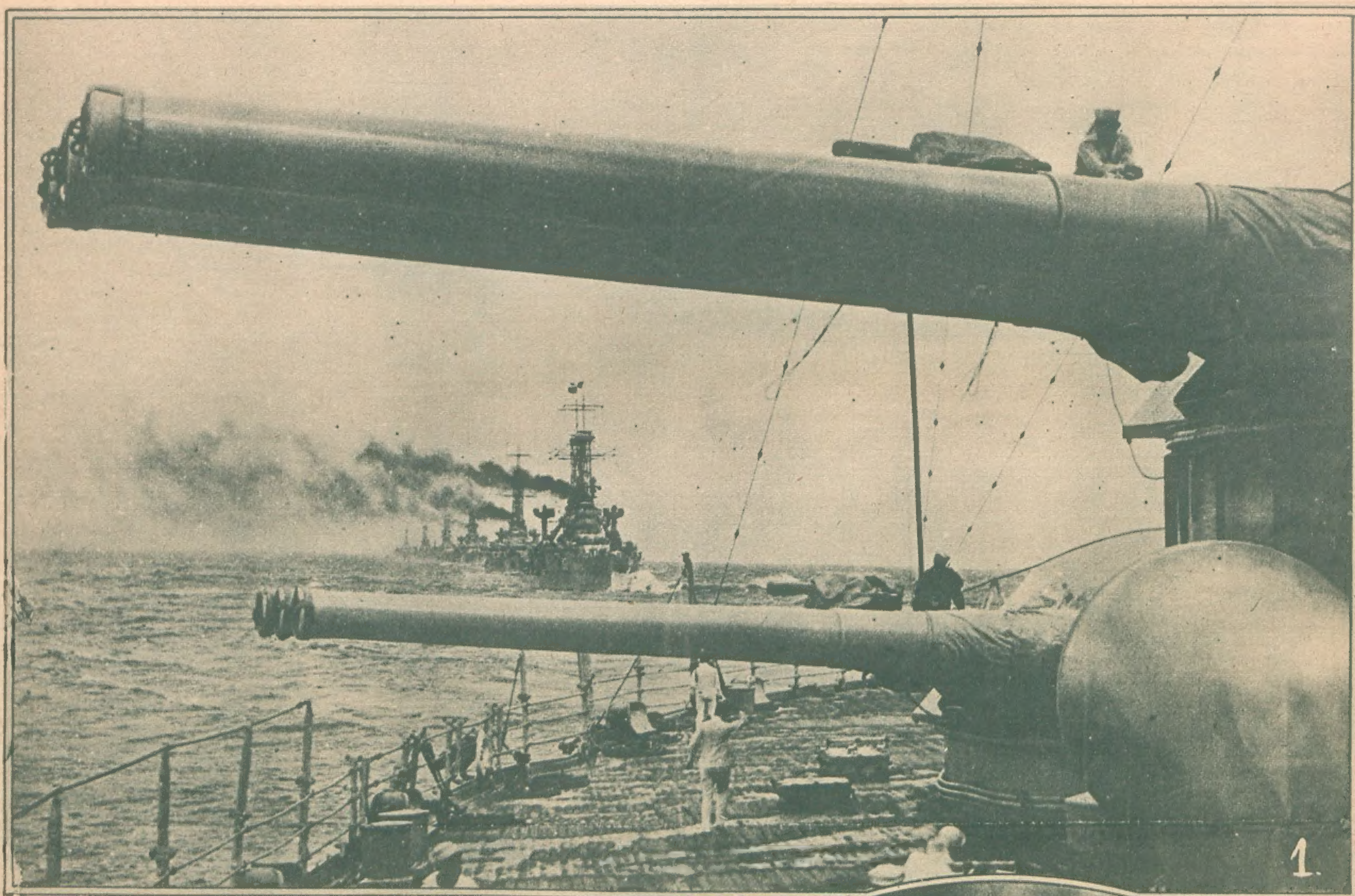
Los pequeños asilados en el comedor del establecimiento.

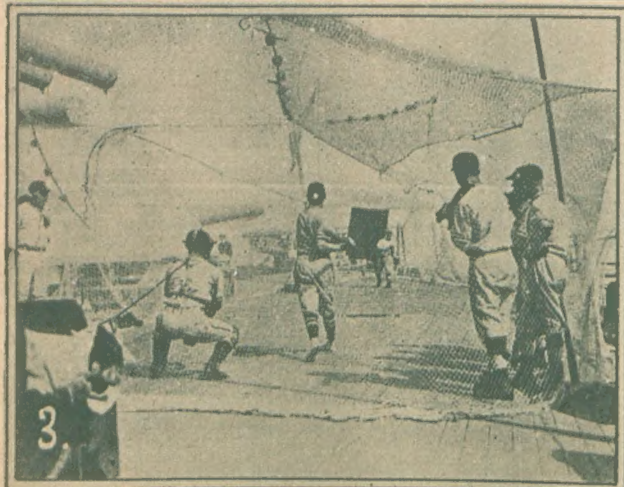


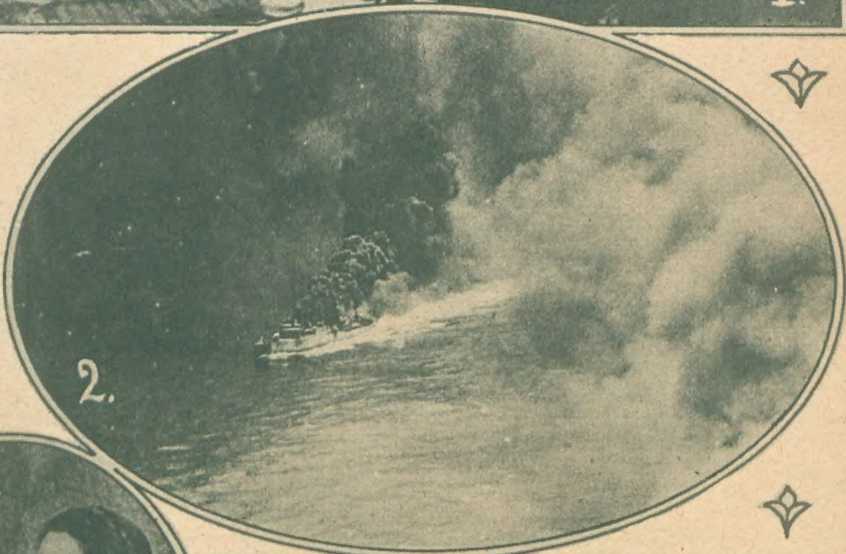
Frente del edificio social situado en la calle Rioja, 662 al 68.



Los miembros que integran la actual Comisión Directiva del Asilo de Niños Ramón L. Falcón.













1. **LA FLOTA DE ESTADOS UNIDOS EN LAS GRANDES MANIOBRAS.** Dreadnoughts de las flotas combinadas del Atlántico y el Pacífico, vistos desde la cubierta del Misisipí, al zarpar de San Pedro para realizar maniobras en las costas de la baja California. Los ejercicios comprendían un ataque al canal de Panamá, tiro al blanco y un ataque a las islas de Hawai. — 2. **UNA NUBE DE HUMO.** Vista desde un aeroplano, de un destróyer marchando a toda velocidad entre una columna de humo. Esta operación fué realizada, también, durante las maniobras. — 3. **EXTRAÑA ESCENA EN LA CUBIERTA DE UN BUQUE.** Miembros de un equipo de baseball, formado por marineros del Misisipí, entrenándose, con ayuda de redes, sobre la cubierta del buque, para tomar parte en el campeonato de los navales. — 4. **LOS HIJOS DEL CAPITAN.** Cuadro pintado por Luisa Lyons Heustis, artista de Nueva York, que ha obtenido el primer premio de 2.500 dólares, en la exposición de las Galerías de Anderson. Se presentaron 136 obras. — 5. **UNA NUEVA ROSA.** Julia Hoyt, actriz, con un jarrón lleno de rosas francesas, de color amarillo cobrizo, llamadas "Madame Alexander A. Dreux", que fué quien obtuvo esa variedad. — 6. **LOS SEÑORES DEL DESIERTO DESDEÑAN SUS VIEJAS CABALGADURAS.** Moros notables de Argel, abandonando el campo de las carreras de caballos, que se realizan anualmente en Biskra, cómodamente instalados en un modernísimo y elegante automóvil.

Comentarios

Corridas de toros

Nada menos que en el Tandil, se han realizado corridas de toros, autorizadas debidamente por las autoridades municipales. Tandil, como un solo hombre, concurrió ante tan peregrino anuncio; permitiéndose toda clase de emociones los pacíficos vecinos, que no sabían de lidia sino lo que podían informarles algún retrasado periódico.

Cuando se anunció la salida del primer toro, un ojo de perdiz que hubiera aterrorizado en sus mejores días al "divino carvo", un palmoteo unánime puso de manifiesto el general contento, al que pronto sucedió un verdadero pánico.

Toreros, picadores y demás gentes disparaban como poseídos. Los toros escapados de su encierro se diseminaban por todas partes. Gritos de terror, tiros a granel de policías y espectadores. Ni un solo herido, sin embargo... La casualidad se puso de parte de los tiradores, indignos de su habitantes de Tarascón, a pesar de sus puntos de contacto con los admiradores de Tartarín.

Esquinas ciegas

Las intersecciones de las calles de mucho tráfico, especialmente en aquellas que se deciden por una curva muy pronunciada, como Suipacha y Arroyo, o por infinidad de direcciones encontradas, como Charcas y Florida, representan un grave peligro, especialmente cuando como en el caso se suprime una vigilancia necesaria. Los conductores de vehículos entréganse al frenesí de la velocidad, y desembocan en la "esquina ciega" con una indiferencia absoluta de lo que puede suceder. Cuantas veces hemos presentido la catástrofe, antes de desembocar por Florida, en dirección a la plaza San Martín...

La dirección de tráfico, si quiere eliminar personal en los sitios en que justamente es indispensable, puede adoptar el sistema que se ha implantado en algunas ciudades de Norte América, es decir, colocar grandes espejos en las intersecciones de las calles de mayor movimiento, para facilitar el tránsito de automóviles, sin el peligro que implican las "esquinas ciegas".

Horarios

La apertura de cursos en las facultades y colegios nacionales ha puesto en evidencia una vez más la falta de tino para ordenar los horarios que han de regir durante el curso. Ello obedece a que como la mayoría de nuestros profesores tienen cátedras indistintamente en facultades y colegios nacionales, se ven en la imperiosa necesidad de buscar las horas más cómodas para poder dar abasto y cumplir en todas. A veces también tienen un empleo administrativo y esto viene a complicar la situación del profesor para lograr un horario oportuno que le permita cumplir su misión educativa, pero se salva la situación casi siempre en perjuicio de los alumnos, y así no es raro ver que las clases de dibujo se dicten a primera hora y las de matemáticas, que exigen una mayor concentración en el alumno, figuren a última hora, cuando el alumno ya está cansado y no sabe ni de lo que le hablan.

También se dan casos de profesores que deben poseer el don de ubicuidad para poder dar sus clases, pues como tienen cátedras en Buenos Aires y en algún otro colegio de la provincia, se ven en la dura necesidad de estar pendientes de la pitada de un tren para poder llegar a hora al establecimiento de enseñanza donde deben desparramar su ciencia.

Todo esto viene a demostrar el porqué existen facultades que están abiertas hasta las nueve de la noche habiendo empezado sus cursos a las ocho de la mañana.

El señor ministro debiera hacer algo para que nuestro profesorado no se viera tan recargado de trabajo, y crear cátedras, donde con una hora, fuera suficiente para que nuestros sabios pudieran llenar su cometido.

Colonos chaquenses

El ministro de Agricultura es hombre de conciencia y desea que todo ciudadano sea útil a su país. Días pasados dejó cesantes a varios empleados de la Defensa Agrícola, pero condoliéndose de la situación precaria en que iban a quedar pensó, y con muy buen acuerdo por cierto, que dándoles tierra en el Chaco podría aliviar su situación. Y así se hizo. Pero lo que no previó el ministro, es que gentes que estaban acostumbradas a ganarse el pan en un puesto burocrático, mal podrían de repente convertirse en buenos colonos, salvo que se haya adelantado a los acontecimientos, dando las órdenes oportunas para que mensualmente se les remitan todos los folletos que publica el ministerio referentes a temas ganaderos y agrícolas, y en ese caso, los empleados cesantes, si no cultivan la tierra para sacarle el rendimiento debido y poder vivir. Al menos con la lectura de esos folletos podrán distraer sus ocios y ponerse en condiciones de dar conferencias agrícolas y ganaderas.

Los preliminares del mensaje

Cuantos concurren ahora a las oficinas de la Casa Rosada se encuentran con que en la mayoría de las oficinas trabajan las máquinas de una manera desusada. Ello obedece a que cada repartición está poniendo en limpio el informe del respectivo ministerio para que sea pasado a su excelencia, y pueda redactar el mensaje que en breve ha de presentar al Congreso. A juzgar por el ruido ensordecedor, el mensaje de este año ha de ser algo voluminoso, salvo el caso de que a última hora, como ha sucedido en la mayoría de los casos, se opte por reeditar uno de los años anteriores, porque todos sabemos que casi todos los mensajes vienen a decir lo mismo en esencia: en todos abundan las promesas que casi nunca se cumplen, y constan de un exordio que es un modelo de retórica.

Ahora, en lo que respecta a la parte política en el mensaje de este año, habrá algo interesante, pues suponemos que el ministro del Interior tiene mucho que decir para defender sus derechos de árbitro de las situaciones provinciales, y además para aclarar la actuación de varias intervenciones que están dando bastante que hablar a los partidos políticos.

Desde ya podemos asegurar, aunque la reserva que se guarda sobre los puntos que tratará el mensaje de este año es muy severa, que él dará ocasión a que todos los caudillos políticos, así como los diarios, le traten desconsideradamente. Mucho se podrá decir en él, pero es más lo que dará que hablar.

Asaltos

Parece que entre los profesionales del delito se ha puesto de moda asaltar a la gente: se diría que ellos también arrastrados por la manía sportiva han creado este nuevo deporte donde tienen que poner a prueba sus condiciones de boxeadores y su habilidad para apoderarse de lo ajeno. Hasta ahora, parece que entre los que a tan novísimo sport se dedican hay varios campeones, pues son muchos los que consiguen burlar la acción de la policía. Si hasta hoy, son sus víctimas preferidas las mujeres, y si es posible de alguna edad, una vez que estén entrenados, es casi seguro que se atreverán hasta con los mismos campeones de boxeo y de fútbol, puesto que no les faltarán piernas para correr y puños para poner "locau" al que se presente.

Motivos de mi ciudad

Al espíritu de Deu, seco y en botella, de quien fuí su devoto por espacio de un cuarto de siglo, dedico estas impermeables líneas, en ocasión de la reciente destapada del fútbol catalán.

Todas las noches, después de haber dejado peladitas las costillas del asado de tira, concurro al almacén favorito de mi barrio, donde juego al truco un modestísimo "capuchinete". Y dando las 22, a la catrera, Paganini, la más de las veces, "vincitor", de tarde en tarde. Hago constar que soy demócrata hasta los caracuses, aunque nunca haya votado por la barra de Lisandro de la Torre.

La noche del martes de la semana anterior, mi almacenero y adversario al truco, se subió a la parra de la filosofía barata, y antes de echar cartas, díjome:

—Murió el obispo de Córdoba.

—Bueno. ¿Y qué?

Ahí no más, me le escapé del circuito necrológico, y ordené al dependiente:

—¡Che, Ferrol: el capuchino, bien caliente!

Mas mi almacenero y adversario a las barajas, volvió a la carga.

—Así es la vida: una estantería de injusticias. Muere el obispo Bustos y ponen la bandera nacional a media asta; pero fallece un hombre que ha impulsado el progreso nacional, como Samuel Hale Pearson, por ejemplo, y "pas" de bandera a la funeraria.

—¿Hay truco o hay...?

—Porque...

—¡Ferrol: el capuchincte!

—Porque yo creo que los hombres que han laborado por el engrandecimiento del país, merecen el homenaje póstumo de...

—Patrón: la catalana.

—¡Lotería!... Un momento, que ya vuelvo.

Yo aproveché el "intermezzo" para volverme todo oídos en dirección al mostrador.

—Buenas noches, doña Mercedes. ¿Y su marido?

—Al Pepet tudavie no ha ragrasado dal santro. Saguro ca s'ancuentra etrincherado frente a la pizarra da "La Prense", asperando nuevas telegráfiques dal partido da fútbol jugado an Barcelona. ¿Ma quiere dar un tubo da diez línies?

—¡Cómo le va!

—Ca los tubos no ma duren an el machero da la lámpara.

—El fútbol...

—¡Pracisamente! Racién s'habíen puesto a jugar al fútbol mi hijo Malchor con mi hija Marceditas, utilizando una palota da papel d'anvolver butifarras, y... ¡ediós tubo da diez línies!

—¿Qué más, señora?

—¿Tiene munyetas?

—¡Bah! Le recomiendo estos porotos de manteca, especiales, de la última cosecha.

—Ma da un kilo.

—¿Otra cosita, señora?

—¿A cómo vende los huevos?

—A 1.50 la docena. Fresquitos.

—Ma da cuatro docenes.

—¡Qué tortilla!...

—Ca no son para turtille sino para emasar una turteill meyúscula, ¡esí!, como la ruede da un quemión da vainte tunelades.

—¿Y qué es eso de turteill, señora?

—¡Una torte, bandito da Dios!

—¡Ya, ya! Una torta catalana.

—¡Dalicade!

—¿Y por qué le echa tantos huevos?

—Porque sa trate da la turteill da la victorie, la turteill ca mañane cumeremos an familie, fastejando la ravelación futbolística dal equipo da Barcelona.

—Diga, señora, ¿me convidará con un cachito?...

—¿Y dasde cuándo es usté catalán?

Félix LIMA.

LOS VIAJES Y LA POPULARIDAD



—Pero, che, ¡cuánto viaja este ministro Ortiz!
—Como en Buenos Aires no tiene éxito, hace lo que han hecho los cómicos Arata y Gómez, "se dedican al bosque".

La pequeña vendedora de violetas

(De mis recuerdos de París)

Por el Emir EMIN ARSLAN

Para "Fray Mocho".

De todos mis recuerdos de París, donde he vivido muchos años, ninguno ha quedado tan grabado en mi memoria, como la historia de amor de una pequeña vendedora de violetas, tan conmovedora era por su nobleza, su emoción y su sencillez.

Era en el barrio latino, adonde acudían doce mil estudiantes, procedentes de todos los puntos del globo, y ambulaban por aquel rincón de París, situado en la orilla izquierda del Sena, entre la Sorbona y el Colegio de Francia.

Entre los cafés, frecuentados exclusivamente, por los estudiantes, el más conocido era el que llevaba el nombre de café d'Harcourt.

Tuvo sus días de celebridad trágica. En una batahola, un estudiante dió muerte a un agente de policía. Los estudiantes se insurreccionaron y levantaron barricadas en el barrio.

En la orilla derecha, en la Avenida del Bois de Boulogne, la más bella y la más aristocrática de las calles de París, vivía en un palacio el señor M..., compatriota mío y hombre muy rico. Reunía en su mesa a la mejor sociedad y las más bellas artistas.

Un día me manifestó su deseo de ver de cerca la vida de los estudiantes y de la bohemia del barrio latino.

—Venga un día—le dije—al café d'Harcourt. Yo vivo cerca de allí. Avíseme con tiempo y le esperaré...

Inmediatamente me dió cita para el próximo sábado.

Aún cuando había nevado mucho, fué exacto. Las bromas y las ocurrencias de los estudiantes desencadenados por su juventud y la libertad de que disfrutaban allí le divirtieron mucho, y el señor M... se retiró ya muy avanzada la noche. La nieve caía más abundante y el frío era intenso.

Cuando estuvimos fuera, y mientras buscaba con la mirada su "coupé", vimos una muchacha de unos 17 o 18 años que se hallaba a la puerta del café. Para entrar en calor batía las manos y golpeaba los pies, calzados con zuecos. Iba vestida por completo de negro, llevaba una falda muy raída y un chal de lana negra, que, colocado sobre su cabeza encuadraba su semblante de virgen, muy pálido.

Apenas nos divisó se inclinó hacia un canasto que tenía delante y tomó un pequeño ramo de violetas para ofrecérselo a mi amigo. Pero al darse cuenta, por el hermoso abrigo de pieles que llevaba éste, de que no se trataba de un estudiante, tomó rápidamente otro ramo con la intención de aprovechar la oportunidad y vender los dos a la vez.

—Diez céntimos cada uno, señor—dijo con voz suplicante.

Y mientras el señor M... se quitaba sus forrados guantes para buscar unas monedas, yo le dije en árabe.

—¡Qué vida más terrible la de esta desventurada! Verse obligada a permanecer de pie a la intemperie a esta hora, con esta nieve y con este frío... Y todo para conseguir algunos céntimos...

Mi amigo la preguntó entonces:

—¿Cuántos ramos quedan en ese canasto, señorita?

Febrilmente los contó.

—¡Quince, señor! — respondió mirándole ansiosamente con sus grandes ojos azules.

—Bien. Yo se los compro todos, a condición de que regrese en seguida a su casa. Y al mismo tiempo arrojó en el canasto una moneda de oro de veinte francos.

La pobre muchacha quedó atontada. Miraba la moneda de oro, sin animarse a tocarla, sin saber qué decir, ni qué pensar. Posiblemente creyó que la moneda no era buena.

—¡Y bien!—exclamó el señor M.—¿A qué espera? ¿No la he dicho que tenía que marchar en seguida a su casa?

—Pero... ¡Entonces, es cierto, señor? ¿Me da usted eso para mí?—preguntó con voz ahogada por la emoción.

Mi amigo se echó a reír y la dijo:

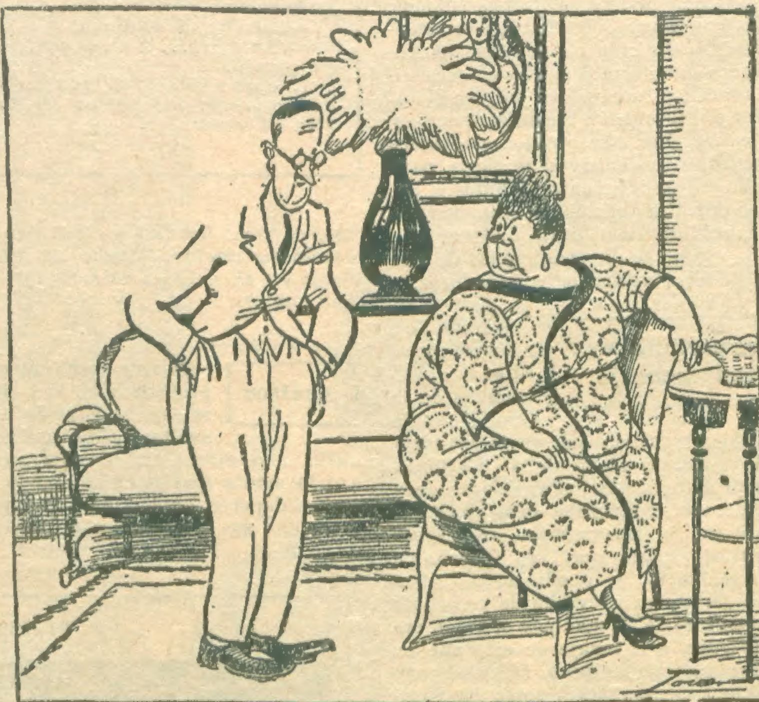
—Tan cierto como es. Y no tenga temor alguno, la moneda no es falsa.

La muchacha enrojeció por haber dejado traslucir sus impresiones.

El carruaje se había acercado ya y se detuvo ante nosotros, y mientras subía el señor M... y se inclinaba para arreglar la manta de piel que le cubría las piernas, la muchacha tomó apresuradamente cuantos ramos cabían en sus manos y con un gesto lleno de elegancia los arrojó a los pies de su generoso donante.

Y en la triste calle desierta y solitaria yo distinguía la delicada silueta de la joven destacarse en el blanco fondo de la nieve.

MARIDO REFLEXIVO



Ella.—Qué ¿no me llevas al baile en el "Manzana Hotel"?
El.—¿Para qué? ¡Para que lo pases tan aburrida como el año pasado, que no hubo uno que te sacase a bailar!

Llegué, a mi vez, a mi casa, satisfecho de haber provocado aquel acto de generosidad, uniendo mi pensamiento al de la pobre desventurada para calcular cuántos ramos de violetas tenía que vender para conseguir una ganancia de veinte francos.

Una semana después, el señor M... me manifestó que pensaba volver el sábado siguiente, y, en efecto, fué.

—Me parece—le dije al verle—que le ha tomado usted el gusto a esta vida de estudiantes.

—Sí,—me respondió sonriendo.—Es muy divertida y además eso altera un poco la monotonía de la vida de sociedad, llena de etiqueta, de protocolo y de farsas ridículas.

Nos instalamos y comenzamos a divertirnos con todas las bromas de los divertidos estudiantes, cuando, de repente, el señor M... me preguntó.

—¿Y la pequeña vendedora de violetas? ¿Está siempre en el mismo sitio?

—Creo que sí,—le respondí.—Yo no la he vuelto a ver desde la otra noche.

—¿Cómo es eso?

—Porque yo entro y salgo por esta puerta que da a la "Boulmiche"... Así se llama en el idioma de los estudiantes al Boulevard Saint Michel, mientras que ella se situa en la parte que da hacia la Sorbona, del lado opuesto.

—¿Sabe usted que no está mal del todo?... ¡Por el contrario la encuentro hasta bonita!!...

—Sí. Es vistosa y su chal de lana encuadra bien su cabeza de virgen...

—¿Por qué razón llevará esta vida de miseria y ningún estudiante se ha inclinado para recoger esa flor, que vale más que cualquiera de estas jóvenes que vemos por aquí?

—¡Quién sabe! Acaso prefiera ella venderles a la puerta del café sus ramos de violetas a 10 céntimos... que venderse ella en el interior por 10 francos...

El señor M... se echó a reír y me dijo:

—¿Cree usted en la virtud de las mujeres, y principalmente de las de aquí, de París... y más que nada de las del barrio latino? Se ven mujeres del mundo... y del mejor, casadas y madres de familia entregarse por una joya o un vestido...

—No obstante, — le respondí, — hay muchas excepciones... Se conocen muchas obreras de una virtud ejemplar, irreprochable.

—No sea usted inocente,—me respondió.—Todo depende del precio...

—En mi sencillez,—insistí, un poco amostazado,—yo no he podido jamás comprender, ni concebir, cómo puede encontrarse placer en un amor que se obtiene con dinero contante y sonante, como pudiera comprarse un gato, un pequeño gato de Angora con una piel suave, fina, que se acaricia con deleite, mientras que el animal se deja acariciar sin mayores preocupaciones.

El señor M... derrochaba sumas fabulosas con artistas... comprendió la alusión, no continuó el tema y cambió de conversación.

Pero aquella noche se retiró temprano. Se levantó, se dirigió hacia la puerta donde esperaba encontrar a la vendedora de violetas; y, en efecto, allí estaba, siempre con la misma falda, el mismo chal, los mismos zuecos y el mismo canasto de flores.

Maquinalmente tendió la mano con el ramo de violetas, pero al reconocer al señor de la moneda de oro, tuvo un gesto de pudor, un escrúpulo, y no se atrevió a hablar. Entonces él la dijo amablemente:

—¿Quiere usted darme un ramo, señorita?

La muchacha se apresuró a obedecer y él le dió una moneda de cinco francos.

—No tengo cambio, señor. ¿Quiere permitirme que vaya a buscarlo? Colocó el canasto de flores en el suelo, como en garantía de la moneda y se disponía a marchar cuando mi amigo la dijo:

—Pero no, señorita. Eso no vale la pena, guárdese la moneda.

Y la muchacha se confundía en agradecimientos, repitiendo:

—¡Gracias, gracias, señor! ¡Es usted muy bueno!—Y sus pálidas mejillas se tiñeron de rubor con lo cual se embellecieron.

El señor M... la contempló un momento y la dijo:

—¿No la agradaría tener un pequeño puesto de flores, en lugar de estar aquí como una mendiga, vendiendo ramos a 10 céntimos?

—¡Oh!—exclamó ella con tristeza.—Para eso sería necesario disponer de dinero... de mucho dinero... ¿Dónde quiere usted que yo lo encuentre?

—¿Cuánto necesita?

—¡Oh! No lo sé, siquiera... Jamás he pensado en ello... ¿A qué hacerse ilusiones y castillos en el aire?...

—¡Quién sabe! ¡Acaso un día llegue a favorecerla la suerte... Pero es necesario saberla tomar donde se encuentra... y al vuelo...

Yo miré a la pequeña. Estaba entretenida vendiendo flores a muchachas que salían del café y no parecía haberse dado cuenta de la pérfida insinuación del señor M...

Al volver a mi casa, me hice la reflexión siguiente: Acaso se verá algún día a esta muchacha en su carruaje, por la orilla derecha, para caer luego, agotada su juventud, en la vejez y en la miseria... como ocurre a tantas otras semejantes a ella.

Tres días después, al entrar por la tarde en el café, distinguí, con gran sorpresa mía, al señor M..., que se hallaba sentado junto a una mesa y leía un periódico.

—¡Cómo! — exclamé. — ¿Usted aquí? Decididamente le ha tomado el gusto a la vida bohemia.

—Esta tarde estaba libre y solo, y como no tuve tiempo de avisarle, vine aquí, a la ventura, con la esperanza de encontrarle.

Comprendí inmediatamente que no decía la verdad, y que me ocultaba algo, y para saber a qué atenerme, le pregunté:

—¿Ha vuelto usted a ver a la muchacha de las violetas?

—No... No...—me respondió secamente.

La forma de contestar confirmó mis dudas. Apenas me instalé, me dijo:

—¿Qué le parece que nos fuésemos a otro café?

—Son todos iguales o parecidos,—le dije.—Pero vamos si lo desea.

—Sí. Vamos.

Nos levantamos para salir. Esta vez en lugar de marchar hacia la puerta donde se encontraba la vendedora de violetas, él se dirigió hacia la del boulevard...

Pero, como teníamos que ir al café del Pantheon, debíamos pasar por la pequeña plaza de la Sorbona, a pocos pasos del lugar en que se hallaba la muchacha. Al verla, le dije:

—Allí está. Siempre en su puesto...

Pero él continuó su camino sin volverse siquiera.

En el café del Pantheon, me manifestó que era más divertido el de Harcourt, y ese pretexto le sirvió para levantar la sesión...

—Voy a acompañarlo. Está usted muy lejos de su casa.

—En absoluto, — le respondí. — No tengo más que cruzar el Colegio de Francia. Vivo en el boulevard St. Germain, casi enfrente. Prefiero caminar un poco antes de acostarme.—Y nos separamos.

Intrigado por conocer la causa de su visita imprevista, tomé nuevamente el camino del café d'Harcourt y me dirigí hacia la muchacha. Para entrar en materia la compré un ramo de violetas.

—¿Cómo va, señorita?—la dije.

—Bien, señor. Muchas gracias, — respondió ella tranquilamente.

Después de una corta pausa, exclamé:

—A propósito... ¿Y ese puesto de flores?

—¡Ah! ¿Le ha contado su amigo?

—¡Por supuesto!—me limité a responder con esa seguridad que no dice nada y que tampoco compromete lo más mínimo.

—¿Y qué le parece a usted?—me preguntó ella.

Yo me encontré en una situación comprometida, porque el señor M... no me había dicho nada.

En aquella época yo seguía el curso de ciencias políticas que dictaba Mr. Gurel, y en la primera lección de diplomacia nos había enseñado que el diplomático debe siempre dar a entender que sabe lo que ignora, y que ignora lo que sabe. Tratar de ensayar esta máxima con una pobre muchacha, me repugnaba, a pesar de lo que dice Marcel Prevost, ese maestro que tan a fondo conoce la psicología femenina, "que la mujer más ignorante puede envolver al hombre más inteligente".

Ensayé pues de poner en práctica la diplomacia a mi manera, y responder con frases equívocas que no decían nada en sustancia.

—Eso depende, señorita,—exclamé.

—¿Depende de qué?

—De cómo se miren las cosas...

—¿Y cómo las considera usted?

—¡Ah! Existe el pro y el contra... —Y al mismo tiempo pensaba.—Diablo de muchacha, es pícara...—Y buscaba la forma de salir del atolladero, cuando de pronto, bajando la voz, me dijo:

—Pero, señor. Las mujeres no faltan... El puede pagarse el lujo de pretender marquesas y duquesas. Pero por lo visto eso no le basta y busca variedad. Esa clase de hombres creen que todas las mujeres se venden y que todo es cuestión de precio...

—¡Calle! — pensé yo. — Se pudiera decir que esta muchacha ha oído nuestra conversación del otro día.

—¿Pero usted le ha dicho a mi amigo todo eso?—la pregunté con una secreta satisfacción.

—¿Y por qué no? Yo no tengo pelos en la lengua. Además, — continuó, — él creyó que ofreciéndome mil francos, con el pretexto de ayudarme para poner un puesto de flores, iba yo a ofrecerme a él, como ofrezco mis ramos de violetas. Sin duda su amigo pensó: He aquí una vendedora que tiene que estar día y noche entre el barro y la nieve para ganarse un par de francos diarios y ofreciéndola mil francos haré de ella lo que quiera...

Luego se echó a reír, agregando:

—¡Había que ver la cara que puso cuando yo le dije: Guárdese su dinero, señor. Prefiero vender mis ramos de violetas, a 10 céntimos, a vender mi corazón y mi cuerpo... Si usted desea mujeres, mire a todas esas que están en el café, todas están en venta y no son caras... por diez francos, y aún por menos...

De pronto se abrió la puerta del café y salió una mujer a la que denominaban en el barrio "La Pantera", y pasó junto a nosotros con un aire majestuoso.

—Esa era como yo, vendedora de flores. Ahora ni me mira, pero esperemos al final. Yo prefiero mil veces mi oficio al suyo y si llegara un día en que yo quisiera entregarme será

EN UNA EXPOSICIÓN



El.—¡Qué manera de pintar el agua! ¡Si realmente parece que se está moviendo!
Ella.—¡Y se siente hasta la humedad! Y vámonos, Prócoro, porque ya sabes que a mí la humedad me sienta muy mal por el reuma.

a alguien que me ame y a quien yo ame y no al que busca comprarme.

Salieron entonces unos estudiantes que gritaban alegremente y la muchacha me abandonó para ir a ofrecerles flores.

Yo reanudé mi camino pensando. Esta muchacha habla como un libro, y esta virtud es rara, sobre todo en París, donde las tentaciones son fuertes y abundantes, y cuando se tienen que sufrir tantas privaciones y miseria. Esta virtud es rayana al heroísmo.

Yo me sentía contento y feliz de que aquella muchacha hubiese dado semejante lección al señor M..., al mismo tiempo que confirmaba mis palabras, de que no todas las mujeres son iguales, y no se puede obtenerlo todo por dinero.

Comencé a sentir por aquella muchacha una admiración sin límites, a causa de la honradez de que había dado pruebas.

Pasaron los días y siempre que yo iba al café, no dejaba de comprar unos ramos de violetas, interesándome siempre por la marcha de su negocio. La muchacha parecía siempre contenta y feliz por su suerte.

Una noche al entrar en el café vi a uno de mis compañeros de barrio conversando con ella. Cuando entró le rogué que viniese a acompañarme y aceptó.

—¿Hace mucho tiempo — le dije — que conoces a esa vendedora de violetas?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque yo la admiro, ya que con su belleza y juventud podía substraerse a esa vida miserable y vivir bien, al abrigo de todas las necesidades.

—¡Ah!—me dijo.—Voy a darle a usted la clave de ese enigma. Ama a uno de mis camaradas tan pobre como ella, si es posible, y por nada en el mundo le sería infiel. No la han faltado realmente, ocasiones, pero no hay nada que hacer... Eso le explicará a usted por qué nadie aquí la falta al respeto. Ella sabe en seguida poner las cosas en su justo sitio.

Entonces lo comprendí todo. Era el amor, el divino amor el que como dicen, es más fuerte que la muerte, el que daba a esta muchacha el valor necesario para resistir a todas las tentaciones y sufrir todas las miserias de la vida.

Me creí en el deber de hacer saber a su amado aquella prueba de fidelidad de la muchacha, y referí la aventura del señor M..., su confusión, y terminé diciendo:

—Cuente usted todo esto a su amigo, pues le producirá un gran placer ya que constatará cuánto es el amor de esa muchacha, y cuánto tiene de verdad y de sincero, sobre todo en los tiempos que corren y aquí en nuestro barrio.

—¡Oh!—me respondió el otro.—El lo sabe bien y también la ama mucho y sufre horriblemente, no sólo a causa de su pobreza sino también porque conociendo su situación ella le ha prohibido defenderla en lo más mínimo.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un trabajador inteligente... ¡Oh! Llegará sin duda... Ya lo verá... Llegará y hará rápidamente su camino...

Han transcurrido diez años. Todos los estudiantes de esa época se han dispersado por todo el mundo. Casi siempre que he pasado por París he ido a dar una vuelta por el barrio latino donde he pasado los más bellos años de mi juventud. Y siempre he ido a comer al café d'Harcourt.

De todos los camareros no quedó más que uno, llamado Carlos. Era el que acostumbraba a servirme. Siempre que me vió entrar se precipitó hacia mí para saludarme con alegría e informarse de mi situación. Luego me dirigió la pregunta tradicional:

—¿Va a almorzar?

—Sin duda, Carlos. El menú de costumbre. ¿Lo recuerda?

—Sí, señor. Sopa de cebolla Burdidiesse y cassoulet, con un medio litro de vino gris de Lorena. ¿No es eso?

—Así es, Carlos. Lo felicito por la buena memoria.

Antes de prepararme la mesa, fué, como de costumbre, a buscarme los diarios y revistas.

Cuando volvió con la comida le dije:

—¿Me parece que no queda ya nadie de nuestro tiempo, verdad?

—No señor. Todos se han dispersado, y son pocos los que permanecen fieles, como el señor. Además—agregó con tristeza, — la bohemia está a punto de desaparecer poco a poco...

Mientras yo tomaba mi sopa, Carlos volvió y me dijo:

—Sin embargo. Hay aquí una persona a quien debe usted conocer.

—¿Dónde está, Carlos?

—Allá enfrente. Al otro lado del salón.

Paseé la mirada por todas mesas, pero no reconocí a ninguno de los que se hallaban comiendo.

—No reconozco a nadie.

—Fíjese bien en aquel señor rubio, que está frente a la dama que lleva el sombrero con plumas blancas.

—Ya los he mirado... Ella es linda...

—¿No la reconoce?

La volví a mirar y respondí negativamente. Sin embargo, aquella cabeza no me era completamente desconocida y me parecía haberla visto en otra parte.

—Pero si la veía usted todos los días...

—¿Dónde?

—Aquí mismo.—Y antes de darme tiempo para adivinar, agregó.—Sí, es la pequeña vendedora de violetas que se colocaba allá en la plaza de la Sorbona.

Yo abrí los ojos, admirado.

—En efecto — exclamé. — Es ella. Pero cómo quiere usted que la reconozca nadie con ese bello sombrero y ese traje. Además ha engordado... ¿Y quién es ese señor que la acompaña?

—El doctor P..., profesor de mucho talento y de un gran porvenir.

—¿Están casados o...?

—No, no. Casados en el registro civil, y por la iglesia. Con todas las de la ley. Usted debe haberlos conocido cuando él era estudiante pobre y ella vendía violetas. En cuanto pudieron se casaron...

Y por cierto que bien se lo mereció ella — continuó Carlos. — Jamás hombre alguno obtuvo de ella ni esto —e hizo sonar la uña del dedo pulgar con los dientes.

Una vez hubo un rico de la orilla derecha, y que vivía en la Avenida del Bois, que vino a ofrecerla mil francos por un paseo sentimental. Pero ella —dijo Carlos—lo mandó a paseo con todos los honores debidos a su casta. No hay muchas mujeres que puedan decir lo mismo. — Y terminó Carlos, con su bondad filosófica. — Justo es que alguna vez la virtud sea recompensada.

Luego, con toda majestuosidad fué a buscarme el segundo plato.

Aquel día, partí del barrio latino más contento que de costumbre, pensando en que esta aventura parece un cuento; y sin embargo se ha desarrollado ante mis ojos, en pleno París y en pleno barrio latino... Y lo más original es que no es la única de este género que conozco...



Nuestros poetas

Arturo Capdevila

Por **Ernesto MORALES**

Arturo Capdevila apareció en las letras nacionales con un libro elegíaco que hizo a muchos volver las miradas hacia el neófito: llamábase "Jardines Solos", y no era el vulgar libro de versos de amor de todos los principiantes. Mas nunca se esperó que se superara de un modo tan concluyente y en tan poco tiempo. Su segundo libro: "Melphómene", por la fuerza angustiosa de su acento, por lo inspirado de su espíritu y lo desgarbado de su voz, hizo asombrar a no pocos. Hallábanse, por fin, en las letras americanas, con un poeta original cuyo acento bíblico y áspero no venía ya del bulevar francés al través del decadentismo rubendariano. Era éste un hombre cuyas eran las más trascendentales preocupaciones filosóficas. Y su voz, a la que el dolor íntimo más terrible prestaba colores de sinceridad, fué oída con aprobación unánime en toda América. "Melphómene", por otra parte, tiene composiciones que bastan para consagrar a un poeta.

Pasan unos años, el dolor se apacigua, y la voz del poeta que ha hallado oasis en el amor, serénase. "El Poema de Nenúfar", su tercer libro, es una égloga deliciosa. La paz de los campos y la dulzura de la inspiración se hermanan, aun cuando para cantar un amor que la muerte trunca, pero a la que ya no se apostrofa como en "Melphómene", sino que se acoge con resignado espíritu cristiano.

El problema del "¿dónde venimos?" y "¿hacia adónde vamos?" no dejó, sin embargo, de trabajar el espíritu del poeta. "El Libro de la Noche", lleno de interrogaciones al misterio y de dudas, así lo prueba. Capdevila se busca en la naturaleza. Espíritu panteísta, que va de lo trascendental a lo más mínimo, observa el vibrar del astro y el volar del insecto: ve en ambos respuestas a lo inexplicable.

Su último libro de versos: "La Fiesta del Mundo", es un canto de optimismo. El poeta se siente maduro y próvido, su labor se carga de flores y su vida de amor; torna entonces la vista hacia lo que lo rodea, y lo canta ódicamente. Mas robusto y seguro de sí, el poeta se da a las cosas y a los acontecimientos, sin dejar de desentrañarles el misterio de vida que hay en ellos encerrado y para el que siempre tuvo vuelto la más sagrada inquietud de su espíritu.

A más de su obra formalmente poética, Capdevila supo tallar en prosa fuertes libros de honda emoción, tales como "La Dulce Patria", "El cantar de los cantares", "La Sulamita".

Ahora, peregrino por lueñes tierras, en un diario de la mañana ha venido publicando los versos que las leyendas del terruño hispano-lusitano, tan rico en ellas, ha bisbisado en lo más recóndito de su entraña palpitante. Y el mar también abrió sus ojos al asombro de su misterio. En tal venero, ha ido a buscar el poeta los motivos de un nuevo canto de los que estará henchido su próxima obra: la aguardamos.

EN VANO

¡Cuánto verso de amor, cantado en vano!
¡Oh, como el alma se me torna vieja
cuando me doy a recordar la añeja
historia absurda del ayer lejano!

¡Cuánto verso de amor, gemido en vano!
Primero, fué el nectario, y yo la abeja...
Después mi corazón halló en tu reja
la amarga nieve que lo ha vuelto anciano.

¡Cuánto verso de amor, perdido en vano!
—Hoy están mis ventanas bien abiertas;
hay sol... hay muchas flores... y es verano...

Pero da pena ver, junto a mis puertas,
en un montón de mariposas muertas,
¡tanto verso de amor, llorado en vano!

IN MEMORIAM

Madre del alma, madre: Es la hora en que pienso
las cosas más amargas. De par en par abierto
está el ensombrecido palacio del recuerdo.

Por las desiertas salas, bajo los sacros techos,
la vieja pompa es humo; toda la casa, un hueco:
y en el hogar, tú sabes que es ya ceniza el fuego.

Así es la vida: polvo. Menos que polvo: viento.
Menos que viento: sombra. Menos que sombra: un eco...
Acaso un eco inútil. ¡O todavía menos!

¿Qué me quedó siquiera de tus sagrados besos?
¿Qué me quedó de aquellas caricias de otro tiempo?
Polvo en la frente... ¡Vana ceniza entre los dedos!

¿Qué me quedó siquiera de tus postreros besos?
Contigo se callaron. Contigo se durmieron.
—También los enterramos, dirá el sepulturero.

Por el callado alcázar de mi recuerdo, yerro.
Contémplanme las quietas cariátides de yeso,
y hay una que interroga:
—¿Qué quiere acá, ese muerto?

REMORDIMIENTO

¡Hace frío en la noche desierta!
¡Azul de cenizas se quedó la brasa!
Bueno. Ahora yo cierro mi puerta,
me escondo en mi cueva, me guardo en mi casa.

Nadie venga a buscarme a mi encierro.
Si muero, que digan este desvarío:
Una vez había en un hueco un perro,
y el perro en el hueco se murió de frío.

Con tantas andanzas—bien y malandanzas—
perdí tiempo en lerdas peregrinaciones,
desde el bosque rosa de las esperanzas
hasta el lago de oro de las ilusiones.

Hoy después de aquellas bien y malandanzas,
y después de tantas peregrinaciones,
se marchitó el bosque de mis esperanzas,
se me secó el lago de las ilusiones.

Sólo queda, amigos, el mal que yo he hecho,
un mal tan astuto, tan firme, tan mío,
que en él puse todo lo que hay en mi pecho
de sombra, de pena, de muerte y hastío.

Cien almas, mil almas por mi daño gimen;
que así es esta culpa de larga y de ancha.
No hay Jordán que me lave mi crimen.
No hay agua que pueda borrarme esta mancha.

Mi verso asesino, mi verso perjuro
ha sido una flecha bien envenenada.



Arturo Capdevila

Dibujo de Bilis

No hagáis versos, poetas; yo os juro
que hacer versos es cosa malvada.

Yo herí con mis versos un alma infinita,
con verso cobarde que espera y que acecha.
¡Maldita la estrofa que rima maldita!
¡Maldito el arquero que empulga esa flecha!

Hacer versos, poetas, es cosa
tan vil que es preciso dejar que los haga
no más que el prosaico cargado de prosa,
o el que cubre con flores su llaga.

Por esto, poetas, yo hago mi verso,
y practico estas obras manchadas,
este crimen rimado y perverso,
este modo de dar puñaladas.

Mas dejo que el tiempo me humille y me venza,
y sea un alfanje sutil que traspasa.
Yo mismo, yo mismo me tengo vergüenza...
Por eso yo mismo me encierro en mi casa.

CANCIÓN DE LA RECIÉN NACIDA

Sol de la mañana, sol del mes de julio,
hazme luminoso, que nació mi niña.
Parecer quisiera resplandor del cielo,
ser todo glorioso en gloria de la hija.
Mirarla con unos tan serenos ojos
que mirarla fuera mirarla y ungirla.
Tenderle unas manos que sólo se hubieran
arrimado a castas blancuras divinas.
Besarla con unos purísimos labios
que sólo supieran palabras purísimas.
Quererla con alma renovada y buena...
y recién nacida...

Sol de la mañana, ponme luminoso,
que nació mi niña.

Cuando en la primera mantilla rosada
ya me la mostraban a mi pequeñita,
lágrimas del alma lloró mi ternura...
y tuvo rocío la flor de mi vida.

Abrieron los cielos doseles azules,
los cielos que estaban color de ceniza,
húmedos y fríos, lloviendo, lloviendo
hasta siete días.
Oyóse en el barrio canción de canario.
En la casa de altos los niños reían.
La mañana estaba vestida de fiesta
y el sol alegraba la mañana linda.
Los cielos se abrieron en tiendas azules
bajo un gran sol de oro, cuando ella nacía.

Agrándese el mundo, y el que espera, espere;
porque a la esperanza le ha nacido amiga.

Sostén halló el débil y bordón el pobre
que por los cansados caminos camina.
Ahora de cierto se aumentó en el mundo
la paz y la dicha.
Ahora de cierto verán las estrellas
las cosas mejores mejor protegidas.
Alégrate, hierba, y tú, nido, canta;
y vosotras, horas, bailad de alegría.
Y tú misma, estrella de la noche, alégrate,
que a ti misma, estrella te ha nacido amiga.

¡Ah! quién me dijera que del barro mío
esta flor naciera, esta luz saldría;
de mi gran pobreza este gran regalo...
este gran regalo de mis pobrerías...

Alégrese el mundo y el que fía fíe
que a la fe le acaba de nacer amiga.

Por las calles salgan, a los parques vengan,
que nació mi niña.

Tremolen banderas en los bulevares,
repartan confites en las avenidas.
Aviadores vuelen por los claros cielos
y arrojando vayan moneditas limpias.
Llamad a los niños y abran siete puertas
a todos los niños las jugueterías.

Párese el martillo, descanse la pala,
quédese la aguja donde está, prendida.
Canten jubileo por toda la tierra,
que nació mi niña.

Entrese a la rada, donde todos vean,
buque milagroso que atraque en la orilla.
Bájense del buque marineros fuertes
y saquen las cargas de sus maravillas.
Que haya para todos y cada uno tenga
lo que necesita.

Y bajen tesoros en arcas profundas
y esténse bajando tesoros cien días.
Que haya para todos y cada uno tenga
lo que más quería.

Agrándese el mundo, y el que sueña, sueñe;
que cosas soñadas se verán cumplidas.
¡Alégrate, hierba, y tú, nido, canta;
y vosotras, horas, bailad de alegría.

Ahora en la cuna de blancos cendales
se durmió confiada la recién nacida.
Y la madre canta, sin saber que canta:
Duérmase mi niña...

ARANYAKA

No creáis que dejo de querer a veces
alejarme de estos mis afanes pobres:
pobres alegrías, pobres esperanzas,
tan pobres por cierto de realizaciones.

Noto que en las horas como en agua aurífera
se me escurre el oro que en las horas corre.
Voy logrando de ellas lo que poco importa,
lo que logran hasta las bestias feroces.

Marcho hacia la dicha por erróneos rumbos;
mis ansias no la hallan donde la suponen.
Con los espejismos me confundo siempre
como el camellero del desierto etíope.

¡Ah, si yo pudiera dejar lo que hoy amo:
arrimo de cosas y de corazones;
afán en que al cabo somos unos y otros,
tan pronto engañados como engañadores!

Entonces me iría con virtud de asceta
la selva virgen, lejos de los hombres.
Meditando haría camino de vida,
pues la vida es obra de meditaciones.

Y en vez de estos libros de artificio fútil,
en que tantas veces lloré mis amores,
os daría, hermanos, mi lección de asceta,
mi sabio Aranyaka, mi libro del bosque...

COMO UN SUEÑO

Por E. SERAO

Muy corta era la historia de su corta vida. Pertenecía a una familia muy noble, pero también muy pobre. El padre, espíritu caballeresco y soñador, que parecía arrancado del cuadro de una remotísima edad y venía a encontrarse de pronto en el tumulto de los tiempos actuales sin fuerzas para afrontar una situación muy distinta de la que él se había forjado en sus sueños de imperecedera grandeza. El golpe fué rudo, la melancolía lo arrastró hacia la tumba, dejando a la esposa y a la hija desoladas.

La alegría de vivir, que era intensa en el corazón de Delia y de la madre que la idolatraba, la preservó de los desesperados momentos en que la criatura aparece débil ante la crueldad del destino y la inclina a pensamientos tenebrosos.

Delia y su madre sentíanse, si no del todo felices, satisfechas de vivir con una modestia franciscana en la que no faltaba la fascinante poesía. Vivían con sencillez, tranquilamente, sin deseos ni aspiraciones.

Sin embargo, un día conmovió a las dos mujeres un afán, aún cuando, al parecer una de ellas, la más joven, era la llamada a fomentarlo.

Comenzó sin que lo notasen, en una severa estancia, en una oficina comercial adonde las había conducido un aviso insertado en un diario, por medio del cual se solicitaba unas dactilógrafas. Madre e hija ofrecieron sus servicios que fueron aceptados previas las pruebas rendidas satisfactoriamente, exigidas por el jefe de la casa, quien sólo entonces se dignó dirigirlas algunas palabras.

Estas parecían medidas, justamente las necesarias para informarse de quiénes eran y de dónde venían; y como sólo entonces llegase a saber que eran madre e hija se permitió una frase que soñaba extraordinaria a sus propios oídos. Les dijo:

—Pero si es increíble... Cualquiera diría que eran hermanas...

El era un hombre muy rígido consigo mismo y con sus empleados, muy dedicado al trabajo.

Decir hombre, es decir mucho porque en realidad no era más que un muchacho que contaba menos años de los que aparentaba tener, o se esforzaba por aparentar, con la austeridad de su porte, actos y disciplina.

Era, sin embargo, sorprendente la transformación que se verificaba ahora en él; notábase en la expresión de su rostro y en toda su persona...

Pero eran raros los momentos en que esa transformación se notaba en aquel tenaz trabajador que aparecía continuamente encorvado sobre sus cartapacios, telegramas y boletines, dominado por la fiebre de los negocios.

Después de algún tiempo de hallarse bajo su dependencia la condesa Dorotea de Guidobaldi y su hija Delia, parecía ser un privilegio exclusivo de las dos el poder advertir en el "señor Daniel" esos fugaces momentos de transformación, la existencia de esa fascinadora alegría.

La primera vez que le vieron sonreír, que le oyeron hablar con inusitada amabilidad y entusiasmo, de persona franca, comunicativa, jovial, que deja su corazón al descubierto ante su interlocutor, se sintieron profundamente emocionadas. Cada una de ellas tembló, asombrada, por la otra y ambas tuvieron temor de que pudieran dar cabida a un inútil y dañino amor, encendido por aquella llama disimulada en la sombra y que no habría de ser correspondido jamás.

Así comenzó el sueño vislumbrado.

Un día el "señor Daniel" confió a Delia que en sus diferentes negocios, atendía también el de las películas cinematográficas y que había tomado parte en una grandiosa representación como actor principal, pues él también creaba en sus ratos desocupados, lo que le producía pingües ganancias toda vez que le pagaban muy bien las casas productoras.

—A todo se puede y se debe llegar a fuerza de voluntad y así un industrial puede muy bien ser en los intervalos de sus ordinarias actividades un excelente actor.

Así se explicaba, descubriendo de improviso, su irresistible simpatía de joven locuaz, comunicativo, lleno de afectuosa delicadeza. Luego aconsejó, suplicó a la joven, a quien tenía bajo el dominio de su poderosa fascinación, en aquel momento, que tomase parte en una película en la que él sería el protagonista, y confesó haber escrito el argumento.

Varias fueron las objeciones que madre e hija hicieron a aquel proyecto. No obstante terminaron por confiar en su caballerosidad. La señora tendría que aparecer también en escena. Sólo era necesario que mantuviesen una actitud natural, como si fuesen de paseo, de visitas y a una función religiosa, en los tres cuadros en que había de tomar parte.

Tenían que representar un cuadro de la vida ordinaria, un matrimonio en ese gran mundo que ellas tan bien conocían.

No tenían que preocuparse en lo referente a trajes las dos improvisadas artistas, pues tanto "la novia" como a la bellísima "mamá", la casa que hacía la cinta estaba obligada a proporcionarlas, debiendo proveer además con prodigalidad hasta el último ramito de azahar.

Las dos damas se encontraron en el sitio y hora señalados, el día convenido.

—¡Me parece soñar! — murmuró al oído de su madre, Delia de Guidobaldi, en un momento en que ambas se hallaban dando el brazo a sus respectivos caballeros-actores, en la iglesia, admirablemente adornada y llena de una multitud de "comparsas" que representaban los invitados, elegantísimos.

Parecía todo aquello de veras un sueño de una plasticidad embriagadora; todo aquello que desde hacía una hora iba desarrollándose en torno a la hermosa joven transfigurada y aún más encantadora con la emoción producida por la belleza de tan vivida fantasía.

La escena de la ceremonia nupcial, primeramente en el Registro Civil y luego en la iglesia, había sido de tan sorprendente naturalidad que sintió latir muy fuerte su corazón y daba saltos terribles cuando el actor encargado de representar la parte de jefe en el Registro Civil realizaba sus movimientos y hablaba con toda seriedad.

Lo que más le impresionaba era la naturalidad de consumado actor que ponía en su rol de esposo, el "señor Daniel", cuyo rostro retrataba una indecible emoción.

La escena se desarrollaba ahora en la monumental iglesia. El anterior acto era sobrepasado en aparato y rigurosa exactitud, hasta en el más mínimo detalle, lo que hacía que todo aquello apareciese tan real que llegaba al alma.

Así, mientras los desposados arrodillados al pie del altar guardaban una actitud solemne, el sacerdote unía sus manos como en una indisoluble consagración, mientras que la máquina del operador, manejada hábilmente en un extremo del coro, manteníase en continua actividad.

Delia y el "señor Daniel", trémulos, emocionados de modo sorprendente como dos nobles actores consumados, sentían humedecerse su rostro y en su semblante denotaban una irresistible emoción.

Terminada que fué la ceremonia nupcial los dos protagonistas se levantaron de los reclinatorios de terciopelo, quedaron un momento como en éxtasis; luego mirándose y sonrojándose, dominados por intensa emoción, se pusieron en movimiento.

El "señor Daniel" tomó del brazo a Delia, la cual aún se arriesgó a hacerle una pregunta:

—¿Cómo me encuentra, señor? ¿Está usted conforme con lo que he interpretado en esta parte de "su film"?... ¿Lo he hecho bien?

—¡Admirablemente! — murmuró él, estrechando con más fuerza que la necesaria la pequeña mano enguantada de blanco de su compañera.

—¿Después de esto queda alguna otra escena que representar? — se arriesgó aún a preguntar Delia.

—¡La de toda nuestra vida! ¡Toda nuestra felicidad, mi adorada esposa! Este era...

La niña no comprendía aún... o más bien temía comprender más allá de la limitada realidad que le concedía su modestísima vida. Sintió como un estallido en su cerebro, luego siguió un desvanecimiento, y hubiese caído sobre la alfombra que cubría el suelo de la señorial iglesia si el vigoroso brazo de su legítimo esposo no la hubiese sostenido.

—¡Oh! ¡Qué sueño! .. Qué hermoso sueño—murmuró después.

—¡Qué realidad, querida mía, debes decir,—exclamó la madre que se hallaba junto a ella.

Delia la miró fijamente, con aire de duda... Pero era la esplendorosa realidad, casi fabulosa, la que surgía de su sueño. Mas también era verdad, era verdad, la cadavérica palidez, la lívida sombra, la angustia que se reflejaba en el rostro de su madre, a la vez que sus ojos la sonreían con amor.

Y Delia contempló aquella expresión que apenas conseguía disimular. Vió que su madre, en pocos minutos había adquirido un aspecto de mujer precozmente envejecida... Era que ofrecía en holocausto a la felicidad de la hija la misteriosa e insospechada esperanza desde tiempo atrás radicada en su corazón.

LA CHARCA

Por

José FERNÁNDEZ BREMÓN



El agua de la charca, caldeada por el sol, estaba deliciosa, y ranas y pececillos tomaban un baño de placer. Los caballitos del diablo patinaban sobre la superficie sin mojarse, y las avispas alargaban la trompa para beber, posando sus zancas en los guijarros de la orilla. Una vegetación verdosa formaba islas flotantes en aquel agua tranquila, rodeada de playas arenosas, de piedras en acantilado o de juncos y hierbajos. Era un mar en miniatura, cuyo espejo reflejaba el tronco y la copa de un peral y los caprichosos dibujos de una zarzamora. Millares de insectos rebullían alegremente tomando el sol, sin obligaciones ni cuidados, o se refrescaban en la humedad y reposaban a la sombra de las hojas. Sólo las hormigas trabajaban a lo lejos, dirigidas por sus jefes, en correcta formación, y algunos gusanillos se divertían en verlas desfilar como nuestros muchachos cuando pasa un regimiento.

Era la hora de más calor de un día canicular, y se apeaban de los perros, cabras y otros animales que pasaban a lo largo, toda clase de insectos, cuando de la panza de un gato que se estaba lamiendo al sol saltaron a la arena cuatro pulgas, una de ellas jamona y bien cuidada, y las otras pequeñas y deslucidas, pero retozonas y traviesas.

—¡Quietas, niñas!—decía la mamá,—no deis esos brincos, que vais a extraviaros; considerad que sois tres señoritas y que os observan los que veranean en la playa. Van a creer que os habéis criado al aire libre, cuando sólo os he dejado asomaros a la naricita del gato.

Pero las pulguitas, en vez de seguir consejos tan prudentes, daban saltos prodigiosos, asombradas de su elasticidad y ligereza, no reparando si caían en la cabeza de un gorgojo o en el duro coselete de algún escarabajo.

—¿Son de usted esas negritas que están dando tanto escándalo?—dijo un ciempiés a la pulga gordinflona.

—Se han criado conmigo por lo menos.

—Pues me han nublado un ojo, metiendo en él una pata; por lo que digo que ni ellas ni usted tienen vergüenza.

—Quien habrá metido, no una, sino muchas docenas de patas, es usted, que necesitaría un almacén para calzarse. ¡Mala lengua!

—¡Bruja!

—¡Patón!

—¡Chupagatos!

—Repare usted que soy una señora...

—Haya paz—dijo un sambenito abriendo su charolado manto rojo.—Todos tenemos nuestros defectos y nuestras cualidades. ¿A qué fijarse en lo malo únicamente? Usted, señora pulga, confiese que este caballero ciempiés será difícil que salga nunca al campo con muletas; y usted, caballero, póngase a los pies de esta dama y declare que sus hijas son tres morenitas muy graciosas.

—No estoy para perder tiempo en disputas; ¡ay, que esas locas me están dando cada susto!... Creí que la mayor se ahogaba... pero... ¡lo que saben esas niñas! Veo que me pueden dar lecciones. Usted lo pase bien.

Y se perdió de vista en cuatro brincos, mientras el ciempiés lanzaba juramentos; el sambenito alzó los élitros, y desplegando las alas que guardaba para las grandes ocasiones, voló a un peral para alejarse de aquel mal educado.

—¡Calle! ¿Usted por aquí, señora?—exclamó al ver una cabecita que asomaba por un agujero redondo abierto en la cáscara verde de una pera.

—Bien venido sea usted—respondió una lombriz rosada;—aquí vivo sola en esta fruta; ¿quiere usted probarla?

—Gracias; he almorzado uvas.

—No le digo que pase adelante, porque no cabría usted; no tengo más habitación que un pasadizo.

—¿Y cómo ha venido usted tan a menos? Yo que la he conocido cuando tenía usted palacio.

—Como que me he criado en un melón. ¡Qué quiere usted!... El viento me ha arrastrado. Pero vivo contenta; esta casita es muy alegre y tiene vistas al mar.

—¿Por qué no baja usted a la playa?

—Porque hay mucho lujo y estoy casi desnuda; ¡cuidado si van compuestas las avispas! Moscas he visto luciendo corpiños de oro viejo, y orugas arrastrando terciopelo leonado.

—¡Si hoy va a la playa todo el mundo! Hasta los gorgojos que me dan lustre en la botas me han pedido licencia para baños. Creo equitativo que se den lustre alguna vez. ¿Eh? ¿Quién me toca?... ¡Ah! Felices, señor moscón.

—Dispénseme usted; como soy corto de vista, tropiezo en todas partes.

—Pero no se oculta ninguna noticia siendo mala. ¿Ocurre algo?

—No me es posible revelar lo que sucede.

—¿Es desagradable?

—Gravísimo.

—Vamos; ¿qué es ello?

—Pueden oírnos. ¡Adiós!

Batió el moscón las alas y se perdió por entre las hojas murmurando, mientras decía el sambenito:

—Ese moscón siempre anuncia males, y el caso es que acierta casi siempre.

En aquel momento, todos los hilos que las arañas habían extendido por el árbol vibraron a la vez, como si muchas manos ocultas tirasen de infinitas campanillas.

—Las arañas se comunican entre sí—dijo la lombriz;—¿se habrá dejado prender en sus redes el moscón?

—¿Conque hay arañas, y yo aquí tan tranquilo?...—repuso el sambenito disponiéndose a volar.

—Si son muy buena gente; siempre las veo con la rueca y nunca dejan la labor.

—¡Adiós, señora!

Y mientras los timbres de alarma funcionaban, bajaban muy tranquilos a la playa, por el aire, por ramas y veredas, los insectos más lucidos y elegantes.

Los caracoles arrastraban sus mantos por la playa con coquetería femenina, o amenazaban varonilmente a los enemigos enseñando los puños, según el capricho de su naturaleza bisexual. Algunos escarabajos jugaban a los bolos; las relucientes cucarachas se daban charol entre los menudos parásitos, que admiraban su tamaño, y los gusanos culebreaban por la arena con sus más graciosos movimientos de cintura. Los insectos alados revoloteaban imitando el volar de las mariposas, o movían las alas a manera de abanicos para darse aire; algunos músicos ambulantes pedían limosna entre los grupos; bandadas de mosquitos se divertían gritando junto al agua, y algunos piojos, paseando con gravedad, se daban tono de señores entre aquel mundo elegante, donde las bellas lucían trajes verdes, encarnados, azules y pajizos.

Las gorgojas, entrometidas y fisgonas, criticaban los adornos y disputaban si era más elegante para lutos el negro-escarabajo o el negro-cucaracha.

Los tábanos no dejaban honra con



Sintiendo aullar los lobos...

Daba pavor la noche negra; inciertas
voces sordas el viento repetía...
Y en medio de la trágica agonía
cubrió la nieve las estepas muertas.

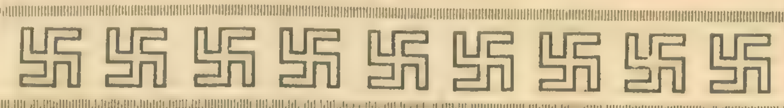
Ulularon los lobos; entreabiertas
las fauces rojas; pero me decía:
debe tener mucha hambre la jauría
para que pueda destrozar las puertas.

Mas tú, extraña al peligro que dominas,
bajo un azul encaje de cortinas
te adormeciste en cálidos arrobos.

Pero yo bajo el cielo inconmovible,
pasé la noche en una angustia horrible,
escuchando el aullido de los lobos...

Enrique VELASCO.

San Juan, 1925.





pellejo, y en un grupo de cínifes cada cual publicaba sus conquistas.

—¿Dices que estás citado con una mariposa?—preguntaban al más ligero.

—Y el que lo dude puede acompañarme; me ha prometido enseñarme una tela de grana que posee.

—Eres un embustero; las mariposas no tienen tela...

—No nos engaña, señores—dijo en el corro el más vejete;—es simplemente él engañado; ha tomado por mariposa una polilla.

Más allá, los aficionados al canto, sentados en la arena, escuchaban con interés el concierto de las ranas, y aplaudían en su idioma las notas más profundas de los bajos.

—No hay voz como la de la rana—decía un zángano inteligente,—oiga usted esta romanza.

—No niego su mérito, pero la voz del moscón me parece más velada.

—¡Bah! ¡bah! Eso es canto llano. Aquí hay más arte; oiga usted este número, ¿eh? Cada cual canta por su lado, y repare usted qué conjunto tan armónico; los ignorantes creerán que no hay compás y que cada voz hace su capricho y que el maestro está loco... pero fíjese en este "crescendo"... debe ser el pueblo de las ranas pidiendo rey... ¡monumental! Ahora callan. Escuchemos. Nada; no se oye nada. ¿Qué más se puede pedir, musicalmente, a este silencio?...

Un grupo de moscas hacía corro alrededor de una mora despachurrada.

—¿Qué tal el dulce?

—Exquisito: no se come mejor en ninguna parte.

—¡Ah! ¿viene usted de allí?

—Acabo de llegar en un coche-salón.

—Tendría usted buena cama...

—He dormido en la calva de un ministro.

—¿Y qué tal viaje trajeron ustedes?

—Por mi parte, su excelencia ha debido estar algo molesto.

—Comamos otro poquito.

—Es lo único que se saca de la vida.

—¿Quién da esos gritos angustiosos?

—¡Ay, ay, que me desgarran mis alas de colores!—gritaba una mariposa que se había posado un instante en las hojas de zarza.—¡Socorro!

—Es inútil acudir en su auxilio—dijo un abejorro.—No hay quien la pueda valer: la infeliz ha caído en poder de una garrapata, y esas no sueltan nunca lo que cae entre sus garfios.

—¿Quién piensa en esas lástimas?—dijeron las moscas,—comamos otro poco.

—Sí, y cuando estemos hartas, bailemos en el aire unos rigodones para volver a abrir el apetito.

—Señoras, ¿no hay una limosna para el grillo que improvisa?

—¿Versos? Recita versos nuevos.

El grillo, acompañándose con su cri-cri:

> El viento es un suspiro
> con alas de color:
> la música es un vaho,
> la luz es un rumor
> sin olor.
>
> El cielo es un casquete
> balsámico y sutil:
> la tierra es una bola
> de perlas y marfil,
> en abril.

—¡Bravo! ¡bravo!—repetían las moscas admiradas.—Esos versos no se entienden, pero gustan.

—¡Si no dicen nada! ¡si son disparatados e insubstanciales!—vociferaba el abejorro.

Pero las moscas aplaudían.

El abejorro, buscando quien pudiera comprenderle, reparó en el ciempiés que no hacía otro coro a los demás, y le preguntó:

—¿Qué opina usted de toda esta gente?

—Hombre, por regla general, opino mal de todo, y aquí no veo ventaja ninguna en alabar nada de lo que estamos presenciando. Pero, si usted quiere, escribiré en la arena, no una opinión, veinticuatro opiniones distintas a la vez: para eso tengo veinticuatro extremidades.

—Es inútil. Tengo un criterio y me basta. Veo gentes dadas a la música, al baile, al lujo, a la glotonería, al juego...

—Y otras que se divierten corriendo—añadió el ciempiés.

—Con permiso de usted, no creo que corren por diversión...

—¿Qué dice usted?

—Que se oyen gritos que se atropellan unos a otros.

—¿De veras?

—Sí, señor; se ha armado y hay carreras.

En efecto, un tropel de insectos huía en completa dispersión, llevando la delantera las curianas, los fugitivos derribaban cuanto hallaban al paso, escondiéndose en los hoyos, trepando por las ramas, y algunos, ciegos por el espanto, caían en el agua; los que tenían alas volaban más tranquilos, y el moscón aumentaba el pánico gritando por todas partes:

—¡Sálvese el que pueda! ¡Sálvese el que pueda!

—Pero, ¿qué hay?—preguntaba el ciempiés, corriendo sin acertar por dónde y desandando aturdido su camino.

—Una cosa gravísima—le dijo el abejorro, que se había elevado para abarcar más horizonte:—se han sublevado las hormigas y están cometiendo excesos. Todas las bocaminas de los hormigueros se desbordaban y se extiende la inundación por todas partes como una mancha negra y circular; son innumerables: abiertas de tenazas y furiosas acometen, invaden, destruyen, saquean, insultan, roban y asesinan.

—¿Qué camino debo tomar?

—Han tomado todos.

—¿Cree usted que me respeten?

—Lo dudo: las he visto detener y sujetar a un alacrán.

—Con su permiso, vuelo.

En aquel momento desembocaban por diversos lados, extendiéndose en círculo formidable, pero sin orden y como locas, miríadas de hormigas que ostentaban en sus frentes toda clase de despojos: ya un trozo de la armadura de un escarabajo, ya un jirón de seda descajado de los telares de una araña; plumeros elegantes arrancados del copete de un insecto, briznas y estambres de moradas y cosechas destruídas. Otras hormigas, más feroces, levantaban en alto cuerpos desfigurados de cocos y pulgones, y ensangrentadas cabezas de saltamontes y cigarras, y sacudían, arrastraban y despedazaban el cadáver de una oruga. Era el mundo pequeño tomando apariencias gigantescas y terribles.

El ciempiés comprendió que no tenía medio de escapar, y esperando a la turba, dijo con tono declamatorio:

—Hormigas: Admiro con entusiasmo vuestro triunfo porque soy de los vuestros; apruebo lo que hacéis, y sólo se me ocurre gritar: ¡Vivan las hormigas!

—¿Qué garantías nos das de que no mientes?

—Una prueba decisiva: que teniendo tantos pies no he querido huir.

—¿Y por qué tienes tantos pies?—repuso con ira un hormigón reconociéndolo.

Se oyó un murmullo feroz, y el ciempiés sintió que le estrechaban.

—Confieso que la naturaleza abusó conmigo.

—¿No eres de los nuestros? Pues es preciso que te iguales a nosotros, que tenemos seis pies nada más.

—¡Sí, arrancádselos, o que entregue la cabeza!

—Hermanas: Estoy dispuesto a sacrificar por vosotras una parte de mi cuerpo; contentaos con un par de patas.

—Ea, quitadle la mitad de las que tiene y acabe el regateo: ¡pronto! ¡Panza arriba! Ya sabéis, compañeras, hacedle solamente doce amputaciones.

El ciempiés tragaba veneno en silencio, proyectando la fuga con los doce pies que habían de quedarle.

—¡Aquí, aquí!—gritaron en otro sitio las hormigas.—Venid que la tierra suena a hueco.

—Escarbemos, desenterremos, registremos,—decían muchas a la vez.

—¡Llamad!

—Nadie responde.

—Arrancad las piedras de la fachada.

La fachada de las hormigas es el suelo.

—¿Qué queréis?—dijo al fin un gusano cuyos espantados ojos relucían en la obscuridad.

—Venimos a saquear vuestra despensa.

—Somos pobres; vivimos en comunidad y sólo comemos tierra; respetad nuestra clausura.

—Ya no hay respetos: vaciad esa gusanera, que nos hace falta vuestra piel para calzarnos.

Sólo los caracoles, pegados en el suelo y conteniendo el aliento, resistían impávidos el sitio de las hormigas; en vano mellaban éstas sus tenazas, y en vano trepaban por el muro resbaladizo: siempre caían por el lado opuesto de la cúpula.

—Dejadlos—decían las más sensatas;—son inexpugnables.

La invasión de la zarza fué la empresa más ruda y gloriosa: allí llegaron a sus límites el estrago y el tumulto. Las hormigas trepaban por los tallos y hojas, deshaciendo madrigueras, estrangulando vivientes y despeñando sus cuerpos; era inútil la resistencia que hacían con sus aguijones las arañas y alacranes; agobiados por el número, eran despedazados poco a poco. Todo quedaba estéril y desierto por donde subía la turba destructora: ni los gérmenes que palpitaban en los huevecillos, ni los microbios confiados en el incógnito de su pequeñez, eran perdonados. Las hormigas trepaban y trepaban talando y matando con cólera implacable.

Telegrama transmitido por una araña, desde las alturas de la zarza, a otra habitadora del peral, y por ésta a todas las arañas de la tierra:

"El orden ha quedado restablecido en la Charca; pero las víctimas y destrozos son incalculables. Fué un caso de locura colectiva que los sabios atribuyen a una influencia del tiempo. Las hormigas, tristes y cabizbajas, entran poco a poco en sus hoyos y los insectos salvados empiezan a asomarse a las ventanas. Se ha abierto una subscripción en favor de un ciempiés que perdió gloriosamente doce patas en defensa del orden: todas son de un mismo lado, y necesita, por consiguiente, doce muletas para andar."

Dos días después no quedaban vestigios del saqueo: los pájaros se habían comido los cadáveres, todo había recobrado su aspecto de siempre, y las hormigas habían vuelto a la querencia de la sumisión y del trabajo, formadas en columna, según la disciplina tradicional, y obedeciendo de nuevo a sus jefes por la fuerza social de la costumbre. ¡Con qué docilidad ejecutaban las voces de los cabos que gritaban:

—¡Pelotón! ¡A la obligación! ¡Carguen el grano!

Formando contraste con la uniformidad de las hormigas, y como si nada hubiera sucedido, los insectos más brillantes bajaban a su recreo acostumbrado, alegres y compuestos.

Mirándolos a todos desde cierta altura, apenas había diferencia. Parecían dos hormigueros, uno que caminaba hacia la era, y otro que se dirigía hacia la playa: el hormiguero negro y el hormiguero de color.

Alimentos perradiados por la luz solar, preservadores seguros contra la avitaminosis

Por el
Dr. Guillermo Kinzel

Substancias alimenticias expuestas por algún tiempo a la radiación solar evitan y curan el raquitismo con la misma eficacia que alimentos ricos en vitaminas. El doctor Harry Steenbock, catedrático de química agrícola en la Universidad de Wisconsin, ha descubierto y comprobado este hecho por medio de numerosos ensayos practicados en animales. El resultado que con plena seguridad se infirió de estos experimentos fué que muchos alimentos sufren por la influencia directa de la luz solar una modificación interior que los capacita para fomentar el desarrollo de los organismos tan enérgicamente como lo hace la metódica administración de materias nutritivas que de por sí contienen muchas vitaminas; y lo extraño es que este benéfico efecto se consigue también cuando las substancias persoladas no contienen rastros siquiera de vitaminas eficientes. El "Daily Science News Bulletin" (Wáshington) publica sobre el interesante descubrimiento el siguiente relato:

"Se emplearon centenares de ratas para estos ensayos, y el doctor Steenbock declaró haber provocado el raquitismo en estos animales por la propinación de alimentos que notoriamente producen esta enfermedad. Luego procedió a curarlos — y lo hizo con éxito — dándoles las mismas raciones del idéntico alimento, pero exponiendo éste previamente a la radiación solar.

Para la humanidad son estas averiguaciones de grandísimo valor, porque autoridades médicas de nombradía han hallado que en los distritos industriales de países norteños un 40—90 p. c. de los niños padecen de raquitismo en una forma más o menos pronunciada. Aunque en la mayoría de los casos se trate de achaques efímeros (piernas zambas, deformación de la caja torácica, dientes cariados) como consecuencia de la incapacidad fisiológica de asimilar cal en cantidades suficientes, conviene estar alerta para que la enfermedad pasajera no adquiera carácter crónico. También las madres lactantes están expuestas al mismo peligro, y también en ellas produce la deficiente absorción de cal estragos en la dentadura y debilidad en los miembros.

No solamente los cereales, los aceites, las grasas, la margarina, en fin, los géneros alimenticios conservados, sino también todos los productos compuestos para la alimentación de niños adquieren propiedades preventivas por la persolación, sin que por eso sufra menoscabo su sabor. Steenbock afirma enfáticamente que se conservan íntegramente las demás cualidades valiosas de los productos perradiados por la luz solar. El sabio consiguió iguales efectos con los rayos ultraviolados de una lámpara de vapor de mercurio Cooper Hewitt (con placa de cuarzo).

Antes fué el aceite de hígado de bacalao el remedio por excelencia contra el raquitismo; pero dados los resultados que Steenbock obtuvo con sus ingeniosos ensayos, tal vez será posible prescindir en lo futuro de este remedio, que casi siempre repugna a los niños y que no raras veces es rechazado en absoluto por el estómago de las criaturas pacientes que se resuelven a tomarlo. Aceite de olivas, manteca de cerdo y otras grasas animales o vegetales adquieren por la insolación la misma eficacia que tiene el aceite de hígado de bacalao.

El raquitismo (una especie de avitaminosis) es bastante raro en los países tropicales, merced al efecto preventivo de las mayores energías que tiene y transmite allí la luz del sol; pero en las regiones norteñas, donde el clima impide durante muchos meses el goce de exponer el cuerpo a la radiación solar directa, sufre la salud de los niños forzosamente, porque la luz filtrada y extenuada por las ventanas no basta ya para ejercer un efecto preventivo. Muy distintas son las condiciones en los países tropicales y subtropicales, no sólo por la intensa insolación directa del organismo, sino también porque, gracias a las circunstancias climatéricas, todos los alimentos y forrajes son más ricos en vitaminas, de modo que casos de avitaminosis son rarísimos en esas zonas cálidas. Pero, en otros países precisa que la alimentación diaria halle su complemento en una dieta adecuada. Aceites "activados" se pueden administrar por sí solos o en leche igualmente persolada. La forma en que se toman estos aceites es indiferente y depende del gusto de cada cual. Ensaladas u otros manjares preparados con aceite entran aquí en cuestión también.

El descubrimiento del doctor Steenbock estriba en la labor de otros investigadores, que habían observado que animales alimentados con substancias notoriamente pobres en vitaminas se desarrollaban normalmente siempre que tomaban este alimento en plena luz solar, mientras que enfermaban infaliblemente cuando lo tomaban en la sombra.

Para proteger los intereses del público consumidor contra abusos en la explotación comercial de este invento se ruega que la solicitación de patentes e igualmente los litigios que se refieran a tales patentes se sometan a la Universidad de Wisconsin, que estará gustosamente dispuesta a mediar en todos estos asuntos.

La industria de la margarina ha sacado ya partido de los hechos expuestos llevando al mercado una margarina "perradiada" y por lo tanto muy rica en vitaminas.

Conviene recordar en esta ocasión los brillantes resultados que se obtuvieron con leche procedente de vacas que se alimentaron con pasto almacenado en silos. J. Caspersmeyer, el veterano alemán del ensilaje de maíz y del cultivo de maíz para el ensilaje, ha conseguido que a base de las buenas experiencias que se hicieron con leche de maíz ensilado, ésta halló una aceptación general en la ciudad de Bamberg, por ser eminentemente apropiada para alimentación de niños. El mismo éxito tuvo en la ciudad de Friburgo la leche de ensilaje eléctrico, procedente del cortijo municipal Mundenhof.

También en estos casos, es decir en el ensilaje y en la leche de forraje ensilado, se trata de una acumulación de energías solares como reserva para el invierno, estación en que se sabe escasean mucho los rayos luminosos activos. Ni siquiera remotamente se consigue el mismo efecto con heno o con otros pastos secos.

Como es muy posible que no todos nuestros lectores conozcan el sentido de la palabra "vitamina", usada ya con tanta frecuencia en este artículo, mencionamos aquí que vitaminas son aquellas importantísimas substancias de nuestros alimentos que merced a su estructura especial—casi de idéntica manera que la esponja de platino—están en condiciones de servir como transmisores de energías (catalizadores).

A veces sucede que con el tiempo las vitaminas pierdan su eficacia; pero generalmente será posible restablecerla por el aportamiento de nuevas energías, proceso que se suele designar con el nombre de "activación".

SECCION VERMOUTH

ESCOLÁSTICA

—Papá. Yo no vuelvo a la escuela.
—¿Por qué?
—Porque al maestro no le interesa si aprendemos. Cada día nos pregunta una cosa nueva y nunca lo que ya sabemos.

HABÍA QUE CREER

—¿Quién anda ahí?—pregunta el vecino que vive en el campo al oír cacarear a las gallinas.
—Nadie, señor—contesta el ratero—. Estamos solos. Crea en la palabra del gallo.

TOMANDO PRECAUCIONES

—Vea, peluquero, no me corte el pelo demasiado corto, pudieran confundirme con mi señora.

NO HABÍA DUDA

—¿Usted cree que las adivinas saben dónde hay oculto dinero?
—Cómo no. Saben que está en el bolsillo de sus clientes y lo sacan de allí.

HOMBRE PRÁCTICO

—Mauricio. Mañana vienen a cobrar la cuenta de la luz eléctrica y yo no tengo un centavo.
—No te apures, esposa mía. Como tengo que hacerte un regalo para tu cumpleaños, te adelantaré veinte pesos.

UNA PRUEBA

—Ya no me amas como antes.
—¿Por qué, esposa mía? ¿Qué te hace pensar tal cosa?
—Que desde hace tres meses, no te detienen los agentes de tráfico por exceso de velocidad, cuando vuelves a casa con tu automóvil.

SE DESTEÑÍAN

—Mamá. ¿Sudan los negros?
—Algunas veces. ¿Por qué lo preguntas, hijo mío?
—Porque su sudor parecerá tinta.

LO QUE LE HACÍA FALTA

—Como te digo, Lola es un muchacha encantadora. Además de su belleza tiene inteligencia como para dos personas...
—Entonces no vaciles más, cásate con ella.

ASTRONOMÍA PRÁCTICA

Ricardo ha recibido su primera lección de astronomía, y cuando vuelve a su casa explica a su hermanita el misterio de las estrellas.
—¿Ves aquella estrella?—la dice.
—Pues es cien veces más grande que la tierra.
—Entonces, por qué no evita que nos llueva encima.

INFANTIL

La niña precoz dice a la novia:
—Por más que la miro no la noto tan cansada como debiera estar.
—¿Por qué crees que debo estar cansada?
—Como mamita dice que ha tenido usted que andar muchos años detrás de su novio para pescarlo...

DEFINICIÓN

—Vamos a ver, niños. ¿Quién de ustedes sabe decirme qué es la memoria?
—La memoria—responde uno,—es una cosa que sirve para saber que uno se ha olvidado de algo.

RESPUESTA OPORTUNA

El ómnibus, lleno de pasajeros, se detiene en una esquina, y un chusco exclama riendo:
—¿Está llena el arca de Noé?
—No. Falta aún el asno... ¡Suba!—responde una voz.

TOTAL, DOS

—Mi estimado amigo. Hoy ya puedo decirle que mi fama de poeta se extiende por el mundo... Mis versos son ya leídos por el doble de personas que antes.
—No sabía que se hubiese usted casado.

EN EL REGISTRO CIVIL

—¿Su edad, señorita?
—He cumplido los veinte...
—Necesito que sea usted más concreta...
—Bien. Estoy entre los veinte y los treinta.
—Más exactitud aún...
—Cumpliré los treinta pasado mañana—exclama la novia, lanzando un suspiro.

ORATORIA CALLEJERA

—Ha llegado el día de que cada hombre haga lo que quiera y si no lo hace, nosotros lo obligaremos a que lo haga...

EL TIGRE DE CERROS NEGROS

Por Víctor ARREGUINE

—¡Tomá, pavo!—Y de un revés, Benigno Pintos echó por tierra al bravucón Anacleto Dulce.

Revés igual no se recordaba en la tradición escolar de Cerros Negros, y eso que descollaban reputaciones como Isidro Gallo, con su apodo de *Chocolatero, Sinapismos*, cuyo nombre de pila habíase olvidado por falta de uso, y Francisco Hermida, *Sacamuelas*, alias sobrellevado orgullosamente como diploma de sus habilidades.

Benigno era alegre, chancero, botarate. Su cara, semejante a un suelo sacudido por terremotos, ostentaba tantas y tan hondas señales de viruelas, que en cualquier centro algo civilizado sugiriera el recuerdo de Mirabeau. No allí. Allí le llamaban *Luna de terracota* aunque, dicho sea en honor de la verdad, su calificativo más común era *el tigre*.

Sus compañeros lo estimaban casi en lo que valía y el viejo maestro español, antiguo capitán de fragata (el informe procede de fuente sospechosa y según otro español lo de "capitán" podía traducirse por "cabo de cañón"), si alguien le iba con delaciones acerca de lo que impropiamente se dió en llamar "la tiranía de Benigno", escuchaba la queja como quien oye un cañoneo a 3.000 millas de distancia.

La noción del peligro faltaba en *el tigre*. Bien lo demostró la vez que un perro rabioso se metió en el corral del vasco Iparrúa mordiendo a los mejores caballos. El muchacho, en dos saltos estuvo entreverado con las bestias y sin reparar en los tiros que de fuera llovían, se trajo al perro en alto, presa de la garganta, y ya estrangulado lo arrojó a los pies del concurso, un veterano policial y media docena de vascos herreros.

Pero este dominador nato no abusaba de sus poderes y era de verlo, si se deliberaba en los recreos, sobre jugar a mancha o rayuela, argumentar frente a los pequeños y aun soportarle groseras bromas al jorobadito *Gurrumina* y tonterías a *Fambaso*, el hazmerreír de los contornos.

—Vos tenés fuerza, pero no sos plata dorada,—solía decirle *Gurrumina*, cuando no prefería adjudicarle el tratamiento de "¡chino bestia!", reemplazado a veces por este delicado eufemismo local: "ánima bendita"...

—Mirá,—respondía el fuerte, con la ventaja de sus catorce años sobre doce,—aunque seas más inteligente que yo, eso no es razón para envolverme. Hacés mal en acaudillar a los rayuelos. ¡Qué diablos! La mancha da calor y hace correr la sangre.

Y en pos de esto:

—¡Muchachos, a la mancha, el que quiera!

Y allá iban todos, hasta el jorobadito, a trazar de carrera, en el gran patio blanco, curvas, rectas, ziszás, cuerpeadas y gambetas, alrededor del aljibe y de los verdes limoneros.

—¿Qué quisieras ser tú?—le peguntó un día el maestro.

—¿Yo?... El mar... O más bien...—y aquí puso el nombre del dictador de los dominios donde se empinaban los fantásticos Cerros Negros.

Así creció el muchacho, respetado y escuchado. Y ya fuera de la escuela, hasta en las reuniones de compadritos y ruedas de gauchos, él era figura central.

Hace algún tiempo, paseándose por el tranquilo villorrio de los Cerros Negros, el condiscípulo Arenales, dió de manos a boca con un corpulento ciudadano que le dirigió la palabra.

—¿Vos por acá?

Vagos recuerdos, a manera de aves lejanas, atravesaron la memoria del condiscípulo. Aquella cara era de "alguien" muy próximo a otras horas de su existencia.—¿Cuándo? La duda se arrimaba a la perplejidad.

—Pero hombre, ¡qué memoria la tuya! Ya no te acuerdas de la escuela, del capitán de fragata, del limón del patio, de *Gurrumina*, que murió, de nadie... Ni siquiera de Pintos, *el tigre*.

—Ah, sí, Pintos...—y se anudaron en un abrazo.

—¿Siempre aquí?

—Siempre. Como aquellos cerros...

—¿Y?

—Ya sé: lo que he hecho de mi vida, de mi fuerza. Mirá, allí enfrente.

Arenales volvió los ojos y en el letrero puesto sobre vieja puerta leyó:

Panadería de Benigno Pintos
Pan — Galleta — Factura de toda clase

¡Pobre avecilla!

Envuelta en el misterio del crepúsculo
fuí a pasear mis tristezas por tu calle,
buscando una emoción entre las cosas
que en otrora nos fueron familiares.
¡Empeño vano el mío! Hasta tu casa
parecióme un fantasma adormilado...
Los portales cerrados, silenciosos;
los balcones sombríos, solitarios.
Detúvome un momento bajo un árbol
centinela que mira a tu balcón,
y observé que sus hojas se movían
con tristeza en levísimo temblor,
¡ni tan sólo una frágil mariposa
que jugase en las alas del recuerdo!
Y al volverme de allí, fría, sin alma,
vi un pajarillo pequeñito, muerto...
¿Era acaso una alondra visionaria,
o del bosque lejano algún trovero?
No lo pude saber, pero al mirarlo
sentí agudo dolor dentro del pecho!
¡Pobre avecilla! Como una hoja seca
yacía en el camino, ya sin vida,
envuelta en las tinieblas del silencio
como esas almas a traición heridas!

Clarisa Gaviola de Diego Arbó



En el próximo mes de mayo estrenará la compañía que actúa en el teatro Apolo bajo la dirección artística de don Alberto Vaccarezza, una obra en verso, original de don Oscar R. Beltrán. En esta nueva producción, escrita para especial lucimiento de la actriz Gloria Bayardo, Beltrán se aparta del género teatral cultivado anteriormente por él con lisonjero éxito de público. (Recordaremos que "El patio de los fantasmas", "El pobre Pérez", "Los caballeros del caño"..., etc., fueron obras que pasaron de las 150 representaciones...)

Damos a continuación la primicia de algunos fragmentos de la obra:

LOS CHISPEROS

Romance histórico, en verso

Por

Oscar R. BELTRAN

CUADRO PRIMERO

Una callejuela de Buenos Aires Colonial. Año 1810, durante la Semana de Mayo. A izq. puerta y ventana de reja de la casa del Oidor Cosme Arana. Es de noche.

Escena VI. — El capitán de Patricios Alejo Romero. — Concepción Arana y el negro Pimentón.

(El negro Pimentón se oculta entre las sombras, mientras Alejo corre a la ventana donde aparece Concepción.)

Concepción.—Puntual a la cita llegó el caballero.
Puntual a la cita yo también le espero
con una rosa roja sobre el corazón,
con una mirada llena de emoción,
con una palabra temblando en los labios...
Quiero compensarlo de tantos agravios
como ha recibido el buen caballero
que sabe quererme... y por quien yo [muero!...

Alejo.— Puntual a la cita, llegué, mi señora
y mientras la luna,
nuestra protectora,
se esconde oportuna,
con el alma inquieta vengo a tu ventana
trayendo el cansancio de un largo ca- [mino...
Cansado y sediento llega el peregrino
como el Nazareno a la Samaritana:
beberé en tus ojos
agua de ternura
y en tus labios rojos
la suave dulzura
de aquella palabra que es mágico arpegio,
de aquella palabra que es un florilegio
y que al escucharla de tus rojos labios
bien me recompensa de tantos agravios
como he recibido por saber quererte!...

Pimentón. (ap.)—¡Amor!... ¡Juventud!... ¡Obs- [curidad!... ¡Qué suerte!...

... ...

La calle está sola, la noche es obscura,
la dama es hermosa y apuesto el galán,
Cupido anda suelto... y es esa criatura
capaz de jugarnos cualquier travesura...
¡Quién sabe las cosas que aquí pasarán!...
¡Ya no hablan sus labios!... Sólo ha- [blan los ojos:
más tarde las manos también han de [hablar:
suspiros... risitas... caricias... sonrojos...
¡Dios mío! Las cosas que van a pasar!...

... ...

Escena VII. — Dichos. — Don Cosme Arana

(Aparece don Cosme, junto a Concepción. Ella, al notar la presencia de su padre lanza un grito de espanto y desaparece en el interior de la casa. El viejo cierra la ventana violentamente y sale a la calle en actitud bravía, encarándose con Alejo, que estará embozado en su capa.)

D. Cosme.—¡Ciertamente, vive Dios!
no ha de ser buen caballero
el que embozado y rastrero
llega hasta aquí como vos!...

Alejo.— Anciano: la lengua ten,
que entre hidalgos no está bien
proceder ligeramente...
Ved que os pido humildemente
lo que en otro exigiría!...

D. Cosme.—¡Habráse visto osadía?...
(Concepción, desesperada, trata de interponerse entre ellos. Alejo permanece impasible.)
Pero que ha de ser osado
quien oyéndose insultado
muestra así su cobardía?...

Alejo (conteniéndose).—Señor: he sido soldado:
mientras Sobremonte huía
como cordero asustado,
ante el inglés que invadía
nuestras pampas, yo, señor,
luché con mi compañía
contra el odioso invasor!...

D. Cosme.—¿Sois?...

Alejo (desembozándose).—¡El capitán Romero!

D. Cosme.—¡Maldición!
el que pregona altanero
contra el rey su rebelión?
¡Vos! ¿Un revolucionario?...

Alejo.— Soy, señor, un visionario
que sueña con libertar
su triste patria oprimida
y que jugando la vida
hasta aquí vino a soñar!...

D. Cosme.—¿Y qué busca en lo de Arana?

Alejo.— En esta noche otoñal
vine a hilar un madrigal
allí, junto a esa ventana...

D. Cosme.—Sólo un necio, un bandolero,
un ladrón o un criminal
llega a un hogar patriarcal
de noche y con aparcero
y en vez de entrar por la puerta
se mete por la ventana.
Pero sepa el majadero
que siempre está muy alerta
el Oidor Cosme de Arana!...

Alejo.— Tened la lengua, señor,
que siento temblar la mano
y no me quiero olvidar
que os tengo que respetar,
primero, por ser anciano,
y después... por ser Oidor!...

... ...

Mi valor abonarán
los que me vieron guerrear
y en el combate alcanzar
presillas de capitán!...
Ved, pues, cuán grande ha de ser
mi amor por esta mujer,
que teniendo aquí mi espada
ya no está desenvainada
para hacerte enmudecer!...

D. Cosme.—¡Necio alarde!
¡Sois cobarde!,
condición de todo truhán!...
(Exasperado, hiere con su espada a Romero en la mano. Este, enfurecido, va a repeler la agresión, mas lo detiene la súplica de su amada.)

Concepción.—¡Alejo!... ¡No, por favor!...

Alejo.— (Transición).
¡Señor!: dad gracias a Dios
que entre el odio de los dos
se ha alzado augusto el amor!...
(Concepción enjuga la sangre que brota de la herida de Alejo. Al ver su pañuelo enrojecido, dice:

Concepción.—Como prenda de mi amor
te di esa rosa encarnada
y después de esta estocada
en tu mano ensangrentada
tú me has devuelto esa flor!...

TELÓN.—Fin de la jornada primera.

JORNADA ÚLTIMA. — Escena final

D. Cosme. — Concepción. — Alejo

D. Cosme.—¡Nos separa una causa de guerra!
¡Nos separa un abismo profundo!...

Alejo.— ¡Contra todos los odios del mundo
puso Dios el amor en la tierra!...

D. Cosme.—¡Mi lealtad hacia el rey lo primero!

Alejo.— ¡Por encima de todo la quiero!

Concepción.—¡Tu altivez, padre mío, me aterra!

D. Cosme.—¡Por encima de todo mi honor!

Concepción.—Si os separa una causa de guerra
yo he de uniros en un mismo amor!...
(Oyense, afuera clamoreos y dianas.)

Alejo.— ¡Escuchad! ¡El clarín de victoria!...
¡Ha triunfado la revolución!
Hoy, envuelta en fulgores de gloria
se levanta a la faz de la Historia
"una nueva y gloriosa Nación!"...

Concepción.—¡Hoy España llora como vos!
Han perdido una hija los dos
y el dolor les desgarra la entraña:
mas tu llanto y el llanto de España
han de ser enjugados, señor,
por los labios del niño inocente
que al besar candoroso la frente
bordará una corona de amor!...

D. Cosme.—¡Hoy es día de llanto y de duelo
para todo el que es buen español!

Alejo.— ¡Hoy es día de gloria infinita!
¡Escuchad!, en los aires palpita
el acorde marcial de una diana,
¡el tambor!... ¡el clarín!... ¡la campana!...

D. Cosme.—Hoy es día de llanto y de duelo
para mí, que soy buen español!...

Concepción.—¡Ya está limpio de nubes el cielo!...
¡Ha salido a besarnos el sol!...

D. Cosme.—¡Id!... ¡Dejadme en mi gran des- [consuelo!...
Id vosotros: que os guíe el cariño!...

Concepción.—(Suavemente llevada hacia la puerta por Alejo.)
Volveremos, señor, nuevamente,
cuando un niño, al llamaros abuelo
con sus besos os borde en la frente
sobre copos de bíblico armiño
una hermosa corona de amor!...

Alejo.— ¡Volveremos así, mi señor!...
(Mutis de ambos, lentamente. Al quedar solo, don Cosme esconde la cara entre las manos, pero al escuchar nuevos clamoreos y claridad en la calle, se yergue imponente como león enfurecido.)

D. Cosme.—¡Vive Dios! ¿Qué van gritando?

Una voz. —¡Viva la revolucioooon!...

D. Cosme.—¡Viva mi rey, don Fernandoooo!...
(Dice esto, levantando su bastón, enloquecido, pero su voz apenas puede oírse, ahogada por las dianas y gritos y repiqueteos de campanas echadas a vuelo.)

FIN DE LA OBRA.



Deseo de florecer

(De los "Poemas de la Esposa")

Siento la gran tristeza de la tierra
estéril y maldita
que no ha de florecer.
Perenne soledad en mi morada
habrá hasta que no llegue
el hijo que sueño ver nacer.

¡Dios mío! No merezco el dolor
de un destino infecundo.
Tú que lo puedes todo,
hazme la divina, la sublime
gracia, de que en mi cuerpo, roja flor,
cuaje el maravilloso
fruto, que anhela mi religioso amor.

En la tristeza negra de mis días
y el silencio de tumba del hogar,
sin la sonrisa clara de un querube...
¡Ah, no quiero pensar!...

Haced, Dios mío, que mis carnes
juveniles y puras,
al recibir el germen de la vida
sepan la gloria excelsa de la inmortalidad.

EDDEF.

Buenos Aires, 1925.





(Tradiciones correntinas)

EL PRESENTE DE ANDRESITO

Por Hugo ALSINA

Al verle entrar, los demás invitados cambiaron una mirada de inquieta sorpresa. Bajo, trigueño, con dos ojillos relucientes que se ahogaban entre las carnes dobladas de los pómulos y la nariz chata, la espesa cabellera, lacia y grasienta, abriéndose a los cuatro vientos, aquel hombre tenía todo el aspecto de un soldadote de campaña hecho para luchar en medio de las selvas. Era el señor gobernador. Bien conocían entonces al famoso indio Andresito. Tiranuelo de instintos sanguinarios, había conseguido imponerse gracias a la violencia, manteniendo así la alta posición con que el general Artigas le pagara su inquebrantable fidelidad. Por eso al notarse en la sala de baile la silueta del trágico personaje, una ráfaga helada, algo así como una caricia de muerte, paralizó todos los corazones. ¿Qué quería? ¿Por qué había venido? ¿Acaso buscaba ultrajar una vez más a esa sociedad, que ya no se atrevía a quejarse, exigiéndole el acatamiento servil de las espaldas encorvadas? Y el mismo pensamiento, sombrío, angustioso, fué rodando pesadamente, con la tenacidad de los presentimientos tristes.

Doña Francisca de Alencastro de Escobar le saludó sonriendo. Mucho le honraba su presencia. Él, que jamás aceptaba ninguna invitación, se había dignado visitar su casa. El baile era en su honor y, a fe de buen caballero, no podía faltar.

Mientras hablaba, notábase en el rostro de la noble dama la satisfacción que le producía el primer éxito de sus planes, en tanto que Andresito, con los labios carnudos entreabiertos, como la fiera a quien se hace cosquillas bajo la oreja, sonreía complacido al ver las barbas blancas, llenas de dignidad y los graciosos bustos femeniles, inclinándose humildemente, temblorosos, hasta sus botas cubiertas de barro.

Poco a poco, reanimóse la fiesta. Olvidando la primera impresión, desfilaban majestuosos los amplios miriñaques y como un juego de luces quebrábanse los colores de los elevados peinetones, empinados sobre cabelleras encastilladas, en una rítmica y ceremoniosa cortesía. Una que otra risa se aventuraba a romper el silencio que desde hacía largo rato pesaba sobre todos los labios. Pero nadie dejaba de pensar, y aun le miraban con los rabillos del ojo, como vigilándole discretamente, en ese sombrío personaje que desde hacía un par de horas permanecía sentado en un rincón con el sombrero en la mano y la vista clavada en el suelo.

De pronto toda la sala se estremeció. Andresito, rojo de cólera, los ojos inyectados de sangre, estaba de pie. En su actitud airada, adivinábase la proximidad de un arranque resuelto. Todo lo sabía. Uno de sus edecanes, acostumbrado a esas pesquisas, había descubierto en el fondo de la casa, bajo los árboles, al grupo de conspiradores. Y en él estaban dos de los jóvenes Escobar. Pero ya los traidores habían huído, saltando cercos. Y el gobernador comprendía ahora el objeto del baile. ¡Miserables, me han engañado! Y abriéndose paso con los puños salió precipitadamente. ¡Ya me las pagarán! ¡Ya me las pagarán!

Terrible amenaza en aquella boca. Todos comprendían el significado de esas palabras pronunciadas por Andresito. No eran ya amenazas, no; eran la tortura, la violencia, la muerte. Y los rostros pálidos, desencajados, comenzaron a desfilar. Noble empresa, es cierto, pero ellos se iban. No querían, no podían ser cómplices quedando en aquella casa. La sala quedó completamente vacía. Sólo el silencio tenaz, golpeaba las paredes como llamando el primer cuadro de la tragedia.

Y así, aquella madre que había arrostrado todos los peligros, llevada de su aspiración patriótica, veíase sola, abandonada en medio de esa sala llena de luces y donde, quizás en seguida, podía asomar el espectro de la venganza. Recién entonces se dió cuenta del paso que había dado. No se desafía sin peligros a una fiera. Debía, pues, esperar el terrible castigo. Y al pensar en el propio sacrificio, su cerebro torturado consolábase al ver aquellos dos seres queridos lejos de las garras de presa, vagando tal vez por los bosques, pero levantando la bandera de la libertad que había de dar en el suelo con aquel coloso de sangre.

Varias veces vió salir el sol y otras tantas interrogó a la luna, sumida en sus pensamientos, fija la mirada en un mismo punto como si quisiera agujerear el misterio y esperando siempre la siniestra visita que con su tardanza aumentaba la tortura de la agonía. Pero los eternos viajeros nada contestaban. Radiante de gloria el uno, blanca y luminosa la otra, cruzaban el firmamento sin sospechar siquiera que allá, renunciador y noble, un corazón vagaba en busca de sus entrañas. Y al verlos pasar tan lejos, silenciosos, la madre entornaba los párpados y recorría leguas y leguas en un galope sin freno.

Un momento sintió que la hablaban. Con tranquilidad, como quien despierta de un largo sueño, dió vuelta la cabeza. Era Cacho, el peoncito de sus hijos. Hablaba entrecortadamente. Venía de Laguna Brava, a escondidas. Habían peleado toda una tarde. Muchos murieron. Otros se salvaron huyendo a los bosques. Una carnicería.

—¿Y ellos?

Cacho ahogó un suspiro. Una gota rodó de los párpados hasta los labios y murmuró:

—El otro... Andresito...

La madre tornó a mirar el vacío. Aquella noticia no le extrañaba. Mucho les había buscado a través de los campos. ¿Dónde más podían estar? Esperaba ahora su turno. Y siguió agujereando el misterio con la mirada fija, inmóvil. ¿Cuándo?

Así pasó la tarde. Asomaba ya el crepúsculo y desde muy lejos una gran sombra negra se precipitaba cubriendo el cielo, mientras a ras de tierra luchaba un último rayo de sol que no quería morir. En la sala, lentamente, desaparecían los rincones en la obscuridad y sólo una tenue faja de luz colábase por las vidrieras de las ventanas para venir a morir a sus pies. ¿Cuándo? ¿Cuándo?

Ella contemplaba morir la tarde y la sentía su hermana. Las dos agonizaban. Abstraída, en una inconsciencia absoluta del pasado, ya sin temor del futuro, como si se le hubiese plegado el alma y en sus pliegues se escondieran todos los recuerdos, seguía paso a paso el lento avance de las sombras cual una legión de fantasmas.

Un ruido seco la volvió a la vida. Habían llamado. Un crujido de sables y fusiles se acercaba. En sus labios comenzó a vagar una sonrisa. Comprendía: iba a descansar. ¿Por qué habían demorado tanto? Y cuando alzó por segunda vez la cabeza, distinguió, a la luz de aquel último rayo, un hombre. Traía una fuente y en ella algo así como un montón de cabellos húmedos.

Y el edecán habló con voz chillona:

—De su excelencia—dijo,—un obsequio.

La madre se incorporó lentamente. Durante largas horas había esperado la muerte y en cambio le enviaban un obsequio. ¿Por qué la obligaban a vivir? Y clavó los ojos, que ya no veían, en ese inesperado presente. A la luz moribunda semejaban una masa informe y humeante. Parecía mirarla. Se aproximó más. Y cuando la tuvo cerca lanzó un grito. La reconocía. Eran las cabezas de sus hijos. La miraban, sí. La sonreían. ¡Pobrecitos, se fueron solos!

Fué entonces cuando aquella madre, como una fiera herida, se lanzó sobre el edecán y, con los dientes, le cortó uno de los dedos de su mano ensangrentada.

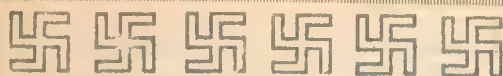
Y agrega la tradición que nunca pudo encontrarse ese pedazo de carne, que un supremo dolor arrancó en recompensa de las cabezas chorreantes, cuyos ojos miraban tiernamente, dulcemente, en una última caricia.

El viaje inútil

Es la tarde de oro, seductora y bella,
tal como la flora madrigalizada
que en la partitura del Amor albea;
corren los chicuelos alocadamente
por las esplanadas y las alamedas,
como alegre enjambre de mariposillas
que nos anunciasen a la primavera
y hay en la alegría
que el ambiente orea
la sutil fragancia de estival halago
que añadió a la tarde la Naturaleza.
Festival de ensueño, ronda de primores,
gira del poeta,
¡qué no se diría de alabar la magia
de esta tardecita seductora y fresca,
si a los de las trovas de los surtidores
sus arpegios mezcla,
mientras vocalizan sugestivamente
pájaros y flores su augural endecha!
En tanto al abrigo de los puentes rústicos
los ceremoniosos cisnes aderezan
con los rojos picos sus ropones blancos
rizados al paso del aura traviesa,
monjes que en el éxtasis áureo de la tarde
la florida pascua del jardín celebran,
ponen los flamencos sobre el lago en calma
que de los rosales la pompa refleja,
trémulas gavillas o constelaciones
de capullos róseos y de blancas gemas.
Todo, en torno, ríe,
todo, en torno, gesta
yo no sé qué extrañas alucinaciones
bajo la armonía de la tarde espléndida,
como si el paisaje se animara ante una
seducción de rimas, besos y promesas...
De la verde orilla parten las canoas
donde Amor su rubio madrigal cincela
con el verbo ardiente del galán dichoso
tras la absorta gracia de la su pareja,
y mientras el véspero alista sus arcas
de aromas difusas y tintas intensas,
sólo yo, apenado, dejo que mi barca
surque a la ventura la linfa risueña:
¡y es que demasiado me sé que en la orilla
nadie ya me espera!...

Miguel de ARZUBIAGA.





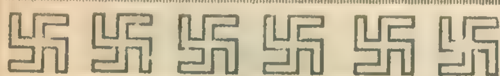
Los ojos

—¿Me sabrías decir qué son los ojos?

Dos virtudes: la aurora y la tiniebla,
ya en el rubio claror de la mañana,
ya en la serena placidez del sueño.
Dos urnas que atesoran
los colores del iris.
Sensibles indefensos que se ocultan
frente al chispazo de los rayos vívidos,
debajo el terciopelo de los párpados.
Punto final, tal vez, de la congoja
merced a la humedad de su consuelo.
Inefable caricia,
temor y dulcedumbre;
pregunta, insinuación, asentimiento,
constancia, desafío.
Sabios en el lenguaje intraductible
del rapto del amor; dulces avaros
de las palabras que a los labios nunca
supieron asomar.
Dones videntes a través del párpado,
que ven fantasmagóricas visiones
si los cierra a la mitad del día.
Aros por donde pasa en hilo de oro
la emoción del paisaje.
Agua límpida y mansa que duplica
las estrellas que asoman acendradas.
Gotas de beatitud y puntos suspensivos
del poema del éxtasis,
son los ojos, que tienen de la aurora
la bella lucidez y la videncia.

—¿Y las pupilas huérfanas del ciego?

José L. Lasie



PUCHITOS

En Inglaterra y ya en Francia, se han empezado a poner en el interior de los paquetes de cigarrillos cartoncitos con juegos de ingenio. Tal es la popularidad que han alcanzado.

* * *

Burma, en la India, es el paraíso de los aficionados a la caza mayor; el año pasado se dió muerte a 5.752 fieras.

* * *

En Edmonton se han instalado numerosas canchas para jugar al tennis por la noche, provistas de una iluminación especial.

* * *

Sir James Agg-Gardner, miembro del Parlamento británico, es el único presente en la casa de los Comunes, que formaba parte de ella en tiempos de Disraeli.

* * *

Los prisioneros que esperan sentencia en las cárceles de Francia están sujetos a una vigilancia especial. Se les priva de los cordones para los botines, cuellos y corbatas y todo, en fin cuanto pueda servirles para una tentativa de suicidio.

* * *

Los bretones consumieron el año pasado una cantidad de manzanas y naranjas, equivalente a 85 de las primeras y 55 de las segundas por persona.

* * *

La mala dentadura es una causa de meningitis y envenenamiento de la sangre. Tal es la declaración hecha por el doctor Bronte, eminente patólogo inglés.

* * *

Respondiendo al deseo de una viuda que anunció su deseo de contraer segundas nupcias, el alcalde de Grimsby, lugar de residencia de la solicitante, recibió doscientas cartas para hacerlas llegar a sus manos.

Aún cuando no existe una prohibición expresa, el fumar es considerado como incorrecto para los referees ingleses y franceses, cuando están en funciones.

* * *

Miss Millauro, una muchacha inglesa, de veintitrés años de edad, tiene fama en Europa como la más hábil constructora de ojos artificiales. En cincuenta minutos puede fabricar un perfecto ejemplar idéntico al que ha de ser su compañero.

* * *

En una granja de Oxfordshire se han hecho instalaciones especiales para la cría de zorros plateados. Se han llevado allí del Canadá parejas que han costado 300 libras esterlinas el macho y la hembra.

* * *

Durante la pasada guerra fueron destruídas en Bélgica 100.000 casas particulares. De éstas han sido reconstruidas 95.000. En cuanto a los caminos, han sido restauradas unas 1.200 millas.

John D. Rockefeller, el más famoso multimillonario norteamericano, quien cuenta actualmente ochenta y seis años de edad, ha regalado con fines de beneficencia y de enseñanza, alrededor de 100.000.000 de libras esterlinas durante su vida.

* * *

La dinastía reinante en el Japón data del año 660, antes de la Era cristiana. El actual emperador es el 122 de su raza.

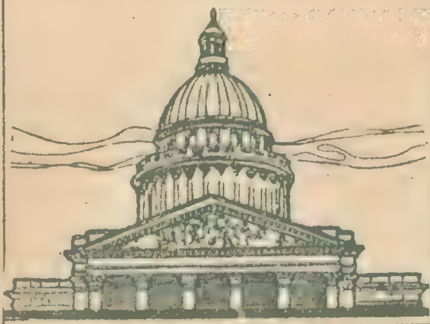
* * *

Se ha comprobado que a los elefantes les gusta la ginebra y en cambio no les gusta el champagne.

* * *

En una antigua iglesia de Los Pinos, cerca de Manila (Filipinas), hay un órgano con todos los tubos de bambú. Este órgano, que todavía se usa, lo construyó en 1793, un fraile resoleto llamado fray Diego Cera.

De la ESPAÑA MONVMENTAL





MADRID.—La Puerta de Alcalá.



TOLEDO.—Parte lateral de San Juan de los Reyes.



EL ESCORIAL. — Una de las celdas del histórico monasterio.



LA GRANJA.—El real palacio visto desde la Cascada.



LA GUERRA SANTA AL COPETIN







Bajo los auspicios de la Liga Nacional de Templanza, realizóse, en los salones del Colegio Nacional de Buenos Aires, una reunión encaminada a combatir el alcoholismo. — A la izquierda: el doctor Ernesto Nelson, pronunciando su discurso. En el centro: una vista parcial de la concurrencia que asistió al acto. A la derecha: el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, otro de los oradores, dirigiendo la palabra al auditorio.

ESCUELA MUNICIPAL DE TELARES DEL JARDIN ZOOLOGICO



Varias de las alumnas de la Escuela Municipal de Telares, que funciona en el Jardín Zoológico y algunas de las familias de aquellas, durante la disertación del profesor don Emiliano Celery, pronunciada con motivo de la apertura de los cursos de dicha institución.



El pintor argentino, señor Emiliano Celery, profesor de la escuela, haciendo uso de la palabra.

CRUZ ROJA ARGENTINA



Aspecto que ofrecía el salón de actos de la Escuela Central de la Cruz Roja Argentina, durante la apertura de los cursos, del corriente año, en las clases de enfermeras, enfermeros y primeros auxilios.



El inspector general de escuelas de la institución, doctor Jorge W. Howard, pronunciando su discurso.



Sociales



SAN ISIDRO. — La señorita Blanca Conti y el señor Luis A. Beltrami, después de la ceremonia de su enlace.



TUCUMAN.—La señorita María Luisa Aráoz Madrid y el doctor Alejandro Bimbi, recientemente desposados.



CAPITAL FEDERAL.—Enlace de la señorita Elvira Pujol Vedoya con el doctor David J. Fernández.



Señorita Mafalda Nigro, que pasado mañana contraerá matrimonio con el doctor Pedro Cantarella.



Enlace Luque Porcel de Peralta-Alvarez Viejo —Los contrayentes después de la consagración religiosa.



La señorita Ana Elisa Latronico y el señor Mariano Basavilbaso, cuyo matrimonio se efectuó últimamente.



Enlace de la señorita Margarita Matthews con el doctor Alfredo Buzzi. — Los novios, después del acto religioso



Señorita Nélida A. Muschietti e ingeniero Clemente Frigerio, recientemente desposados.



La señorita Emma Fernández Villanueva y el señor Julio Martínez Diez, cuyos desposorios se efectuaron ha poco.



Casamiento de la señorita Carolina Irigoyen Dufrat con el doctor Pedro Veracierto.—Los contrayentes después del acto.



Señorita Aurora Friazzola y doctor Arturo Salas Moyano después de la bendición de su enlace

De la jira del ministro de Obras Públicas



El ministro de Obras Públicas, doctor Roberto Ortiz, durante el lunch que le fué ofrecido en la capital del Neuquén, a su paso por dicha ciudad, en el viaje realizado al territorio nombrado y al de Río Negro.

Abbott—F. C. S.



Vista parcial de las romerías españolas recientemente efectuadas en este pueblo.

La última etapa del raid aéreo emprendido por el comandante uruguayo Berisso



El director de la Escuela de Aviación "Paso Mendoza", de la República del Uruguay, comandante Cesáreo Berisso, despidiéndose del mayor argentino Ángel Zuloaga, en el aerodromo del Palomar, al iniciar la última etapa del raid aéreo.

Los candidatos de la Asociación Ferroviaria Nacional para integrar el directorio de la Caja de Jubilaciones



Señor Miguel Leguía, del F. C. C. A.

Señor Alberto Rochiax, del F. C. C. C.

Señor Constantino Gómez, del F. C. O.

Señor Benito A. Cesano, del F. C. Pacífico.

Señor Carlos Chiesa, del F. C. Sud.

Fallecimiento del obispo Zenón Bustos



Monseñor Zenón Bustos, obispo de Córdoba, recientemente fallecido.

Bibliografía



Señor Juan D. Conde, prestigioso educacionista, autor del "Manual para la enseñanza del ahorro", últimamente aparecido.

Asociación Universitaria Internacional



El doctor Manuel P. Raurich, que ha sido designado representante en la Argentina y Uruguay por la Asociación Universitaria Internacional, que tiene su sede en Ginebra.

Vida TEATRAL

A Badía Rijhani

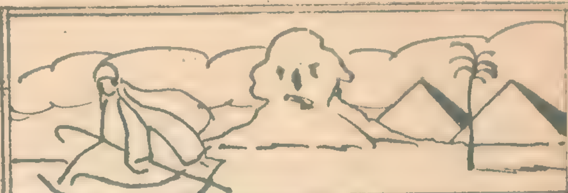
(Tiple de la Compañía Egipciana).

De la mágica tierra del Oriente,
tierra de ensueños y vergel de flores,
en que, la noche azul, habla de amores
y es, la mujer, hierática y ardiente,
has traído, contigo, al Occidente,
los ritmos, las leyendas y colores
de músicos, poetas y pintores
que, el Sol de Egipto, fecundó su
[mente.
De "Las mil y una noches" la poesía,
y del harén, las danzas y canciones;
la gama del rosal de Alejandría;
y en tu arrogante cuerpo y tus fac-
[ciones,
la radiante belleza traes, Badía,
de Isis, la diosa de los Faraones.

ANTONIO VIERGOL.



Badía Rijhani.





Una visita a la estancia "El Tejado"



Un grupo de convidados.



La dueña de la estancia "El Tejado", señora Guerrico de González Segura.



Sra. de Vivot y Sres. Rigios, Vivot, Ayerza y Frías.



Señoras Roca de López, Fernández Guerrico de Vivot y González Guerrico de Sastre, señoritas Susana Arning y María Teresa Ayerza y señor Estrada.

Fot. Bonnin.



FRAY MOCHO EN TUCUMAN



El gobernador de la provincia de Tucumán, miembros del poder judicial y otras personas, durante la inauguración del Banco de la Provincia de Tucumán en la villa de Tafí Viejo.



El rector de la Universidad Nacional, doctor Juan B. Terán (1); el ministro de Gobierno, doctor Ricardo D. Bascary (2) y el presidente de la Corte Suprema de Justicia, doctor M. Paéz de la Torre (3), acompañados de un núcleo de educacionistas, en el acto de apertura de los cursos universitarios.



El gobernador de la provincia de Tucumán, doctor Miguel M. Campero y demás autoridades, en la inauguración del camino al Perú.

Fots. Saccone.

NEUQUEN.- F. C. S.



El batallón de boy-scouts "Teniente Coronel Denis", recientemente organizado.

Fots. Ligaluppi.

Vida universitaria



Doctora Crisantema Delia Solveyra, recientemente egresada de la Facultad de Derecho.



Arquitecto Rodolfo Santiago Gilardone, a quien la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales otorgó el premio correspondiente al año 1923, consistente en una medalla de oro

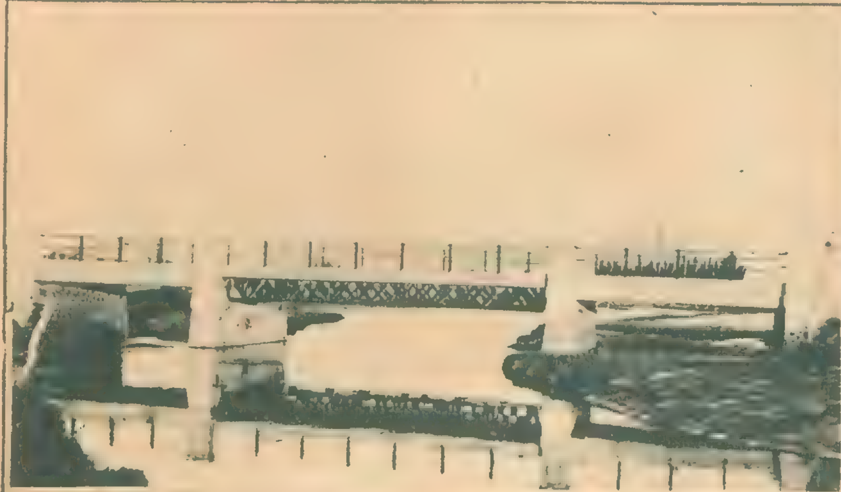
CICLISMO





Arriba: Julio del Campo, que obtuvo el primer premio en la carrera, segunda categoría, de 18 kilómetros, realizada en Tucumán. Le acompaña su entrenador José Parajón. — Abajo: Sebastián Barceló, ganador en la carrera de 42 kilómetros, disputada en la mencionada ciudad.

Un pueblo que progresa: CACHARI F.C.Sud



Puente sobre el arroyo Azul, en Cachari, F. C. S



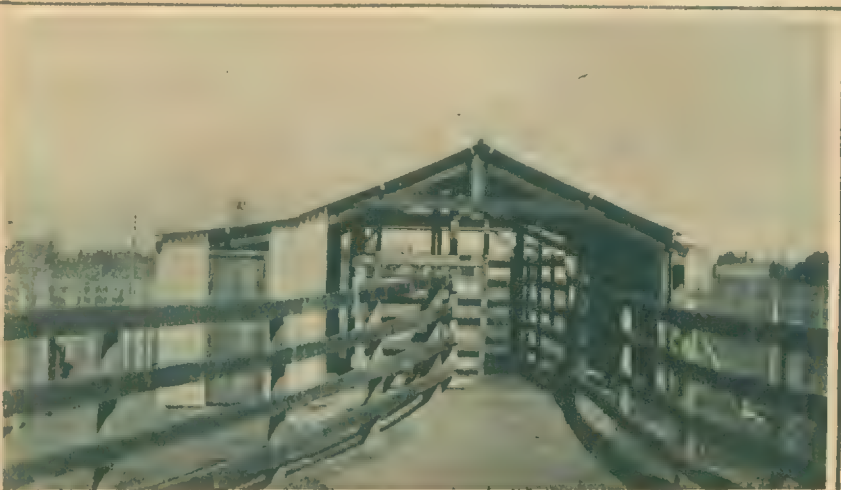
Una instalación rural para ganado vacuno



Oficinas de administración de un moderno local feria



La pequeña iglesia del pueblo.



Balanza para la venta, al peso, de vacunos, instalada en un local feria de ganados.



Edificios de la Sociedad Española y de la Sucursal del Banco Comercial del Azul.



Instalaciones para lanares, en una feria.



El hospital local, actualmente en construcción.

Fots. J. C. Dantiacq.

De la guardia vieja del ejército argentino



Teniente general retirado Ignacio Fotheringham. (Dibujo de Daniel López).

El nuevo directorio del diario "La Argentina"



Doctor Hugo Novaro, presidente del directorio de nuestro colega "La Argentina".



Señor Lucio Cherny, vicepresidente del directorio, repuesto por mandato judicial.



Doctor Italo Cacici, miembro del directorio, también repuesto judicialmente.



Señor Alfredo P. Drocchi, miembro del directorio.



Doctor Marcos Satanowsky, abogado defensor, cuyas gestiones llevaron a feliz término este sensacional asunto.



Doctor Ricardo Labougle, interventor judicial, cuya actuación imparcial fué favorablemente comentada.

Artistas argentinos en Europa



Francisco Spaventa.

Francisco Spaventa triunfa en España, sí, y el triunfo de este artista argentino débese en primer lugar a su juventud, y sus ansias de gloria.

Spaventa es una figura conocida en nuestra pintoresca calle Corrientes y en los escenarios nacionales de género chico, donde su figura correcta y su voz, fuerte y segura, animara la escena. Sin embargo, como artista de raza, le resultaba pequeño lo conquistado, y un día, ebrio de entusiasmo y juventud, y jugándose por entero, se presenta en España ante públicos difíciles de contentar, y triunfa absoluta, rotundamente, con sus canciones. Y hay tanto lirismo en ese gesto de audacia y atrevimiento que no podemos menos que sentirnos orgullosos con su éxito, que también lo es nuestro.

Francisco Spaventa triunfa en España y su triunfo repercute en la calle de los artistas y de los teatros—Corrientes—donde se le recuerda constantemente por el gesto único de su confianza en sí mismo, en su juventud. J. F.

Extraña forma de arrastrar un automóvil



Ben Darwin demuestra prácticamente, en las calles de Nueva York, la fuerza de sus cabellos arrastrando con el pelo un automóvil que pesa dos toneladas y media.

LOS IMPORTANTES REGALOS

que se entregan a cambio de los cupones que contienen todas las cajas del exquisito

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

se han establecido, únicamente, en beneficio de las señoras consumidoras de este insuperable artículo de tocador, quienes además de embellecer su cutis, comunicándole frescura, suavidad y delicadeza, obtendrán, gratuitamente, valiosas alhajas de oro y brillantes, y espléndidos objetos de arte y fantasía.



SU distinción y su buen gusto han de exigirle que complete los elementos de su tocador, con estos exquisitos productos de la **Perfumería MENDEL:**

Polvo Cielito Mío
Agua de Colonia Antinea
Loción Cielito Mío

RECOMENDABLES POR SU ALTA CLASE Y ORIGINAL Y DELICADO PERFUME.

MENDEL y Cía.

En Buenos Aires: Calle GUARDIA VIEJA, 4439
En Rosario, Santa Fe: Calle ENTRE RIOS, 864

NOTA. - Estos mismos regalos, los tiene establecidos, en Montevideo, el Polvo Graseoso Mendel.

Desde la fragata "Sarmiento"

BARAJANDO LA COSTA

(Narraciones de a bordo)

Para "Fray Mocho".

Y mientras la vieja fragata a impulsos de un mar de fondo se balanceaba bruscamente barajando la costa de Mar del Plata y el timonel daba la voz de "rumbo", precisando el instante de situar el buque por marcaciones, el teniente X, inclinado sobre el taxímetro, inició su relato.

"Era yo un flamante alférez de navío y, al propio tiempo novel esposo, a punto de dar por terminada la reglamentaria licencia de 29 días que el ministerio concede a los "desertores del mar", cuando la orden de efectuar mi pase a un buque próximo a zarpar, interrumpió el conyugal idilio.

No es por cierto juego lícito exponer razones sentimentales para eludir una orden de esta naturaleza, ni es tampoco posible demorar su cumplimiento, de manera que mientras realizaba en la calle ciertas diligencias, mi buena compañera tomaba para sí, por vez primera, la ardua tarea de prepararme el equipaje.

Bajo su celosa dirección desfilaron del guardarropa a mi baúl en correcta "línea de fila orden natural" mis prendas militares. Hacía cabeza la aparatosa casaca, tan pretensiosa entonces, como estrecha ahora de cuerpo; como numeral dos seguía el frac, antes impecable y hoy varias veces modernizado, después de largos y meritorios servicios; luego, y siempre en orden de rigurosa procedencia, la circunspecta levita que ya exhibe con desdoro la hilera de botones "endentando a estribor", a la altura del abdomen, como consecuencia de sucesivos ensanches que hacen presumir mi ascenso a jefe, y finalmente, cerrando la marcha, el saco modesto y batallador de antiguo reglamento, con su trencilla delatora al frente...

Sólo faltaba el noble y generoso capote, de bolsillos siempre entreabiertos, como dando el "¡listo!" a las manos que parecen sobrar a los marinos cuando vestimos uniforme. En esos bolsillos, como ustedes saben, tienen también cabida la libreta de guardia de puente, los papeles de corte manual en los que la máquina escribe sus datos "del cuarto", refrendados por el foguista que los lleva, el cual deja en ellos con grasa su impresión digital, y a veces (no tantas como debiera) la hojita de block, mejor tratada que aquella, en la que el oficial de derrota consigna el precioso dato de la situación de buque por marcaciones.

Curiosear un bolsillo, del que por añadidura sobresale una libreta con papeles, no es que yo sepa falta grave para mujer alguna de la tierra, máxime si es esposa de marino. Si se añade que en tal emergencia las marcaciones estaban asentadas con letra extraña y sobre una tarjeta de visita de buque, se comprenderá que el asunto pudiese presentar sus complicaciones... En definitiva, en la tarjeta se leía: "Stella Maris. Mogotes 185".

A esta altura del relato el teniente X dirigióse a la casilla de navegación y colocando sobre el cuarterón del puerto el canto de las reglas paralelas de manera de unir en línea recta el faro de Mogotes con la torre de la capilla Stella Maris, continuó con tono convincente:

"¿Ve usted? He aquí el 185 verdadero, la enfilación a que se refiere la tarjeta mencionada,—y señalando luego sobre la superficie del mar, mostró el lugar aproximado de la referida situación.

Pero este inocente Mogotes 185 y aquel nombre de Stella, iban a ser para mí motivo de inesperado aunque pasajero contratiempo, y para mi esposa, de aflicción y lágrimas. Cuando regreso a casa, en la imaginación de mi cónyuge, a base de la tarjeta de marras, había tomado el carácter de evidencia el hipotético intento de infidelidad. Lágrimas amargas corrían por las mejillas de la esposa que se creyó ofendida, quien exhibía en su diestra el documento revelador.

Y como el teniente X sacara una mano del bolsillo para situar el buque, un joven camarada preguntóle: "¿Y luego?"

¡Ah, dijo el teniente sonriendo; aunque el asunto es en verdad claro para nosotros los marinos, no sin bastante trabajo pude identificar a la presunta Stella Maris de una ignorada calle Mogotes, con la capilla de aquel nombre que hemos marcado, enfilada al faro, a los 185 grados de rumbo.

Al presente mi esposa, además de saber un poco de navegación costanera, conoce bien los accidentes de la costa y sólo se acuerda de Stella Maris para rezarle en mis ausencias. Yo en cambio supe ese día, guía en mano, que hay una calle Mogotes en Buenos Aires, ignorando empero la existencia del número 185.

Por lo demás, terminó el teniente X, como dominado por un hondo recuerdo sentimental, llevo como usted sabe, una estampa preciosa de Stella Maris a la cabecera de la cucheta de mi camarote, puesta allí por mi esposa, antes de emprender viaje. Al fondear ahora en el primer puerto del itinerario y recordando el episodio, más de un marino podría repetir con Farrere: "Santa Virgen María, guiad a los pobres marinos en las cosas de la tierra, que en las del mar ellos tratan de arreglarlas..."

Teniente DOSERRES.

Mar del Plata, marzo de 1925.

Poemas campestres

I
DÍA CAMPESINO

En la hamaca de Aurora
mi deseo naciente
cantó con el clarín áureo del gallo.

En el lecho de Siesta
mi deseo creciente
crepitó en el brasero de cigarras.

En el avión de Tarde
mi deseo, doliente,
con hélices de grillos voló lejos.

En el bote de Noche
mi deseo muriente
fué a dormir a la playa de la luna.

II
OVEJAS EN LA TARDE

Ovillos de timidez
que se deshilan balando
las ovejas, en francés,
"mère"... "mère"... van llamando.

Las armonías del viento
sobre la lira del verde
y un vago acompañamiento
(¡pobres huerfanitas!): "mère"...

Por un verde caminito
van al horizonte azul
"mère"... "mère"... y un gandul
las conduce, despacito.

Mayorino Ferraria

Gente de teatro



Rosita Rodrigo y María Santa Cruz, del elenco del San Martín. (Caricatura de Méndez Mujica).

UN MEDICO SINGULAR

Soplando cura todas las enfermedades

La prensa de París se ocupa de las curas milagrosas que en un pueblo de la Garona, Avignonet, realiza un curandero llamado Juan Béziat, tan famoso como el magnetizador Jacomet, que, como es sabido, compareció días pasados ante los tribunales, acusado de ejercicio temerario e ilegal de la medicina. Como Jacomet, Béziat tiene sus enemigos, y las denuncias de éstos han motivado la persecución de que viene siendo objeto estos días por parte de las autoridades.

Béziat es ingeniero y vive en una granja de las cercanías de Avignonet, a 40 kilómetros de Toulouse. Es dueño de 50 hectáreas de tierra laborable; cultiva sus propiedades con gran cariño; cría bueyes, carneros y aves, y en sus ratos de ocio se dedica a la cura de toda clase de enfermedades. Su fama se ha extendido a toda Francia, y de todos los departamentos llegan a diario docenas de enfermos desahuciados por la ciencia que buscan la salud en la pericia de Juan Béziat. Se calcula que los pacientes que han desfilado hasta ahora por su consulta pasan de 15.000

¿Cuál es el método curativo de Béziat? Su inventor no lo oculta. Por el contrario, lo hace público a diario en una conferencia que da en su despacho a sus enfermos antes de proceder a la consulta individual.

"Los seres humanos — dice Béziat,—somos efectos. Tenemos, pues, una causa—llámese Dios, Naturaleza, Inteligencia suprema, Zeus o Buda, a mí me es lo mismo,—y está probado que la causa ama siempre su efecto, como la madre ama a su hijo, y el artista su obra. ¿Por qué, entonces, no nos ha de amar la causa de la cual somos el efecto? A ella debemos dirigirnos para aliviar nuestros males y los del prójimo. Yo estoy capacitado para hacer este llamamiento, y por esto yo puedo curar y aliviar.

Mi procedimiento, que no está inventado por mí, pues es muy antiguo, es el del soplo caliente. Aplicando mis labios en el sitio enfermo, hago una profunda inspiración, y luego lanzo el aire con todas mis fuerzas, hasta quedar sin aliento. El procedimiento es muy fatigoso, y hay que repetirlo varias veces, teniendo cuidado de alejarse cada una de ellas del enfermo para hacer nueva provisión del aire fresco que aspirar y lanzar.

Tened cuidado al llegar a vuestra casa de que cualquier persona que os quiera bien os sople igual que yo. Esto facilitará mucho la curación."

Termina su discurso Béziat pidiendo a sus enfermos que copien, aprendan de memoria y reciten una oración que está escrita en la pared de su despacho. Obispos, pastores, rabinos y fracmasones, han certificado su ortodoxia.

Béziat considera que los enfermos más fáciles de curar por su procedimiento son los epilépticos, hidrópicos, diabéticos, reumáticos, idiotas, locos, ciegos, tuberculosos y enfermos de los riñones y del estómago.

Páginas olvidadas

La bellísima doncella Floriana

(Crónica potosina del siglo XVI)

Por Brocha GORDA

Si el santo Dios nos fizo toda cosa
Por contento del home e su regalo,
Fizo, otro sí, la fembra peligrosa
Porque se adunen siempre bueno y malo

Loado sea el Señor que fizo toda cosa, amén; mas en la presente ocasión, unos tragos de vino viejo, de ese que un vate anacreóntico llamaba "néctar divino y a quien otros llaman vino porque nos vino del cielo", no nos sentarían mal y quizá fueran del caso, en estos tiempos anémicos y sobre tanta salsa untuosa como nos sirven a diario, conforme con la cocina literaria del "poli-gusto" a la sazón reinanto.

Yo respondo de que este cuento de la Floriana es viejo, pero me lavo las manos en cuanto a que sea rancio como el vino en que nuestros abuelos ahogaban el suculento estofado oliente hasta trascender a exquisito, de tal modo que abría la gula apetitosa de la vecindad y ponía en peligro de antojo a cuantas llevaban en su seno el milagro vital, obra de varón que multiplica enteros sin necesidad ni auxilio de la tabla pitagórica.

Ello, algo había de ser cuando, malgrado los tres siglos y pico que van corridos desde los fines de 1598 hasta los principios de 1925, que hoy, mediante Dios, alcanzamos, aún se conserva en tierra potosina viva la tradición de Floriana, hermosa, Floriana que vivió y murió doncella contra su deseo e inclinación manifiestos y contra la aún mayor de galanes y devotos, sacrificados en sus aras como en las de una verdadera Anadyomena venida al mundo bajo el influjo y poder de las estrellas aciagas.

No en vano el verídico cuanto donairoso autor de las Anuas de la villa imperial de Potosí decía que esta villa, además de sentir el poder de Júpiter y de Mercurio que daban a sus hijos, éste, sabiduría e inteligencia en sus tratos y comercio, y aquél, magnanimidad y ánimos sumamente liberales, sufría el predominio de Venus y de Libra que los tornaban cariñosos y amigos de músicas y festines, dados a recoger y disipar riquezas, y más que eso, inclinados a los gustos de Afrodis y a los cultos Adonisios.

Sobre el caso de la Floriana serviríale de testimonio fidedigno, si no hubiera innumerables otros en aquella tierra de grandeza, de opulencia, de tradiciones real y verdaderamente maravillosas. El citado cronista, que no es más ni menos que Bartolomé Martínez y Vela, dice apenas en sus Anales: "Este mismo año sucedieron los extraños casos que refieren los autores de la bellísima doncella Floriana". Otros hay que hablan de igual asunto sin mayores copias y sin método. Fray Antonio Calancha, erudito chuquisaqueño, escribió en 1639 su "Crónica Moralizadora", y a pesar de ser él fraile y de ser su crónica moralizada, dice la Floriana: "La vide tan donosa en la faz angélica y tan atesorada de dones en el mundano cuerpo, que ansí se iban a ella (Dios nos acuda con su santa guarda) la voluntad y el ánima como hechizadas."

Y vivía la moza con su padre, espadero de oficio, no muy rico de bienes, ni de entendimiento, conocido por maese Alduna en el barrio de la Condesa, y maese Alduna, si ajustaba hojas de Toledo a empuñaduras de cincel y contaba a veces en su parroquia a grandes y encumbrados señorones, no lo debía de cierto a su habilidad y a su artificio y menos aún a su índole aviesa, huraña y recelosa, sino al atractivo irresistible de aquella hechura de las Gracias, por azar hija suya, como lo son las blancas, fraganciosas flores brote de los espinos, en el vivir del bosque.

Guardábala Alduna en casa que prisión asemejara, por lo alto y espeso de los muros y lo apretado de las rejas, las cuales tenían, "ítem más", un alambrado a guisa de jaula para evitar, si acaso, el juego de las manos.

Y eso que Floriana habitaba en lo alto y vigilada y bajo registro o requisa de objetos que pudieran servir para misivas. Y eso que no salía la niña sino en los días de fiesta y con su padre, a cumplir el precepto en la vecina iglesia de la Compañía de Jesús, ni confesaba sino en la cuaresma y solamente con el superior, que era un anciano ya huero de la memoria y muy lejos de las cosas de este mundo.

Con todo, y quizá por ello mismo, rondábanla los grandes y pequeños, cercábanla los poderosos y los ricos, cantábanle los músicos y los poetas y había ofertas de himeneo como si fuera caso o cosa de epidemia; pero todo se estrellaba en la voluntad de acero de ese hombrecillo, a quien el corregidor y capitán general había dicho un día: "Y piensas tú, ambicioso, que esa hermosa flor se hizo para regalo único tuyo y de tu inaudita codicia?" "Vea vuesa merced, señor marqués—había contestado Alduna,—vea por su gobierno y cuide de su hacienda, que yo me gobierno solo y cuido de la mía". Lo que, haciendo morderse los labios, obligaba al marqués a seguir su camino, diciendo para su capa: "Con socces y villanos, quietas la lengua y las manos".

Y era la noche y noche de estío, lo que en la imperial villa significa no caer la helada y no soplar el cierzo de las pulmonías. Tibio el aire por ende, estrellado el cielo como manto de reina cuajado de diamantes, silenciosas las calles y las plazas, de enmedio de las cuales surgen los altos edificios, las torres y las cúpulas, bañados por la luna, prestábanse las sombras e incitaba el reposo general a las aventuras y al siseo anhelante de los galanes en las rejas, jugando, eso sí, a las escondidas con la ronda de corchetes y con los alcaldes del ilustre ayuntamiento vara en ristre, precedidos de jayanes con linternas y seguidos del indispensable fiel de fechos, por si hubiese actuación y proceso *mortis* o *amoris causa*, según la disposición de las pragmáticas.

Del fondo de las tinieblas salieron a la sazón dos bultos, y llegados a la reja de maese Alduna, después de una melodía de arpegios arrancados al laúd, cantó el uno, mientras acompañaba el otro:

Si por mi estrella tirana,
Aunque muera, me es vedado
Quererte,
Sábelo al menos, Floriana,
¡Que no me arredra, si amado,
La muerte!

La estrofa terminó con ruido de tizonas desenvainadas. Una banda de mercenarios perdonavidas cayó como llovida sobre el galán y el músico, no sin que ambos, a tiempo apercibidos, parasen con presteza los golpes y los devolviesen certeros y con puño de maestro en el oficio. La espada del caballero se hundía en cada pecho alcanzado, mientras la del otro, menos segura de punta, echaba a rodar un ganapán en cada mandoble.

Un auxilio inesperado cambió la faz de la pelea. Dos embozados, al parecer caballero y escudero, como los favorecidos, arrollaban menudeando golpes a la canalla, diciendo el jefe: "Apretad vos aquello, señor hidalgo, que yo me encargo de aquesto". Al mismo tiempo sintiéronse pasos de una ronda y las linternas alumbraron al volver de la esquina: "Téngase a la justicia del rey", voceó de lejos el alcalde, golpeando el suelo con la vara e iluminando su golilla blanca a la doble luz alzada en alto por dos corchetes. Y mientras los matones ganaban a priesa la callejuela de escape, el caballero de embozo dijo al de la estrofa a media voz y corrido: "Sabed, señor, como no me place, ni conviene ajustar cuentas con la justicia. Acorredme vos como os acorrí yo en el malaventurado trance en que os halló preso, y sea antes de que aquesta parvada de gavilanes nos caiga encima."

Cerraron pues, contra la ronda, mientras el alcalde y el fiel de fechos y los golillas gritaban: "¡Favor al rey, vecinos!, ¡favor al rey"... Y mala la hubieran los cuitados bajo las hojas blandidas por cuatro puños de hierro; pero Floriana, la bella, la hechicera, la incomparable, tenía desvelados a muchos hombres de pro, que no acertaban a vivir sino era dentro del horizonte en que se esparcían sus embriagadoras esencias y perfumes. De modo que y de manera que por un lado y otro aparecieron varios hidalgos, que se conocía lo eran por lo apuesto de los talantes y el blandeante plumaje de los chambergos, los cuales se dieron priesa para acorrer a la justicia, a la par que sirviesen su interés, comprendiendo que en todo ese somatén danzaban los grandes ojos pardos de la doncella tan inmerecidamente otorgada a maese Alduna.

Feroz y descomunal fué la refriega, en que perdieron la vida muchos nobles y gentes de campanillas, y otros salieron mal heridos, quedando a bien librar los dos protagonistas mantenedores, escapados mediante la astucia de sus escuderos, que armaron a unos contra otros a los auxiliares advenidos, merced a la obscuridad que esparcieron rompiendo a cintarazos las linternas.

Al otro día, el corregidor, que acechaba la ocasión de cobrar las insolencias de maese Alduna, fuese en persona a tomar por sí, en amparo del orden y la tranquilidad públicos, y en calidad de detención y embargo, la muy sabrosa y dulce persona de la Floriana, causa, motivo y ocasión de reyertas, matanzas y rebeldías a la justicia del rey nuestro señor (a quien Dios guarde), cometidas en calle pública y turbando el reposo de la muy leal y honrada villa del emperador D. Carlos V.

Pero estaba de Dios el que nadie comulgaría con ruedas de molino de tal guisa, y el excelentísimo señor licenciado, D. Juan Díaz Lupidana, nono corregidor de Potosí, por el virrey D. Luis de Velasco, marqués de Salinas, no hizo más ni menos con su mal pensado secuestro, que revolver la villa entera y fomentar la sedición popular, apenas apagada por su antecesor, D. Diego Cabeza de Vaca, tenido en fama de conciliador y prudente.

De más de esto, el Lupidana tenía a su servicio una moza garrida de los reinos de Andalucía, y decían las lenguas chismosas que le asistía en varias faenas, aparte del gobierno de la casa, añadiendo que era la moza feroz en sus celos y temeraria en su venganza.

El día, pues, de la sagrada Circuncisión del Señor, y después de los paseos a caballo al campo de las "Jayulas" de San Cristóbal, en donde se apuraban los mantecados, las confituras y las mistelas, en familiar corrillo bajo las ramadas rústicas, como de acuerdo común y espontáneo, alzáronse nobles y plebeyos, señores y escuderos, y en forma de oleada incontenible, invadieron el corregimiento, poniendo en fuga al Lupidana y a la moza garrida su gobernante; pero se encontraron mudos, aterrados, ante el espectáculo que se presentó a su vista.

La bella, la hechicera, la codiciable doncella Floriana, norte de los corazones e imán de las voluntades, yacía blanca, más pura que blanca y más hermosa en la muerte que en la vida, ¡yacía exánime!...

"Venganza de morisca sin entrañas", ¡ay!, la infeliz Floriana!...



La psicología del ingenio

Por el Dr. Max KEMMERICH

¿Qué significa la palabra genial? ¿Quién tiene derecho a llamarse un ingenio? Se contestará esta pregunta citando nombres como Goethe, Napoleón, Bismarck, etc. Cada uno según su gusto, cada cual según sus simpatías, sin que esto quiera decir que no existan personajes célebres que por tradición y consenso general figuran ya definitivamente en la lista de los ingenios. Evidentemente falta un criterio objetivo, a no ser que como tal se considere el triunfo en tiempo de vida y más aún después de la muerte. Pero, para poder producir efectos se debe contar con un ambiente susceptible de sentir y apreciarlos. El que se ha adelantado demasiado a su época y las circunstancias generales de ella correrá el peligro de que no se le tenga por genial sino por loco, al menos por mucho, muchísimo tiempo, una suerte que han sufrido no pocos de los mayores genios. Para convencernos de ello basta recordar nombres como Wagner y Schopenhauer. Pero, nosotros no queremos ocuparnos del ambiente del ingenio sino del ingenio mismo. Ya aquí tropezamos con dificultades. La literatura sobre este tema es sumamente pobre y superficial: es como si ciegos escribieran sobre los grandes maestros del pincel. Y muy poco conocido es lo que sobre este tema han dicho los geniales pensadores, por ejemplo, Miguel Angel, Platón, Schopenhauer, Nietzsche, Strindberg, etc., a pesar de ser lo único que posee valor documental para esta cuestión. Los psicólogos de profesión que de ella se ocupan creen haber prestado a la ciencia un señalado servicio calificando la inspiración genial de "psicosis" o "neurosis". Estos "científicos" son hombres de buena fe que creen haber comprendido la "Novena" de Beethoven habiendo definido el número, la altura, la fuerza, el colorido y la tonalidad de los acordes que la integran.

Aunque es cierto que sólo un ingenio es capaz de comprender a otro ingenio, mientras que los demás tienen que limitarse a describir con mayor o menor talento cosas secundarias no esenciales, no es lícito negar "a priori" la posibilidad de ordenar este embrollo de conceptos.

Indudable es que el ingenio debe producir algo nuevo y muy notable, con lo cual se distingue del talento, cuya esfera de actividad se limita a la reproducción. Aquí se presenta otra dificultad, según lo evidencia el siguiente ejemplo histórico: Los indios inventaron el cero, e independientemente de ellos, también los mayas de la América Central. La importancia de este invento que, eso se sobreentiende, en ambos países no pudo haber hecho sino un solo individuo, está fuera de toda discusión. Pero, ¿quién fué el ingenio?, ¿el indio o el maya? Claro que ambos, pues el antes o después es indiferente aquí, ya que sin duda ambos, cada uno por sí, crearon algo nuevo, como Leibnitz y Newton, que inventaron simultáneamente el cálculo infinitesimal, pero sin que el uno se apoyara en los trabajos del otro, o como Robert Mayer, Helmholtz y Joule que en diversas épocas, pero independientemente, descubrieron la ley de la conservación de la energía.

De ello se deduce que la novedad del invento por sí misma no es lo decisivo—porque a veces no se resuelve la cuestión de la prioridad sino generaciones después — sino tan sólo la circunstancia de que alguien haya inventado por sí solo algo muy importante, que para el mismo revestía carácter de novedad. Se ve que el criterio de la genialidad estriba no tanto en el descubrimiento o invento mismo cuanto en la personalidad del inventor o descubridor, en su raciocinio y su fantasía y sobre todo en su intuición. Por grande y trascendental que sea una obra, por valiosa que sea como piedra de toque para reconocer la genialidad de su autor, la obra misma no constituye nunca el criterio decisivo, sino tan sólo la individualidad del hombre que la creó. ¿O basta quizás para ser ingenio hacer por casualidad un descubrimiento? Si fuera así lo sería también el químico que, buscando la síntesis de una materia colorante, descubre por mera contingencia un cuerpo explosivo. ¿Acaso es lícito considerar como hacendista o negociante genial al hombre afortunado que enriqueció por haberle tocado el premio gordo en la lotería?

El criterio aquí delineado halla su confirmación en la manera de trabajar el ingenio, completamente distinta de la del hombre normal. Porque el numen divino ilumina de súbito. No es la sumación de una serie de trabajos especiales como el balance de una empresa mercantil o un compendio de derecho comercial con sus respectivos comentarios.

Hay que distinguir dos tipos de ingenios: el clásico y el romántico, trazados por Wilhelm Ostwald con magnífica precisión en su famoso libro "Hombres célebres". El primero es el tipo lento, con la máxima de guardar sus obras años y años en el escritorio, limando y puliendo constantemente la forma y el contenido, hasta que cree poder ofrecer al mundo algo de absoluta perfección. Ahora defiende su elucubración como una leona a su cría, es intolerante contra toda crítica, que le lastima personalmente, y anda siempre solitario y exacerbado, porque con razón se resiente de la incomprensión de sus contemporáneos y le falta la energía de imponerse. Un ejemplo de esta especie es el genial Robert Mayer, quien en toda su vida no escribió más que una sola obra de 14 páginas y que no obstante señaló nuevos derroteros a la ciencia física. El fué quien demostró la imposibilidad a del "perpetuum mobile", con lo cual detuvo muchos grandes talentos de agotar sus fuerzas en cavilaciones sobre un problema irresoluble.

¿Se necesita aplicación para escribir 14 páginas en toda una vida? ¿Hubiera sido más admirable su labor espiritual si en vez de 14 páginas hubiera escrito 140 ó 1.400 ó 14.000 páginas? Ya en este ejemplo vemos que sería muy pedante aplicar a las creaciones de los grandes ingenios un gradímetro basado en la mera laboriosidad. ¿Podemos creer que el "Fausto" de Goethe hubiera resultado mejor si el poeta hubiese dedicado a su obra un trabajo de 10 horas diarias? ¿Y qué hubiera aprovechado a la obertura para el "Don Juan" de Mozart si no la hubiera creado en una sola noche sino en tres años de incesante actividad? Puede ser que para funcionarios burgueses, aldeanos y obreros la laboriosidad sea la virtud capital. Para el ingenio ni siquiera entra en cuestión. Con esto no se pretende afirmar que la pereza sea una de las cualidades constitutivas del ingenio; al contrario, bien pocos habrá que no trabajen infatigablemente desde la más temprana juventud hasta la más avanzada edad, en cuanto se lo permiten sus fuerzas y su salud. Pero con todo eso no es la laboriosidad ni condición previa ni criterio para el ingenio y su obra. La inspiración divina no tiene que ver con esta virtud burguesa. "Ingenio es laboriosidad" es una definición que sería consuelo de pedantes y de todos los que comen en el gran pesebre del Estado por faltarles arrestos para la lucha de la vida. No, señores, ingenio es intuición, iluminación repentina, es decir, lo contrario de lo que vosotros pretendéis hacer de él. Un hombre genial puede ser un solemne holgazán, mientras que el laborioso quedara tal vez en toda su vida una medianía, un hombre adocenado, un simple espécimen del género humano. El extático arrobamiento no es de jornaleros. Tal vez hay muchos que no lo comprenden, como hay otros que no sienten las bellezas de la música; pero el hecho queda en pie como verdad fundamental e indestructible.

El segundo tipo del ingenio es el romántico. Contrariamente a lo que sucede al clásico se agolpan en la mente de éste las ocurrencias geniales y brota de su cerebro un manantial de ideas novísimas y deslumbrantes. Húmedos aún pasan sus manuscritos a la imprenta, porque le falta tiempo y gana de desbastar sus productos. Es un padre desnaturalizado para su prole espiritual, y no piensa siquiera en defenderla cuando se ceban en ella la envidia y la malevolencia. Porque aun antes de concluir una obra ya ha concebido otra. Ya por lo mucho que tiene que decirles impresiona grandemente a sus contemporáneos, no tanto a la posteridad. Jamás solitario, no conoce este hombre dichoso la pesadumbre o la amargura. Su alma tiene mayor radio que la del otro, su individualidad es más genial que la de aquél aunque los trabajos del clásico a menudo superen los suyos en monumentalidad.

Característico para estos dos tipos, y en lo que respecta la personalidad, decisivo para el ingenio en general es el siguiente hecho; no es el pintor, poeta, inventor o pensador etc., el que crea, sino "ello", la gran incógnita. Todos convienen en esto, todos desde Platón hasta los filósofos de nuestros tiempos. El parto espiritual está acompañado de iguales dolores que un parto material. Tormentas internas sacuden el alma del creador; ya no piensa; su actitud es enteramente pasiva y le domina la sensación de que una fuerza externa se lo sugiere todo. Es esto la "dulce locura" de Platón, un estado anormal, que sin embargo no tiene nada de vesánico, porque jamás en la vida se vuelve a pensar con tanta lucidez ni a comprender las conexiones con tanta facilidad ni a producir con tanta fecundidad como en estos minutos, horas, días y aun semanas, hasta que el autor, completamente exhausto, sucumbe de cansancio. Este período de genialidad es, por decirlo así, un vómito constante, pero se vomita espíritu automáticamente. Que llamemos a esta gran incógnita, a este "ello" subconciencia, lumen divino, etc., no influye de ninguna manera en lo espontáneo e involuntario de este fenómeno. En mi libro "La ley causal de la historia del mundo" he descrito este estado minuciosamente con el éxito de que los críticos hablaron de la "más genial psicología del ingenio creador" que jamás se haya publicado.

El estado de genialidad se produce después de un período de descanso motivado quizás por una enfermedad, un viaje marítimo, la participación en una guerra, por una pena imprevista, un susto, o cualquier otro acontecimiento que sacude el alma. ¡Dolor, siempre dolor! Antes de iniciarse la fase de creadora actividad como durante ella misma. El sufrimiento benéfico, que también en el hombre normal es el único crisol en que se saca el oro del personaje ético de la escoria de los vicios inherentes a la naturaleza humana, es la madre de toda producción genial.

Extravagancias se refieren de muchos hombres de ingenio, como las conoceríamos también de tantísimas otras personas si éstas hubieran encontrado algún cronista o biógrafo. Así y todo admitimos que nadie se confunde tan fácilmente con un orate como el ingenio durante el corto período de su inspirada creación. Muy conocidos son los informes sobre Sócrates que a la posteridad legó su biógrafo Jenofonte. Tasso cuando poetizaba, rabiaba como un "poseído" y lo mismo se afirma de muchos otros artistas. Goethe dijo de sí mismo que bastantes poesías se originaban de un estado de alma rayano en sonambulismo. Klopstock confiesa que muchas ideas para su "Mesiada" le vinieron durante el sueño; y sabemos que lo propio sucedió a Voltaire con su "Henriade", y que Newton, Cardán y Gauss resolvieron en un estado de duermevela complicadísimos problemas matemáticos. Puesto que un aumento del aflujo sanguíneo al cerebro intensifica su actividad procuraban varios avivar sus funciones artificialmente; por ejemplo, Schiller, quien solía sepultar la cabeza en los cojines de su diván, y Leibnitz, que tenía la costumbre de trabajar en postura horizontal. La súbita y delicada reacción a cualquier excitante, es decir, la extraordinaria sensibilidad del ingenio se manifiesta de una manera excesiva cuando cree sufrir una mortificación por leve que esta sea—Schopenhauer se encolerizaba cuando veía su nombre escrito con dos p, Boileau no podía aguantar que en su presencia se elogiara a nadie, ni siquiera a un simple zapatero;—pero no menos impetuosamente se revela esta sensibilidad en momentos de alegría. Arquímedes corrió desnudo por las calles de Siracusa gritando a voz en cuello su ¡"Eureka"! Davy bailaba en pantuflas en su estudio al haber hecho un invento de importancia. Pero, todo eso son futesas que de ningún modo atañen al problema mismo.

Más importante es que el gran espíritu sólo es genial en cortos períodos para luego bajar al nivel de la inteligencia normal; pero el hecho más singular es que casi todo ingenio se mueve en una esfera limitada, sin alcanzar la universalidad. De la mayor importancia ética es el hecho verificado por Ostwald, de que aquéllos que trabajaban por motivos egoísticos, v. g. para adquirir riquezas y honores, fracasaron a menudo, mientras que los que reconocían a la ciencia por norte y guía de su vida entera, como el noble Faraday, tuvieron éxitos innúmeros. Porque el ingenio por sí mismo no es todavía la flor más delicada de la humanidad; pero llega a serlo cuando a él se une la grandeza del alma y un corazón lleno de bondad y compasión.

EL EFECTO CURATIVO DE LA MÚSICA EN EL CAMBIO DE LOS TIEMPOS

En todos los tiempos y en todas las naciones ha estado popularísima la creencia en la virtud curativa de la música, y muchas venerables leyendas ensalzan sus efectos milagrosos. La filosofía y la ciencia médica de siglos pretéritos se complacieron mucho en dilucidar esta cuestión y siempre de nuevo se citaban casos fehacientes para demostrar la extraña e incomprensible fuerza sanadora de la música. El escepticismo de nuestra edad ha anatematizado la "música médica", aunque—o tal vez porque—los curanderos la han proclamado como la panacea de todos los males, a fin de explotar así mejor la credulidad del público ignaro. Pero, en lo referente a la influencia de la música sobre la psique humana admitimos como perfectamente natural y lógico mucho de aquello que antes se consideraba como milagro u obra de brujería.

Si la Biblia nos cuenta que David con el tañido de su arpa curó al rey Saúl de su melancolía, nadie se sorprenderá de este hecho, porque todos sabemos que en estados de psíquica depresión no hay remedio, cuyo efecto iguale el de la música. Un escritor del siglo XVIII ha apuntado que la música puede ser de altísima trascendencia para el refinamiento de la vida sentimental, para la intensificación de la emotividad, y la ciencia moderna comparte también esta opinión, porque sabemos que la ocupación con un arte cualquiera, y muy especialmente con la música, tiende a hacer nuestra alma más noble y delicada.

Pitágoras, que vivía en el sexto siglo a. d. J. C., trata de explicar este fenómeno físicamente, encomiando el efecto benéfico de la música matutina, que, según él, aumenta la flexibilidad y contractilidad de las fibras encefálicas.

Que la música tiene la virtud de exorcizar los espíritus malignos es una tradición antiquísima, que ha dado origen a varios ritos religiosos. Pero no nos parece que se trate de un sortilegio cuando uno que siente pavura en la obscuridad, intenta envalentonarse con una alegre canción o se pone a silbar para espantar así su miedo a las apariciones. Antes se veía también en esto un poder mágico de la música.

La reina Isabel de Inglaterra (que falleció en 1605), cuando ya estaba en la últimas, ordenó que se hiciera música para mitigar así los dolores de su agonía. También ella creía poder resguardarse de los demonios por medio de un concierto.

La ciencia moderna, lo mismo que la antigua, cree que la música tiene la capacidad de lenificar dolencias psíquicas, y la disparidad se reduce a que antiguamente era muy popular la convicción de que la música podía curar también los achaques corporales. El filósofo Boecio (470-525) refiere en el primer libro de su obra "De Música", que un cretense, llamado Thales, curaba con música la peste entre los espartanos, y al mismo arte atribuye la "Iliada" de Homero el mérito de haber librado el campamento griego de la idéntica epidemia. Teofrasto de Erebos (327-287 a. d. J. C.), discípulo de Aristóteles y cofundador de la escuela peripatética, pretende poder curar la ciática con música y recomienda como particularmente propias para este objeto ciertas melodías frigias. Como específico contra la picadura de serpientes venenosas aconseja el mismo Teofrasto la música de los instrumentos de viento. De Diógenes Laercio (tercer siglo de la era cristiana) nos cuentan algunos antiguos tratados de medicina que este sabio encomiaba el valor de la música para el tratamiento de inflamaciones articulares, y del neo-pitagórico Apolonio (primer siglo después de J. C.) se dice que ha logrado curar una mujer epiléptica de la misma manera.

Derault, un médico bordelés, afirma la posibilidad de curar la tisis con ejecuciones musicales, y Pierre Bourdelot (1610-1685) relata en su "Histoire de la musique et ces effcts", que una vez consiguió curar de su ninfomanía a una joven y fea andrómana dando en su presencia tres veces al día conciertos que se componían exclusivamente de melodías muy dulces y suaves.

Que esta opinión médica respecto de la música no es privativa de la antigüedad y de la Edad Media lo demuestra un ensayo que bajo el título "La influencia de la música sobre el organismo humano y su aprovechamiento terapéutico" fué publicado en el mes de marzo de 1802 por el doctor F. A. Weber en la "Al gemeine musikalische Zeitung", un semanario muy popular, editado por la casa Breitkopf y Haertel de Leipzig Weber se propone abordar la cuestión científicamente y se mete a estudiar y a examinar críticamente todo el material que trata de esta materia, para llegar al fin a la conclusión de que la armonía de los sonidos "tiene su propia materia médica y su propia farmacología". Las exposiciones del doctor Weber tienen por base la suposición de que la música acciona físicamente sobre el órgano auditivo e indirectamente sobre todo el sistema nervioso. Se dan casos en que, a juicio de Weber, el efecto físico puede ser más importante que la impresión puramente psíquica. La intensidad de este efecto depende por una parte de la melodía y por otra de la receptividad del auditor.

Los siguientes ejemplos enseñarán lo increíble de los resultados a que llega el doctor Weber en sus investigaciones emprendidas, sin duda, con la mayor seriedad. El mero hecho de que el ensayo de Weber se pudo publicar en un semanario musical de primera categoría refleja claramente la mentalidad de aquella época.

Delirio: "Son muy numerosos los casos en que una música agradable ha calmado a personas afectadas por una rabia indomable. Una mujer que quiso lanzarse al agua y al fuego, para poner término a su vida, fué curada por cantos y el toque de violines, medida que había aconsejado un monje capuchino."

Indigestión: "Esta dolencia es muchas veces la consecuencia de una afección de los nervios estomacales. La relación entre éstos y los nervios acústicos es un hecho comprobado y sugiere por lo tanto automáticamente la idea de valerse de la música en el tratamiento de la dispepsia. La experiencia diaria confirma la justeza de esta teoría. Estudiantes y artesanos cantan cuando beben, en primer lugar para poder abandonarse a libaciones más copiosas, pero también para digerir mejor las bebidas. Y todos sabemos que cuando una buena música acompaña la alegría de un banquete los manjares saben mejor y resultan más digeribles—aun cuando esta música se integre solamente de cantos populares y divertidos."

"También el espasmo de la vejiga se puede curar de este modo, como lo puedo afirmar a base de las averiguaciones de Sevliger, Boyle, Boet y Goulard, que han hecho constar la fuerza diurética de la música. Yo mismo asistí en mi juventud a un baile campestre, y por falta de otros músicos se contentaban los danzantes con los servicios de un gaitero. El efecto indicado se produjo en las mujeres ya al cabo de muy poco tiempo. La virtud diurética del acordeón es un hecho generalmente observado."

"Para respetar el ya enfriado amor matrimonial se puede recurrir a la música, que en concurrencia con otros acicates raras veces dejará de rendir efecto. Que el repique de las campanas a veces facilita el parto, lo demuestra Huehnerwolf con el ejemplo de una señora, que cuatro veces consecutivas no pudo dar a luz antes de que no hubiesen sonado las campanas de la iglesia."

Al final de sus exposiciones expresa el doctor Weber su hondo pesar de que el importante terreno de la música se haya cultivado tan poco y exhorta a sus colegas a que se consagren con empeño al estudio de tan interesante problema. Pero no es probable que haya encontrado muchos sucesores. La ciencia del siglo XIX fué demasiado materialista para ver en estas ideas algo más que un aborto de la fantasía.

Prodigios del perro policía "Lux"

Resultados verdaderamente asombrosos se han obtenido con el perro-policía alemán "Lux", que en otoño de 1923 fué adiestrado en el parque de Gruenheidem (Brandemburgo). En una noche de invierno robaron los cacos a un propietario en Gr. M. grandes cantidades de carnes ahumadas. El guardia civil Junge enseñó a su perro-policía las huellas, que procedieron de tres personas a lo menos y que se cruzaron constantemente. El animal persiguió la pista a lo largo de las huertas hasta llegar a un cortijo donde los labradores y las mozas estaban reunidos en el comedor. Un mozo, de no muy buena fama, estuvo ausente. Llevando el perro otra vez al punto de salida, condujo "Lux" a su amo por segunda vez al mismo cortijo. Ahora pudo encontrar una nueva pista. Echó a correr a través de un campo de centeno recién sembrado y luego cruzó un bosque hasta llegar a la pequeña ciudad de Jerichow, donde desapareció entre los edificios del economato de un asilo de mentecatos situado en la entrada de la ciudad. En un edificio interior abrió la puerta entornada, pasó por la cocina, el comedor y el pasillo, subió por la escalera que conduce al desván, y se plantó delante del ahumadero. El guardia civil que había seguido al perro exclamó: "Por ahí debe estar nuestro hombre"; pues no ha muchos días, robó este tipo unos gansos en mancomún con el mozo, en cuya casa estuvo el perro antes". No obstante las protestas del inculpado se pudo comprobar más tarde que las carnes robadas efectivamente se habían encontrado por algún tiempo en aquel ahumadero, pero que poco después los ladrones las habían sacado de allí. En aquel mismo día se le llamó al guardia al pueblecito N., donde algunos bandidos habían robado a un agricultor una buena cantidad de remolacha apiladas en campo libre. "Lux" guió a sus acompañantes hacia un cortijo, donde se paró frente a un cobertizo. Abierta la puerta, encontróse parte de las remolachas robadas, escondidas en un montón de ramas secas. La dueña del cobertizo se pasmó tanto que denunció a su marido y a un cómplice suyo como autores del robo. En el sótano del cómplice se encontró luego el cuerpo del delito en forma de 10 quintales de remolachas. Algunos días más tarde desaparecieron de un campo grandes cantidades de patatas pertenecientes al alcalde R. El perro corrió hacia la casa en que vivían los mozos de la finca, y allí enseñó el perro a su guía la vivienda del peón N., donde en efecto se encontraron las patatas robadas.

Ya al día siguiente manifestó el guardabosque W. de H. a la autoridad que en su coto había visto dos tendedores de trampas, que aún debían de estar en el bosque y que seguramente no saldrían de su escondite antes de entrada la noche. A las siete llegó Junge con su "Lux", y junto con otro guardia civil se puso en acecho frente al bosque. Después de esperar tres cuartos de hora se inquietó el perro, se levantó y olfateó constantemente en dirección al bosque. Como el cielo estaba muy nublado y una incipiente lluvia aumentaba aún más la obscuridad no vieron los dos hombres nada. Cuando habían transcurrido otros diez minutos y el perro gruñía y tiraba de la cuerda, los guardias notaron a una distancia de 200 metros dos individuos que intentaron evadirse. Se soltó al perro y éste se lanzó en persecución de los dos cazadores furtivos, que se pararon temblando de miedo. Eran dos obreros polacos, en cuyos morrales se encontraron las dos mitades de un corzo. Lo habían cogido en la trampa y en el bosque lo mataron y partieron.

Premios por amor a la familia

La ciudad francesa de Chantilly, famosa por sus encajes y por sus carreras de caballos, debiera serlo también por otra circunstancia mucho más loable. En 1878, la señora Mortier de Noyers hizo donación a la ciudad de la suma de 600.000 francos, disponiendo que los dividendos de esta cantidad se empleasen en premiar el amor filial.

Para aspirar a estos premios hay que ser mujer y de nacionalidad francesa, soltera o viuda, y nacida en el mismo Chantilly o residente por cinco años. El premio se da por el amor, el afecto y la generosidad para con la familia.

CESAR BORGIA EN ESPAÑA

VIANA

Por el conde de GOBINEAU
(Traducción de Sara Fabregat)

Las tropas navarras han sitiado la orilla. Es de noche; nieva y llueve. En el ángulo de la trinchera, hacia la plaza, un centinela; el cielo es tan negro que apenas se apercibe. Un abanderado, con algunos soldados, releva las guardias.

El abanderado. — ¿Se ha terminado?

Un cabo.—Queda todavía un centinela. Allá abajo.

El abanderado.—¡Demonios de noche! No veo nada. Hace un frío de lobos. Avancemos.

El centinela.—¿Quién vive?

El abanderado. — ¡Navarra!... ¡Alto! ¡A la orden! ¡Santiago!

El centinela.—¡Eh, Pamplona!... ¡No me reconocéis más, don Miguel!

El abanderado.—¡Qué voz!... ¿Es posible?... ¡Cabo, acercad la linterna!... ¿Sois vos, monseñor?

El centinela.—Yo soy César Borgia.

El abanderado.—¡Qué bajo hemos caído!... ¡Y yo que os mando! ¡Qué ironía!...

El centinela.—¡Mientras que se existe, se marcha y uno puede rehacerse!

El abanderado.—¿No habéis perdido el coraje?

El centinela.—¡Rabioso!... ¡Uno me abrió la prisión, juzgándome inofensivo! ¡Cómo se equivoca uno!... ¡Francia me ha abandonado y despojado!... ¡Italia se jacta de creerme muerto!... ¡Ah! ¡Santa venganza!

El abanderado.—Por mi parte, he dejado de soñar. No pido más que ganarme el pan y comérmelo sin ruido. Haced otro tanto; creedme, estamos vencidos.

El centinela.—¡Corazón cobarde! Mientras tenga un soplo de vida, ese soplo será de odio y sed de venganza.

El abanderado. — ¡Gran bien os hará!... ¡Os romperéis vuestros últimos dientes!... Mientras tanto, os relevo; venid a calentaros. Amanece; el enemigo empieza a tirar sobre nosotros.

Un golpe de falconetes que ha partido de un bastión hiere al centinela en el cuerpo.

¡Dios mío! ¡Helo en tierra!... ¡Don César!... ¡Está muerto!... ¡Aplastado en el barro como un gusano, él, el más orgulloso de los demonios!... ¡Mil millones de diablos!... ¡No permanezcamos aquí!... ¡Vamos a calentarnos!

El abanderado y los soldados se alejan; dos guardias de armas se echan sobre el cuerpo del centinela, lo despojan y, desnudo, lo echan en la fosa.

PAPEL Y TINTA

MI VIDA Y MI OBRA, por Henry Ford. Editorial Orbis. Barcelona (España)

El presente libro, interesantísimo por todos conceptos, de lectura fácil y sugestiva, es un arma poderosa que pone su ilustre autor en manos de nuestras juventudes, de nuestros comerciantes. A manera de un talismán inestimable, la lectura y asimilación de las bellas doctrinas que encierra, puede abrir a muchos la puerta del éxito. Con la fuerza del ejemplo, con la evidencia de su gran labor, con el estímulo del provecho obtenido, Mr. Ford trata de mostrar a los hombres de negocios el camino más seguro y la orientación más sólida para cosechar brillantes frutos en su cometido.

No es éste, como pudiera creerse a primera vista, un simple tratado técnico de la industria del automóvil. No se limita a poner de manifiesto una serie de datos preciosos, hechos demostrativos de cómo puede y debe fabricarse el mejor coche. El autor va más lejos. En el fondo de su ser siente latir una concepción amplia y generosa de lo que es y significa el comercio, como función humana y honrada; refleja en la obra los más recónditos pliegues de su alma, a la que aflige sobremanera la ceguedad de aquellos comerciantes suicidas que creen simultáneo el uso del martillo y de la ganzúa. El comerciante cosechará a tenor de lo que siembre, proclama Mr. Ford con incontestables argumentos. El productor debe ante todo "producir bien". El beneficio es indispensable para la economía de una empresa, pero nunca se deben subordinar a su obtención el deber de suministrar honradamente a la humanidad aquello que necesita. Nunca será lícito y honorable adulterar los productos y rendir un servicio inferior al estipendio que por él se cobra. Hacerlo así es obrar contra la dignidad humana.

Las expuestas son algunas de las grandes verdades que Mr. Ford anhela difundir por el orbe.

LOS FLAGELADORES DEL OCEANO, por el capitán Luigi Motta.

Este es el primer volumen de una nueva serie de obras que comienza a publicar la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, ofreciendo a sus lectores un tomo mensual.

Luigi Motta, el insigne escritor italiano, es hoy un reconocido maestro de la novela de viajes y aventuras, y sus obras han sido traducidas a todos los idiomas.

Luigi Motta vivió su primera juventud del modo venturoso y digno del género que magistralmente cultiva. Estudió también la carrera náutica y navegó algunos años en calidad de adjunto de capitán de navegación de altura. Por este conocimiento del mar y de sus formas de vida tan interesantes, es por lo que describe auroras y puestas de sol marinas en una forma tan intensa, llena de alado sentimiento pictórico que maravilla.

El estilo de su obra es elegante, lleno de poesía, fuerte y pintoresco. Renovando la novela de aventuras y viajes, no se ha atenido a sostener el solo interés de la acción, sino también la ciencia y el arte en equilibrado enlace. En el diálogo es de una agilidad y fuerza de primer orden, original e interesante a modo de Julio Verne y de su maestro Emilio Salgari.

En las obras de Motta, el amor es manantial de poesía y las heroínas son mujeres fuertes, pasionales, de corazón y pensamiento nobles, y todos los libros de este singular autor son profundamente morales y altamente instructivos. La ciencia tiene gran parte en sus concepciones, como así el sentido de lo pintoresco, de lo verdadero y de lo humano.

Este primer volumen de Luigi Motta, que forma una obra completa y por demás sugestiva, lleva, al frente, una Carta-prólogo de los insignes comediógrafos españoles, hermanos Quintero, en la que encomian merecidamente las dotes literarias de Motta.

Nada deja que desear la presentación de la obra, que está editada con el arte debido.

La traducción es perfecta, sirviendo de garantía la firma del traductor: don José Campo-Moreno, literato de abolengo.

LA CASA SERRA HERMANOS

En ocasión de cumplirse el cuadragésimo aniversario de la fundación de estos importantes establecimientos industriales, los señores Serra Hermanos han editado un número extraordinario de "Páginas Gráficas", a través de cuyas hojas ilustradas con profusión de perfectos grabados, puede advertirse la vasta y proficua labor industrial desarrollada durante tan largo período de tiempo.

Dicha edición extraordinaria, cuya impresión inmejorable constituye un brillante esfuerzo gráfico, se halla dedicada a los mandatarios que hoy rigen los destinos de las repúblicas Argentina y del Uruguay, doctor Marcelo T. de Alvear e ingeniero José Serrato, respectivamente.

HEMOS RECIBIDO: "Narraciones", por Rafael Calzada. Prólogo de Salvador Rueda. Segundo tomo de las obras completas. Edición Jesús Menéndez e hijo. Buenos Aires.

"Cantos del arcano", por Moisés M. Cohen (Moxo). Edición D. Marchiona. Buenos Aires.

"Alessandri, oda pindárica en loor del cívico amor de Chile", por Francisco Soto y Calvo. Edición Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

"Sociología comparada", por el doctor Laurentino Olascoaga. Edición A. de Martino Ltda. Buenos Aires.

"Revista del Archivo de Santiago del Estero". Tomo II. Número 3.

"Boletín de la Unión Panamericana". Abril, 1925.

"Inter América". Volumen VIII. Número 6.

"Boletín de la Mutualidad del Tranvía Anglo Argentino". Año IV. Número 38.

"La industria de la seda en la República Argentina", por José C. Pastorino.

"La Semana". Año I. Número 4.

"Alas". Año IV. Número 63. Madrid.

Un conflicto en Inglaterra

Se creían casados y no lo estaban en realidad

Toda la prensa londinense se ha ocupado del conflicto que se acaba de provocar en el Lincolnshire, y en el cual tendrán que intervenir el Gobierno y la autoridad eclesiástica.

Desde hace diez y seis años han contraído matrimonio en la iglesia de Todos los Santos, de Goulceby, gran número de vecinos de la población, y hasta de otras inmediatas, cuyas novias tenían su residencia en Goulceby. Pero ahora se ha descubierto que ni los sacerdotes del templo ni la propia iglesia hallábanse autorizados para la celebración de este sacramento. Por tanto, las uniones celebradas allí no tienen validez legal.

La noticia ha provocado, naturalmente, profundo estupor, y en cuanto fué difundida, y luego confirmada por el propio sacerdote que regentea el templo, en todas las familias constituídas desde hace diez y seis años o emparentadas con personas que contrajeron matrimonio a partir de esa fecha se han producido escenas desagradables, que han venido a referir a Londres varios delegados de la población, para que el Gobierno haga votar inmediatamente una ley, pues nada menos que una ley se necesita, que resuelva el conflicto y devuelva la tranquilidad a los honrados vecinos de Goulceby y a otros que tienen su residencia en otros lugares de la Gran Bretaña por haberse ausentado de aquella población como consecuencia de sus negocios.

Por lo pronto, muchos padres se han apresurado a reclamar la reintegración de sus hijas al domicilio paterno; muchos hermanos han corrido en busca de sus hermanas para separarlas de los maridos; los hijos de los matrimonios son reclamados por los dos cónyuges, y, en fin, la mayor anarquía impera en la ciudad desolada por tan infausta circunstancia.

Uno de los delegados ha dicho a los periodistas que fueron a verle: "Yo no sé lo que va a suceder. Tengo una hija que se ha casado hace sólo un año, y traté de separarla de su marido; pero ella se niega a abandonarlo, asegurando que todo se arreglará, porque el Gobierno se verá obligado a legalizar de alguna manera situación tan excepcional. Muchos matrimonios se muestran muy inquieto sabiendo que en realidad su unión no puede ser reconocida oficialmente; otros han convenido de común acuerdo disolverse hasta tanto que el asunto quede zanjado en debida forma."

Como la situación se agrava de día en día, parece que las autoridades eclesiásticas de la capital están resueltas a resolverlo en la parte que les atañe, enviando inmediatamente al vicario de Goulceby una autorización en regla para declarar válidos los sacramentos conferidos por él y sus predecesores. Pero esto no basta a la satisfacción de los feligreses, porque, como buenos británicos, son tan legalistas en todos sus asuntos que, mientras el Parlamento no apruebe la ley que demandan con urgencia, no quedarán satisfechos y libres de las hondas preocupaciones que los embargan. En consecuencia, se cree que no transcurrirán muchos días sin que las Cámaras resuelvan satisfactoriamente este curioso episodio de la vida de una ciudad inglesa.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

FIEBRE (Continuación)

Comprobación de la fiebre.—Variando la temperatura normal, en el individuo sano, entre 36°,5 y 37°,5, la fiebre empieza a los 38°, permanece ligera hasta los 38°,5, se hace fuerte hasta los 39°,5 y muy fuerte por encima de esta cifra; el máximo alcanzado rara vez es el de 42°.

Para comprobar la temperatura, se coloca un termómetro común, o de máxima, debajo de la axila en las personas mayores, y en el ano en los niños pequeños; las horas preferibles para este examen son: por la mañana, entre 7 y 8, y por la tarde, entre 5 y 6. En las fiebres intermitentes es preciso tomar, además, la temperatura entre el mediodía y la una.

El pulso puede pasar de la normal, 60 a 70 por minuto, a 80 o 100 (fiebre ligera), 120 a 140 (fiebre fuerte) y 160 a 180 (fiebre muy fuerte); pero estas cifras sólo se refieren a los adultos.

En ciertas fiebres, no existe la misma relación, siendo la temperatura muy elevada y el pulso relativamente poco frecuente; esto es, en general, un síntoma favorable, pero que tiene el inconveniente de causar ilusiones peligrosas en algunas enfermedades como ciertas formas de gripes. Es, pues, siempre necesario tomar la temperatura, tan pronto como la fiebre hace temer un estado de malestar.

El número de respiraciones pasa de la normal 16 por minuto en el adulto, a 30, 40 y aún más; si la fiebre acompaña una afección del pecho, la aceleración de la respiración se produce con tanta más rapidez cuanto que no funciona parte del pulmón.

La orina está, en general, muy coloreada, a consecuencia de una sobreactividad de las combustiones orgánicas, combustiones que son en gran parte incompletas. Como consecuencia de la fiebre, se produce un enflaquecimiento y una disminución del peso del cuerpo: los elementos orgánicos quemados más rápidamente que en el estado de salud, son, en efecto, insuficientemente reemplazados por la alimentación que, aun en los casos más favorables, es inferior a las pérdidas sufridas.

(Continuará).

Secretos de tocador

BAÑOS DE BELLEZA

El baño de belleza es un refinamiento del baño higiénico. Tiene siempre por objeto suavizar, alisar, blanquear la epidermis o cerrar los poros. Se agrega generalmente un perfume preparado para los baños de belleza.

Entre los baños más simples, podemos citar:

Baño de glicerina.—El baño de glicerina, obtenido por la adición de 250 a 500 gramos de glicerina en el agua del baño. Este baño se recomienda a las personas que tienen la piel seca y rugosa.

Baño de fécula de patatas.—El baño de fécula de patatas, se obtiene por la adición de 500 gramos de fécula en el agua del baño.

Baño de Penués.—El baño de Penués, al que generalmente se le agrega el siguiente preparado:

Carbonato de soda . . .	300	gramos
Carbonato de cal	1	,,
Bromuro de potasio . . .	1	,,
Fosfato de soda	8	,,
Sulfato de soda	5	,,
Sulfato de aluminio . . .	1	,,
Sulfato de hierro	3	,,
Tintura de estafisagria. .	50	,,
Aceite de lavanda. . . .	1	,,
Aceite de tomillo. . . .	1	,,
Aceite de romero. . . .	1	,,

Baño de cebada.—Se prepara un baño de cebada haciendo hervir en una buena cantidad de agua:

Cebada descascarillada.	500	gramos
Granos de lino. . . .	250	,,
Arroz	250	,,
Borraja	4	puñaditos
Flores de malva. . . .	4	,,
Salvado.	2	kilogramos

Cuélese y perfúmese con un poco de esencia de espliego.

Baño de agua de Colonia.—El baño de agua de Colonia es fácil de prepararlo, consistiendo en agregar al agua del baño un litro de agua de Colonia. Pero como este baño sería muy costoso, uno se contenta con comprar en la farmacia polvos de agua de Colonia, que darán al agua propiedades análogas a las que se tendrían con el agua de Colonia misma.

Baño de fresas.—El baño de fresas que ablanda la piel y la perfuma, es un baño muy costoso. Es este un baño histórico, puesto que fué usado por bellezas célebres y, en particular, por Madame Tallieu.

Pisad en un mortero siete kilogramos de fresas grandes bien maduras, dos kilogramos y medio de frambuesas y agregad a esta mezcla, para formar una pasta, dos kilogramos y medio de salvado, un kilogramo de flores de malvavisco y doscientos cincuenta gramos de agua de rosas.

Desleid todo poco a poco en agua caliente y agregadlo al agua del baño.

Es conveniente estarse tres cuartos de hora en este baño y, a la salida, frotarse la piel con una esponja mojada en agua tibia y friccionarse en seguida con agua de benjuí.

Baño de leche.—El baño de leche, esencialmente suavizador, es también un baño de gran lujo. Se le reemplaza frecuentemente por el baño de malvavisco, que se prepara haciendo hervir en diez litros de agua, dos kilogramos de raíz de malvavisco y doscientos cincuenta gramos de hisopo. Se le agregan quinientos gramos de gelatina.

Baños de aire caliente y baños de vapor.—Estos baños se toman en estufas secas o húmedas, según sea el aire caliente o el vapor de agua que penetre en ellas.

La temperatura media de los baños de aire caliente es de 40°, pero se hace oscilar entre 30° y 50°.

La media de los baños de vapor es de 45° con oscilación de 35° a 70°.

El fin de estos baños es el de provocar las transpiraciones abundantes, tanto para salubrificar el cuerpo como para completar el efecto de las abluciones.

En ciertas enfermedades, el baño de aire caliente es más indicado que el baño de vapor; se recomienda, sobre todo, para mantener la limpieza, la elasticidad y la belleza del cuerpo.

Se toma el baño de vapor, o "baño turco", en estufas totales o limitadas, según se quiera someter al efecto del calor todo o parte del cuerpo. Esta distinción es muy importante, pues sería imprudente exponer la cara, por ejemplo, a abundantes transpiraciones.

En los establecimientos de baños, se toma el baño de vapor en estufas diversamente calentadas. Se va pasando sucesivamente de una estufa caliente a 35° a otra que lo esté a 50° y luego a una tercera caliente a 70°. Se debe tener la precaución de preservar la cara para que no distienda demasiado los tejidos. Después de este baño, se toma una ducha fría por todo el cuerpo y, en particular, por los senos.

Las fricciones y el masaje deben seguir siempre al baño de vapor.

A falta de baños de vapor tomados en el establecimiento especial, podemos contentarnos, en invierno, por ejemplo, con baños tomados en casa con la ayuda de un aparato portátil que se repliega suficientemente y que no ocupa más que un pequeño espacio en el baño.

Este aparato está formado por cuatro tablas que forman una especie de gabinete, recubiertas en la parte superior por una tela encerada munida de una abertura circular para el pasaje de la cabeza que debe permanecer al aire libre.

Estos baños duran 15 ó 25 minutos y deben ser seguidos de fricciones enérgicas, secas primero, con guante de crín, luego con alcohol adicionado de tintura de mirra.

Estos baños en invierno tienen la ventaja de expulsar todas las impurezas del cuerpo, de ablandar la piel y volverla más brillante y más lisa.

Baño ruso.—Este baño también es de vapor pero lo completa la ducha; difiere del baño turco en que para éste no se utiliza la lluvia de agua fría.

Para hacer más agradable el baño de vapor, puede cargarse el vapor de esencias o de alcohol perfumado. Puede ser tintura de benjuí, de mirra, esencia de pino o cinabrio.

Puede cargarse igualmente el vapor de productos medicinales, tales como la trementina o el yoduro de potasio.

Después del baño es indispensable el descanso.

Adornos para sombreros



El adorno más apreciado, fuera de las plumas muy costosas, es el de las cintas.

Mil combinaciones encantadoras nos ofrecen.

He reunido aquí algunas ideas fácilmente realizables que necesitan poca cantidad de cinta.

Puede notarse que se usa mucho la disposición del adorno a la derecha, a pesar de eso no debe titubearse en ponerlo al frente o a la izquierda si a uno le agrada.

7.—Contorneada la copa por una doble vuelta de cinta y adornado con una cocarda novedosa, este sombrero es de lo más nuevo. Para la cocarda fig. 8 se necesita 2 metros de cinta de 2 centímetros de ancho.

1 3 5 7 9

3.—Clásico como forma y adorno. El adorno se arma sobre un molde de *sparterie*. Fig. 4.

9.—Este fieltro no lleva más que el moño clásico, para el que no se precisa más que un metro de cinta de tres centímetros de ancho.

1.—Para este adorno se utiliza una cinta gros grain de 3 centímetros de ancho y se pliega como lo muestra el modelo número 2.

5.—Este es todo el adorno que necesita para ser elegante un sombrero de ala levantada. La demostración en la fig. 6.

Consultorio femenino

Violeta Triste. Tucumán. — Para curvar las pestañas no tiene más que humedecer el dedo índice en aceite de ricino y pasarlo por las pestañas en la forma que usted desea que se curven, sin presionar.

Para hacerlas crecer le bastará el aceite de ricino indicado antes.

Para las cejas, igual procedimiento, después páseles un cepillito blando.

Haga preparar o prepare lo siguiente, para blanquear la piel:

Almendras mondadas. . .	200	gramos
Agua de Colonia.	50	,,
Yema de huevo.	1	,,
Agua de rosas.	15	,,

Ponga todo al fuego y remueva sin cesar, dejando que hierva cinco minutos. Guarde en frascos.

Princesita Rubia. Capital.—Para ondular el cabello pruebe con:

Alcohol.	50	gramos
Agua de rosas	450	,,
Goma tragacanto. . . .	20	,,
O también:		
Goma arábiga	76	gramos
Bórax	60	,,

Algunas cabelleras se rizan fácilmente con inmersiones de cerveza templada. Esto también le evitará que se deshagan con la humedad.

Los puntos negros se extraen por medio de la presión de los dedos y luego se tocan con una disolución compuesta de:

Agua destilada	1	litro
Alcohol de 90°	100	gramos
Ácido bórico	20	,,
Ácido fénico	30	,,
Alumbre	10	,,

El éter, el agua oxigenada, el agua muy caliente mezclada con alcohol y bicarbonato de sosa están igualmente recomendados.

Evite sobre todo el aplicar astringentes antes de la extracción completa de la materia sebácea.

La leche es muy buena para la piel. Puede usarla sin temor. Para el vello de brazos y piernas compresas de agua oxigenada.

El dinero puede depositarlo en el Banco Municipal en Caja de Ahorros que da el 5 por ciento.

COLABORACION ESPONTANEA

No tienes corrección, corazón mío...

Haz vuelto a reincidir. De nuevo haz vuelto
a cometer la cruel desarmonía
de cambiar el carácter, tan resuelto,
de entristecer, sin causa, tu alegría.

No tienes corrección. De nada valen
las promesas y el ruego
hechos por unos labios que no saben
el valor de los ósculos de fuego...

No tienes corrección, corazón mío.
No tienes corrección, y eso es lo triste...
Haz vuelto a reincidir en el impío
dolor que ayer sufriste...

José A. FERRATÉ ACOSTA.

La blanca musa

Libre está el sitio de la blanca musa
que del dolor, supo borrar la huella.
Libre está el puesto que ocupó la bella,
y ese vacío, sin cesar, me acusa.

En el reflejo de la luz difusa
que desde el Cielo, bríndame una estrella,
se reproduce la figura de ella
que mis caricias sin piedad rehusa.

—"Yo fuí el culpable ¡Sí!, de que se fuera
yo que dudé de su pasión sincera"...

Y mientras esto digo, levemente
queriendo yo buscar alguna excusa
oigo una voz que dice maldiciente:
—"¿Tú sabes si era fiel, la blanca musa?..."

Santiago P. SCHERINI.

Epístola

A Elvira B...

Llevo la pluma al tintero,
y una vez mojada en él,
me propongo, en el papel,
escribirte que te quiero.
Decirte que todo entero
es tuyo mi corazón;
que es tanta la devoción
con que siempre te recuerdo
que ya no sé si estoy cuerdo
o he perdido la razón.

Ando muy triste, en verdad,
pensativo, cabizbajo;
cáusame hastío el trabajo
y ansío la soledad.
Flaquea mi voluntad,
todos me notan extraño,
patéticamente huraño,
displicente, dolorido,
y presumen que he sufrido
la pena de un desengaño.

¡Si ellos supieran, Elvira,
la razón de mi dolor!
Si supieran que de amor
mi pecho por ti suspira,
dirían que eso es mentira
aduciendo mil antojos,
creyendo que son enojos
que a mi espíritu devoran,
todo porque ellos ignoran
el hechizo de tus ojos.

En las horas de tu ausencia
el tiempo es de lento paso,
y la pena de que acaso
me olvide tu indiferencia
me quebranta sin clemencia.
¿No es verdad que tu desvío
es sólo un recelo mío?
¿Que al juzgarte desalmada
sufre mi alma torturada
un penoso desvarío?

Por el hecho de no verte
una inquietud mi alma guarda,
y esa inquietud me acobarda
con el temor de perderte.
¿Qué sería de mi suerte
sin tu amor?... ¿Acaso fuera
vivir, viviendo a la vera
de una esperanza fallida
que arrebatónos la vida
del alma, con saña artera?

AL MARGEN DEL CASORIO



—Cásate mejor con Roberto. Te aseguro que eso chico es una perla.
—Sí; pero Diógenes es un collar de perlas.

Quisiera estar a tu lado
contemplándote de hinojos,
retratándome en tus ojos
que me tienen fascinado;
diciéndote, enamorado,
que eres todo cuanto ansío,
que he perdido mi albedrío,
que si tu amor me faltara,
mi corazón claudicara
rígido y yerto de frío.

Ya olvidarte no podría:
tu recuerdo, a cada instante,
me visita, obsesionante,
con dulce y tenaz porfía.
Te recuerdo noche y día
con hondo afán... Si me quieres,
pues, sábelo bien que tú eres
la ilusión que más abrigo,
y que siempre te bendigo
entre todas las mujeres.

Me salva la caridad
de tu cariño; sin él,
fuera mi vida un bajel
en perpetua soledad.
Yo que amé la libertad,
hoy, por secreta virtud
que infunde a mi juventud
tu presencia soberana,
santifica mi alma, ufana,
su emotiva esclavitud.

En tu mirada serena
hay una gracia infinita
que a mi ferviente alma incita
a ser candorosa y buena.
Para olvidar toda pena
necesito de tu amor,
del auxilio seductor,
de tu presencia el donaire,
cual necesita del aire
la humilde y fragante flor.

¡Qué triste es mi vida así
sometida a este calvario
de vivir tan solitario,
tan alejado de ti!...
¿Te acuerdas mucho de mí,
o me has olvidado, ingrata,
sabiendo—pues lo delata
la pasión con que te quiero—
que el desvío más ligero
de tu cariño me mata?

¡Adiós!, Elvira. Me asiste
la ilusión de que me quieres,
de que a todo me prefieres
y por mi ausencia estás triste.
Ya que sólo tú supiste
enamorarme, te ruego
calmes mi desasosiego
deparándome una cita.
No sea mala, Elvirita,
con su amantísimo Diego.

Diego DOSIL SÁNCHEZ.

Tonada

Sabes que por no llorar
me fuí sin decirte ¡Adiós!,
pero luego, estoy seguro,
que hemos llorado los dos.

Si mañana nos juntamos
nos pondremos a cantar,
y por habernos hallado
volveremos a llorar.

Tu seguiste tu camino,
yo mi camino seguí,
pero yo llevo el recuerdo
de los besos que te di.

Me voy para Buenos Aires
arreando mi padecer,
y te mando mis saludos
por si no te vuelvo a ver.

Juan de Dios MENA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.



HEROES Y GENIOS — SILUETAS HISTORICAS

Fray Bartolomé de Las Casas

Por Alfredo OPISSO

Trátase de un varón ensalzadísimo por los unos, asaz combatido por los otros. Figuran entre los primeros los americanos, y más en especial los hijos de Méjico, la mayoría de los extranjeros y los españoles afiliados en los partidos avanzados; cuéntanse entre los segundos los que, enemigos de toda transacción, no quieren acceder a que se conceda nada al que reclama y pretender perpetuar el *Vœ victis!* del implacable Brenno.

De ahí que la vida y la obra del P. Las Casas hayan sido objeto de tan encontradas apreciaciones, y sus biógrafos se hayan mostrado tan parciales en el elogio o la censura, extremos de los cuales procuraremos apartarnos.

Descendía Las Casas de una familia francesa cuyo apellido era *Casaus*, establecida en Sevilla desde la conquista por el santo rey Fernando III de Castilla, y el insigne protector de los indios usó indistintamente, al principio, las dos firmas, hasta que optó por la castellanizada.

Nacido en la citada ciudad, el año 1474, cursó la carrera de Derecho en Salamanca, donde le servía de paje un esclavillo americano que había traído de aquellas Indias su padre Francisco de Casaus, compañero de Colón en su segundo viaje. ¡Singular fué, sin duda, que el que había de inmortalizarse como defensor de la libertad de los indios empezara dándose lustre con el tal esclavillo!; pero no duró mucho la jactancia, pues hubo de apresurarse a dejar suelto al mocito americano, y además a pagar su viaje de regreso a las Indias Occidentales en virtud de la real cédula de doña Isabel la Católica, mandando que así se hiciera con todos los indios que Colón había repartido entre los españoles, bajo pena de muerte al desobediente. Y no le faltaba razón a la reina para sentirse indignada, pues considerando a los indios como vasallos suyos, ningún otro vasallo tenía derecho a disponer de su suerte.

Graduóse Las Casas de licenciado, y en 1502 se embarcó para la isla Española con el comendador Ovando. Transcurren ocho años sin que haya noticias de él, y, por fin, en 1510, lo encontramos ordenado de sacerdote y con la particularidad de ser el primer misacantano que haya habido en América, pues los demás sacerdotes eran ya viejos.

Reputado por su saber y virtudes, quiso Diego Velázquez, nombrado gobernador de Cuba, llevárselo consigo para que le ayudara con sus luces y consejos, y no faltó la confianza que en el joven clérigo depositara; catequizaba a los indios, bautizaba a los niños, intercedía en su favor cerca de los generales y jefes, — Velázquez, Narvaez, Grijalba, — contenía a los soldados castellanos en sus excesos.

A pesar de su caritativo ánimo y sus humanitarios sentimientos, Las Casas, sin darse cuenta de lo que hacía,—que no era sino lo que hacían todos los otros,—había aceptado varios indios, a quienes tenía ocupados en los trabajos agrícolas y mineros, hasta que un día, de pronto, leyendo un pasaje del *Eclesiastés*, sintióse como inspirado por un rayo de la Divina Misericordia, y juzgando indigno de un cristiano, y más siendo sacerdote, la explotación de aquellos pobres indios, tan hijos de Dios como él, se apresuró a resignar su posesión en manos del gobernador Velázquez, de quien los había recibido, hecho lo cual se dispuso a predicar desde el púlpito que hicieran los demás como él había hecho.

No es menester ponderar la sorpresa y el disgusto que tales ideas produjeron en el concurso de los fieles, y menos aún el escaso fruto que sacó de sus admoniciones; pero resuelto a perseverar en ser cristiano, no sólo continuó en sus predicaciones, secundado por los dominicos, sino que adoptó la resolución de regresar a España para suplicar a Rey Católico obligara a hacer por la fuerza lo que no conseguía él con sus exhortaciones.

Y así lo hizo; embarcóse, llegó a Sevilla en abril de 1515 y acto seguido se puso en camino para ver al rey regente y sus ministros.

Desde luego pusiéronse de su parte el arzobispo de Sevilla, P. Deza, y el confesor del rey, P. Matienzo, ambos dominicos, y como tales partidarios asimismo de la libertad de los indígenas americanos; pero en cambio tropezó con la ceñuda hostilidad del obispo Fonseca, presidente del Consejo de Indias. No se desalentó, sin embargo; el Rey Católico le acogió con la mayor benevolencia, pero por desgracia falleció al poco tiempo, y Las Casas se encontró con que habían sido inútiles todas las gestiones tan laboriosamente llevada adelante.

Mas no era él hombre a quien las contrariedades arredrasen; faltóle tiempo, muerto don Fernando, para avistarse con los gobernadores del reino, en ausencia del rey don Carlos I, Fray Francisco Jiménez de Cisneros y el deán de Lovaina, Adriano de Utrecht. El cardenal de España, alma grande, atendió con el mayor interés a Las Casas e hizo suyo su empeño, tanto, que acordada la derogación de los *repartimientos*, nombró el cardenal una comisión compuesta de tres frailes jerónimos, que fueron Fray Luis de Figueroa, Fray Bernardino Manzanedo y Fray Alonso de Santo Domingo, para que pasaran a las Indias y se encargasen de su gobierno, de suerte que se conciliasen la libertad y buen trato de los indios con las ventajas razonables y el provecho de los pobladores.

Obtenido esto, propuso Las Casas a Cisneros que residiese siempre en la corte algún sujeto de saber y prudencia que asumiese el cargo de instador, en favor del bien de los indígenas del Nuevo Mundo, y el cardenal encontró tan acertada la idea que eligió para tal cargo al mismo Las Casas, con el título de Protector Universal de las Indias, si bien por lo pronto se le mandó acompañar a los tres comisarios a América, para instruirles en el particular y ayudarles.

No es menester decir las gravísimas dificultades que iban a suscitarse desde el momento en que se iba a chocar contra tantos "intereses creados". Quería Las Casas que los comisarios hicieran raja tabla cuanto antes de los abusos cometidos; resistíanse los castellanos a perder sus rentas, o cuando menos a verlas menguar considerablemente; los magistrados andaban remisos en hacer justicia a los indios agraviados; los comisarios procuraban contemporizar, pero Las Casas, impetuoso, vehementísimo en su celo, no cesaba en su porfía, y así se encendieron las pasiones y se enfurecieron los bandos. Escribían a España los hacendados pintando al Procurador Universal de los Indios como un espíritu inquieto y revoltoso que acabaría por ocasionar algún grave trastorno en la Española; escribía también Las Casas, acusando de lenidad, de pasividad, de inercia a todo el mundo, sin exceptuar a los mismos comisarios. Cisneros llegó a incomodarse y ordenó se mandara salir de la isla al causante de tamaña agitación.

Las Casas no esperó a que le expulsaran, sino que se marchó antes, y llegó a España (1517), dirigiéndose en seguida desde Sevilla a Aranda, donde se hallaba Cisneros. Recibióle éste con desabrimiento, impresionado por las cartas que había recibido, pero no tuvo tiempo Fray Bartolomé para tratar de convencerle, pues a los pocos días entregaba su alma a Dios, en ocasión en que había desembarcado ya en Asturias el joven rey don Carlos.

Apresuróse entonces Las Casas a ponerse al habla con los ministros flamencos que el nuevo monarca había traído: M. de Chievres, el gran canciller Juan Sauvage, M. de Lassau, los cuales, según tantas veces sucede, se dispusieron a seguir una política diametralmente opuesta a la de sus antecesores; bastaba que Cisneros se hubiese mostrado contrario a Las Casas para que ellos le acogieran bien.

No tardaron en llegar nuevas cartas atacando duramente a Las Casas, pero por fin logró éste atraer a su partido a los ministros de Carlos I y el resultado fué aceptar sus proposiciones, que eran:

1.° Que se enviasen a las islas labradores de Castilla, para que poblasen y cultivasen la tierra.

2.° Que se concediese a los españoles allí avecindados *la libre saca de los negros*, para que llevados allí, trabajasen en los ingenios y las minas, dos clases de fatiga que los indios, por su debilidad, no podían resistir.

Era, como se ve, declarar libres a los cobrizos para reducir a esclavos a los negros, y con sobrada razón es considerado semejante arbitrio como un negro borrón que manchará por siempre más la memoria de Las Casas. Sólo le salva de tan terrible responsabilidad haberse arrepentido después, "porque la misma libertad, dijo, es de ellos que de los indios".

Aprobada la propuesta, buscó Las Casas, auxiliado por un tal Berrio, labradores que quisiesen ir a Santo Domingo; pero sucedió que Berrio, luego que hubo allegado algunos centenares, los embarcó, sin ir con ellos, y como llegados allá se encontraran sin jefe ni guía, dispersáronse por la isla, de suerte que no se pudo realizar lo proyectado; en cambio, adquirió desde luego grande incremento la trata de negros, cuyo privilegio se concedió al barón de la Bresse, cortesano de Carlos I, que lo vendió a los genoveses.

En vista de que nada podría en Santo Domingo, donde tanta oposición encontraban sus ideas, ocurriósele un plan verdaderamente grandioso: pidió se le concedieran *mil leguas* en la costa de Tierra Firme, obligándose a darlas por redimidas y pacificadas en el término de dos años, pero por distinto sistema del empleado hasta entonces; a los tres años, el tesoro del rey percibiría 15.000 ducados de las contribuciones de los indios, y a los diez años 60.000. Repatriaría a aquella tierra a los indios que de ella hubiesen sido sacados, enviaría a otros de la Española, se llevaría él de España buen número de religiosos y de labradores de Castilla, y escogería, entre los pobladores, a cincuenta compañeros, para que, de acuerdo con él, fuesen los fundadores de los establecimientos

que se proponía levantar, con honrosos privilegios para los mismos.

La discusión de este proyecto en el Consejo de Indias se hacía interminable, a pesar del apoyo que dispensaba a Las Casas el nuevo gran canciller Mercurino della Gattinara, sucesor de Juan Sauvage, ya fallecido. La oposición contra el inquieto capellán era furiosa, distinguiéndose entre sus adversarios el ilustre cronista Oviedo, pero Las Casas no se mordía la lengua, antes bien, llevado de su celo en favor de los indios, no ponía freno en su palabra.

Llevóse el caso a la propia resolución del rey don Carlos, y ante él compareció el licenciado Las Casas, que sin arredrarse por la presencia del monarca, se expresó con elocuencia arrebatada, y aun tal vez con sus puntos y ribetes de irreverencia, pero ello es que al fin se acabó por concedérsele lo que pedía, salvo que en vez de mil leguas sólo se le consintieron doscientas setenta (1520).

Ya tenemos a micer Bartolomé caudillo de una vasta y dificultosa empresa. Llevábase consigo 200 labradores, pedía prestadas cuantiosas sumas y se le fletaban por cuenta del rey tres navíos, a bordo de los cuales partió de Sevilla la expedición.

La costa a donde se dirigía era la llamada *de las Perlas* (litoral norte de Colombia, en el golfo de Darién), bastante frecuentada por nuestros armadores y en la cual había fundados ya dos conventos, uno de dominicos y otro de franciscanos. Al llegar a Puerto Rico, desembarcó allí Las Casas con los labradores, de cada vez más animoso y confiado en el buen resultado de la empresa que iba a acometer.

Funestas nuevas debía recibir allí: un tal Alonso de Ojeda (distinto del compañero de Colón y del soldado de Hernán Cortés, llamados con igual nombre y apellido) había traidoramente desembarcado en Costa Firme para hacer una *razzia* de esclavos, y de sus resultas habíanse alborotado los indios, pasando a degüello a Ojeda y sus compañeros; y lo que era más lamentable, creyendo que los dominicos estaban en inteligencia con ellos, les habían dado muerte asimismo e incendiado el convento, en vista de lo cual las autoridades de la Española enviaban contra los revoltosos una expedición al mando de Gonzalo de Ocampo, para castigarles rudamente.

Todos los planes de Las Casas quedaban trastornados con tales novedades, puesto que sus esperanzas se fundaban principalmente en la cooperación de aquellos dominicos; en vano intentó detener la expedición, avistándose con Ocampo, que era antiguo amigo suyo; los castellanos desembarcaron en la costa de las Perlas, impusieron terribles castigos, lleváronse como esclavos a centenares de aquellos indios que habían tomado parte o no la habían tomado en la matanza de Ojeda y sus compañeros y en el incendio del convento, y se retiraron después de haberles vengado con creces.

Las Casas se embarcó desde Puerto Rico para la Española, reclamando se le prestara auxilio, mientras lo cual quedaban los doscientos labradores que había traído de Castilla al cuidado de los granjeros de la bella Borinquen; pero inútiles hubieran sido sus requerimientos a no haber amenazado con volverse a España para dar cuenta al rey,—ya emperador de Alemania,—de la desobediencia de aquellas autoridades. Gracias a esto se llegó a una avenencia y se acordó darle los auxilios que pretendía, salvo entrar a la parte con los provechos.

En su virtud, fueron puestos a disposición de Las Casas los navíos de la expedición de Ocampo, con 120 hombres; partió la armada de la Española, y al llegar a Puerto Rico para recoger a los doscientos labradores castellanos se encontró Las Casas con que éstos, noticiosos de lo ocurrido en la costa de las Perlas, se habían desbandado, negándose a continuar el viaje, de manera que ni uno solo le siguió.

Era aquello para desanimar a cualquiera, pero Las Casas persistió en su idea y continuó el viaje, tan sólo con los soldados de Ocampo; llegados a la costa de las Perlas, en vez de poblar, resultó que los españoles que allí había sólo anhelaban marcharse y desoyendo las exhortaciones de micer Bartolomé, se metieron a bordo de los navíos para que Ovando los devolviera a la Española.

Y allí se quedó Las Casas, sólo con algunos amigos, sus criados y unos cuantos soldados, mas no era hombre para arredrarse por ello. Si el convento de los dominicos había sido incendiado y degollados sus moradores, subsistía en pie el de los franciscanos, y a ellos acudió. Todo fué inútil; los indios no depusieron su actitud hostil; los españoles de la inmediata isla de Cubagua le hacían una guerra sorda, y mientras Las Casas navegaba hacia la Española para pedir justicia, los indios exterminaban a los franciscanos, a los compañeros de micer Bartolomé y a los vecinos de Cubagua. Para colmo de desventura, el navío en que se dirigía a la Española equivocaba el rumbo y no llegaba allí hasta al cabo de dos meses, sabiendo entonces todo el desastre y sin medios con que embarcarse para España para dar cuenta del resultado. Refugióse en el convento de dominicos, envió cartas a los ministros y se decidió a profesar en aquella orden (1522), como para dar un eterno adiós al mundo.

''Bartolomé de Las Casas, como supo la muerte de sus amigos y pérdida de la hacienda del rey, metióse fraile dominico en Santo Domingo. Y así no acrecentó nada las rentas reales, ni ennobleció los labradores, ni envió perlas a los flamencos'', dice el elegante y nada imparcial Gomara, siempre de parte de los conquistadores.

Siete años se pasaron sin saberse de Las Casas, entregado a las austeridades y estudios de la regla dominicana, mas no por eso se mantenía ocioso, puesto que desde 1527 tenía comenzada la voluminosa obra en que debía perseverar toda su vida: la *Historia General de las Indias.* Desde la susodicha fecha, le veremos en el Perú, en Nicaragua, en Guatemala, en Méjico, evangelizando a los indios, ardoroso siempre en su defensa, infatigable en las conversiones, desafiando toda suerte de rigores y peligros, y conquistando millares de almas para el cielo, hasta que, arrastrado por su idea fija, la protección de los indios, volvió a la corte de España (1539) para solicitar diversas providencias a favor de aquéllos.

Hallábase Las Casas en su elemento en la corte, no por lo placentera ni lo propicia que es a toda intriga,—cosas diametralmente opuestas a la austeridad de sus costumbres y a lo abierto de su carácter,—sino porque allí podía lograr satisfacción a sus ferventísimos anhelos en pro de los americanos, y en efecto, desde luego (1540) tocáronse las consecuencias de su viaje con las numerosas cédulas que se expidieron en favor de los indios, y a él, en primer término, fueron debidas nuestras incomparables *Leyes de Indias,* acordadas en Barcelona, monumento que habrá de honrar eternamente a España.

Durante este permanencia en la metrópoli fué cuando escribió su *Destrucción de las Indias,* libro declamatorio, preñado de exageraciones, que ha servido de arsenal a los extranjeros para lanzar contra nosotros las más horribles acusaciones. Las Casas no fué imparcial, no fué verídico, no fué exacto; se dejó arrebatar por la pasión y cometió un verdadero delito de lesa patria, cuyas consecuencias perdurarán mientras haya España. Todo está allí abultadísimo, todo está inspirado en un amor a los indios que, más aún que eso, parece odio a los conquistadores, y no sólo admite todos los cuentos con que le vienen, sino que también los inventa él, sin reparar en contradicciones. Las Casas podía defender una buena causa, pero no apelando a las mayores imposturas y cometiendo las mayores injusticias.

Y claro está que en tal sazón, cuando tantos enemigos temblaban ante nuestro nombre, la execrable *Destrucción de las Indias* sirvió a maravilla a nuestros detractores para calumniarnos, y la aprovecharon para propagar su contenido, — sus mentiras,—por el mundo entero, traduciéndola, sacando estampas de los hechos más horribles y poniendo a su autor como dechado de almas grandes. No tiene, pues, nada de extraño que tantos buenos españoles se sintiesen indignados.

En Barcelona se hallaba, y por dichoso podía darse con la gloria de que, gracias a su intervención, se hubiesen redactado y publicado las *Leyes de Indias,* cuando recibió el nombramiento, expedido por el emperador Carlos V, de obispo de Cuzco. Negóse a aceptar y para no verse en el caso de tener que resistir a nuevos requerimientos, se salió de la capital del principado catalán; pero no le valió, pues al poco tiempo recibió nuevo nombramiento, esta vez para el obispado de Chiapas, y ya no le fué posible excusarse, a pesar de sus alegaciones. Consagrado en Sevilla, partióse de Sanlúcar el 10 de julio de 1544, con gran número de religiosos que debían ejercer su ministerio en las provincias de Chiapas y Guatemala.

Llegó Las Casas a la isla de Santo Domingo, y como se habían puesto ya en vigor las *Leyes de Indias* y se sabía la parte principal que había tomado en su elaboración, hubo de verse objeto de una acogida fría por demás, por lo cual se apresuró a proseguir su camino, aunque no sin exigir de la Audiencia se le entregasen, a tenor de las *Leyes de Indias,* las órdenes para que quedasen en plena libertad los indios que estuvieran esclavos en los términos de su jurisdicción, exigencia que los oidores procuraron eludir dando largas al asunto.

Por fin llegó a Ciudad Real de Chiapas, sede de su diócesis (1545), y desde luego mandó cumplir lo prevenido, o sea que renunciasen sus feligreses al tráfico de esclavos y pusiesen en libertad a los que tenían. Representaba esto, para todos, poco menos que su ruina, intentóse ablandar al obispo con dádivas y regalos, pero no conocían el temple de su ánimo, y así lo que hizo, rompiendo por todo, fué privar de los sacramentos a cuantos se negasen a cumplir sus órdenes o aplazaran su ejecución.

Estalló con ello una lucha enconada entre Las Casas y sus feligreses, y como el deán se mostrase desobediente a sus mandatos le mandó encarcelar, suscitándose con ello un tremendo alboroto. A tal punto llegó el desbordamiento de las pasiones, que los dominicos, que con él habían ido, le rogaron saliera de la ciudad, ya que en ella corría peligro su vida; pero no quiso escucharles, resuelto a perecer en defensa de lo que entendía ser un deber sacratísimo para con los indios. En cambio debieron marcharse los dominicos, en quienes los españoles se vengaban de las doctrinas que predicaban, negándoles toda limosna y colmándoles de insultos.

En pugna con todo el mundo, con el cabildo, con las autoridades, con sus feligreses; amargado por los disgustos, jamás intimidado por las amenazas, mal visto por los demás obispos, por los magistrados; intransigente por su parte, y considerándose asaz dichoso con el agradecimiento de los desgraciados, en cuyo favor tanto bien hacía, comprendió que ya no podía continuar en su cargo, y renunció a la mitra para regresar a España, a los dos años de haber inaugurado su prelacía.

Y bien puede decirse que, de nuevo en la corte, pudo hacer más por los

(Continúa en la siguiente página).

FIGURAS Y LIBROS DE BRASIL Y PORTUGAL

Carlos DIAZ FERNANDEZ

Para "Fray Mocho".

Estado de cosas...

La evocación es una de las tareas más nobles del escritor, y tal vez la más humana de la vida.

En esta época, bastante atravesada en conceptos de pureza, muy pocos son los que dedican alguna atención a las figuras del pasado, y ni siquiera del presente. Se vive en neutro... Perdónesenos la frase, dura y gráfica; pero es la más real y más de acuerdo con la psicología del escritor contemporáneo.

Este fenómeno—porque no deja de ser así—viene del cruce de tanta gente ajena a las letras, que fraterniza—sólo de nombre y no de espíritu—con las firmas más serenas de la tan decantada república de las letras.

El "loco afán" de figurar en las letras de molde, saca de sus cobertizos a tranquilos moradores y los inquieta, lo que no estaba, desgraciadamente, en la facilidad de sus cerebros.

Tan lamentable situación, está dando por resultado un cisma seriamente comprometedor para esa citada república.

Figuras interesantes, nobles, con criterio, con voluntad, con serenidad y principios morales, están quedando en un plano inferior en el concepto popular, por esos fariseos entrometidos en lo que no les va ni les viene...

Cada día, nuevos escritores, que no son nada más que nuevas ediciones de viejos escritores.

Hay que obligar a hacer, como dice Monteiro Lobato, que la ley del embudo se cumpla, como la ley del servicio militar. Lo trágicamente doloroso, es que, con tanta creación, nos estamos haciendo descreídos. Cada momento, un nuevo calificativo destrona al lógico calificativo de años atrás...

Una serie de rapaces, casi todos imberbes, seguidos por una serie de cínicos hastiados, están colocándose en los sitios más visibles de las publicaciones contemporáneas, confundiendo las ideologías, tal como en la Torre de Babel se confundieron los idiomas.

¿Es razonable? ¿Tiene alguien la culpa de esto? Sí. Y los tales culpables son los honestísimos padres de familia, que dejan crecer a sus hijos escritores, de igual manera que crecen los hongos.

El medio...

Estas apreciaciones mías, son aplicables a casi todos los países. En Francia mismo, han aparecido una serie de escritores, que están dejando mal parada la gloria literaria francesa. En el Brasil, que no estaba contaminado de tales ingratos, empieza a sentirse la infección.

Yo recuerdo, hace un par de años solamente, que, tan populares eran los coloniales, con Gregorio de Mattos a la cabeza, como el más moderno de los modernos escritores.

Se leían, se comentaban, y no entró la fiebre de la ingratitud...

Sao Paulo, empezó a sentirse preocupada, cuando Graça Aranha lanzó su libro "A Esthetica da Vida", agrupándose ante ese hombre de más de cuarenta años, criaturas que recién dejaban el biberón...

Luego fué Río Janeiro. Poco a poco, los apartados estados, por no ser menos, siguieron el mal ejemplo.

Y hoy, es la dulce, la tranquila y serena Parahyba do Norte, cuna del torturado poeta Augusto dos Anjos y del eminente estadista Epitacio Pessoa.

La "Revista de Norte" ataca en uno de sus últimos números, a Carlos Díaz Fernández, una de las figuras más representativas del Brasil contemporáneo, de la misma generación de Monteiro Lobato, Hilario Tacito, Mario Sette, Godofredo Rangel, Galio do Arizonas, Tristao do Atahyde, Alfonso Celso, Leo Vaz, Martín Fontes y otros.

El primer libro de Carlos D. Fernández, apareció en su ciudad natal, en el año 1917, y se titula "Palma de Acanthos", versos. Difícil será dar hoy con esta obra. La aparición de este libro fué, no solamente en su estado un gran acontecimiento, sino que en Río y San Pablo, causó admiración y respeto.

Hombre apasionado, eterno viajero, cazador de estrellas incorregible, surcó todos los océanos. En París publicó dos libros, "Solaus" y "Album de Belém" que fué calurosamente elogiado por la prensa francesa. Luego, en Italia, publica "Políticos do Norte". Antonio Lemos y "Solaus",—que mereciera la traducción francesa.—agotándose rápidamente la edición.

Su larga permanencia en Génova, donde dió sus dos libros citados, más adelante, después de un largo paseo por toda Italia, publicó también en Génova "Torre de Babel", libro de cuentos y crónicas. Asimismo, hizo la traducción de algunas obras de la literatura italiana al portugués.

Fué diplomático en el pasado gobierno, y dejó a su país, tanto en Francia como en Italia, a un alto nivel moral. El total de sus obras, son unos 20 volúmenes, donde la novela, el cuento, el ensayo, la crónica y la poesía, se citan en armonía y serenidad.

Pero, su fuerte, es la poesía, poesía profunda y trágica, de un hondo misterio tropical, de pena y de muerte.

La poesía.

"Palma de Acanthos", 1917; "Vanitas Vanitatum", 1918; "Solaus", 1918; "Cançao de Vesta", 1919; "Myriam", 1920; "Sansao e Dalila", 1921; "Livro das Parcas", 1921 y "Terra da Promissão", 1923.

Entre estos 8 volúmenes, está la obra de uno de los más grandes poetas brasileños, injustamente colocado en un segundo plano.

Y, creo que, casi completamente desconocido en España y en las repúblicas de lengua castellana.

El más apreciado, según las opiniones de personas que traté en Brasil, es "Solaus" y "Terra da Promissão"; del segundo, son estos versos:

"So a experiencia nisto vos acude:
Sao dois unicamente os vossos trilhos:
—Cuidae muito do corpo e da saúde,
Educae no trabalho os vossos filhos.

Para que vosso espíritu se integre
No largo e presupposto itinerario;
Hembrae-vos que nao póde ser alegre
Nem diligente um valetudinario.

Quereis bygida prole e frustos lampos?
—Habitae nos planaltos e collinas,
Alimpae vossos lares, vossos campos
De microbios, de insectos e verminas.

Pelo vosso monrejo infatigavel,
Vae-se augmentando e refundindo a gente,
Como saem da gleba caroavel
Melhores fructos de melhor semente."

El tono es recio y es sano. Tiene sonoridad de églóga, y trompeta de guerra en algunas estrofas, como estas:

"Reside em vossos rusticos celeiros
A reserva de força e de energia,
Com que trinta milhoes de brasileiros
Guardan a conquistada autonomía.

Sem o vosso labor calmo, indefesso,
Nao póde haver tranquilla segurança:
Vos sois os baluartes de progresso,
As columnas da paz e da esperança.

Com o vosso bordao e o vosso arado,
Edificães trincheiras contra a guerra,
O pegureiros, que tangeis o gado,
O lavradores, que amanhaes a terra."

Paz y fuerza, como si la salud y la risa estuviese permanente en este hombre gigante en cuerpo y en alma.

En Sao Paulo, sentí al joven poeta Paulo Gonçalves, un elogio sincerísimo de Carlos Díaz Fernández.

Entre otras palabras, me dijo, que figura y figurará al lado de Alberto de Oliveira y Vicente de Carvalho.

En Oliveira, por la evocación de la sierra, y en Carvalho, por el mar.

De un profundo lirismo, hay momentos que nos parece leer los magistrales versos de Guimaraes Passos, y para muestra, citemos estos de "Livro das Parcas":

"Sob essa tenue cupula se eleva
Una esphinge, toucada de arreboes;
Em tous de sepia ya se esboça a treva
Trazendo ao collo os obumbrados soes."

La prosa.

"Torre de Babel", 1918; "A Renegada", 1919 y 1922—su mejor novela—"Os Cangaceiros", 1920; "Talcos e Avellorios", 1920, las citadas al principio, hechas en Francia e Italia, además de una cantidad considerable de conferencias editadas en folletos, de las que sobresalen: "A Cultura Clásica", "Ruy Barbosa" y "Tobias-Jurista e Filósofo".

De sus monografías sobre "Politicos do Norte" y hombres ilustres de ese estado del Norte del Brasil, citaré "Epitacio Pessoa", "Antonio Lemos", "Augusto Montenegro" y "Frei Caetano Brandao".

Anotaremos la formidable edición de su libro escolar "Escola Pittoresca", que en una sola edición se han hecho 11.000 ejemplares, solamente para Parahyba do Norte.

Es, pues, una vida admirable. En la educación cívica de sus principios morales, en la cultura clásica y profunda de sus ideales. En la alegría de su alma siempre joven y soñadora, y en su obra cotidiana, como director del mejor diario de su provincia "A União", donde puede verse, diariamente, su firma, combatiendo o cooperando al engrandecimiento de su pueblo.



Señor Carlos Díaz Fernández.

Finis...

"No hable usted de mí; yo no puedo interesar a un gran país, donde hay tantos grandes espíritus... Mi vida es simple, muy simple... Sólo hay de notable, el trabajo y la salud.

Diga usted que esa alegría que mis amigos siempre enaltecen, porque florece en los labios de un poeta, tiene una amarga congoja íntima...

Mis cabellos son blancos, y no hay en mi hogar la voz de un niño que soliviante la quietud de la tarde..."

Esto dice Carlos Díaz Fernández, un desconocido para las letras del Plata, pero grande y bueno para todos los que sondeamos un límite más amplio y generoso que la mesa del café y la cháchara vanal de cuatro maldicientes desocupados.

B. SANCHEZ-SAEZ.

---

indios que en el mismo Nuevo Mundo, pues era infatigable en promover la expedición de cédulas y provisiones que fuesen en su beneficio.

Transcurrieron los últimos años de fray Bartolomé de Las Casas entregado al estudio y a las prácticas religiosas, mas sin descuidar por eso un solo punto la protección y defensa de los indios, de las cuales había hecho el principal objeto de su vida. Falleció a la edad de 92 años (últimos de julio de 1566), en el convento de Atocha, de Madrid, donde vivía en la mayor humildad a pesar de la elevada situación que había ocupado.

Es de notar cómo a pesar de los ataques, no siempre justos, que dirigía Las Casas a los conquistadores y a los españoles establecidos en Indias, en general, jamás incurrió en las iras del emperador, ni aun de Felipe II, antes bien siempre se le guardó el mayor respeto y se le atendió con largueza. El mismo Consejo de Indias llegó hasta prohibir la impresión de libros en que se le impugnase, diciendo que "a este piadoso escritor no se le debía contradecir, sino comentarle y defenderle".

Pasó el tiempo, y llegada nuestra época, tolerante y comprensiva, "perdonáronsele sus errores, dice un ilustre escritor, perdonáronsele su exageración y su vehemencia; estas faltas, aunque hubieran sido mayores, desaparecían delante de aquel generoso impulso y benéfico propósito a que consagró todos los momentos de su vida y todas las potencias de su alma. Las Casas debió entonces crecer en aprecio y nombradía; y recomendado por la historia, preconizado por la elocuencia, su nombre ya no pertenece precisa y peculiarmente a España, que se honrará eternamente con él, sino a América, por los inmensos beneficios que le hizo, y al mundo todo, que lo respeta y le admira como un dechado de celo, de humanidad y de virtudes."

Curiosidades

Con todas las materias minerales que encierran las aguas del mar podría formarse, según cálculos, una capa sólida de más de ochenta metros de espesor, que cubriría toda la América del Norte, Europa y Australia, es decir, una quinta parte del terreno que sobresale sobre el nivel del mar.

Un individuo cualquiera puede morirse por falta de aire en cinco minutos; por falta de sueño en diez días; por falta de agua en una semana, y por falta de alimentos en períodos variables, según las circunstancias.

En Labrador se calza a los perros que tiran de los trineos con zapatos de piel de foca, porque este material les pone a cubierto de los efectos que podría producirles en las patas la marcha por superficies heladas.

"¡VIVA LA MUJER!, revista de Roberto L. Cayol y H. Cairo, en el MAIPO

La empresa de este teatro ha realizado un verdadero esfuerzo por superarse a sí misma en la presentación de espectáculos de lujo. La nueva revista, estrenada últimamente, supera en mucho a las del debuto y puede competir con las más aparatosas que se hayan presentado entre nosotros.

Consta esta pieza de un prólogo y once cuadros, en los que se hace desfilar a veces la nota sainetesca de los personajes populares y, otras, un número artístico o un conjunto de elegancias femeninas vistosamente decoradas. No es, desde luego, esta revista un exponente acabado de lo que en nuestro entender deben ser esta clase de espectáculos, pero satisface ver que va cundiendo entre las empresas el deseo de dar también su parte al buen gusto, con el que antes no se contaba para nada.

Cuenta este conjunto con figuras destacadas, tales como las primeras tiples Gloria Guzmán, Carmencita Lamas e Iris Marga y actores como Simari y Climent. Actúan, además, en la revista a que nos referimos, las ocho Mack Sennet girls que constituyen un excelente cuadro de baile, ya muy aplaudido por el público en el Empire.

Los cuadros más destacados son "El oro", "Yo tenía un amorcito" y "El aparato radio-conyugal".

La revista "¡Viva la mujer!" ha de perdurar largamente en el cartel del Maipo.

"DON QUINTÍN EL AMARGAO", de Arniches y Estremera, música del maestro Guerrero, en la COMEDIA

El maestro del sainete madrileño, Carlos Arniches, se ha anotado otro éxito en la larga carrera de su vida teatral. En este nos presenta a un hombre de mal talante e incrédulo en cuestiones de amor, que se impone a todos por su carácter avinagrado y la negrura de sus pensamientos. Esto da motivo para la presentación de unas cuantas escenas jocosas en las que alardea el ingenio acreditado del graciosísimo autor de "Las grandes fortunas". La pieza termina con la nota sentimental, obligada por tradición. Los números de música han sido agregados en forma un poco forzada, pero se escuchan con agrado.

Fueron aplaudidos la Agueda, la Mir, Quintanilla y Catalá.

"PERO HAY UNA MELENA", de Cappemberg y Contursi, música del maestro Terés, en el BUENOS AIRES

El verso del popular shimmy de Böhr, que ha servido de título a esta revista, es un motivo tomado para despertar la atención del público, como es de práctica en piezas de este género, en las que todo es desarticulado y arbitrario. Una serie de cuadros de diversa índole y gusto nos presentan los autores y casi todos fueron recibidos con agrado por el público. A ello contribuyó eficazmente la labor de los actores y muy especialmente la de las primeras figuras del elenco, Muiño y Alippi.

SIGUE EL ÉXITO DE LASALLE

La bella comedia de José León Pagano "Lasalle", con la que Angelina Pagano se presentó al público en el Liceo en la temporada corriente, continúa en cartel y seguirá por mucho tiempo aún, dado el interés con que el público acude a dicha sala.

ESTRENO EN EL ARGENTINO

La compañía Rivera-De Rosas, que viene realizando en el Argentino una temporada muy interesante, debió estrenar el viernes último "Maneco, peso medio pesado", de Bousquet y Rip, que constituye una primicia para nuestro público. Nos ocuparemos de esta pieza y de sus intérpretes en el próximo número.

LA TEMPORADA DE LIGERO

Han sido reprisadas con gran éxito por la compañía de Pozas-Ligero, en el Mayo, "La verbena de la paloma" y "La mala sombra", dos obras que siempre tienen público y aplausos.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

Parece que en la semana próxima tendrá lugar el estreno, ya muy anunciado, de "La linda tapada" que se espera con interés.

TERMINÓ EL CONJUNTO BRENA-GUTIÉRREZ

Mucho antes de entrar al corazón de la temporada, puso término a sus funciones la compañía nacional que actuaba en el Marconi. Era lo que debía suceder. A pesar de la dirección experta del señor González Castillo, del valor artístico de algunas producciones y del empeño de la compañía por imponerse, tuvo que doblegarse ante la evidencia. En realidad, aunque discreto el conjunto, carecía de figuras capaces de escudar, diremos así, la temporada. Ni la señora Brena, ni el señor Gutiérrez, son artistas que gocen en el público de prestigios suficientes para mantener con sus nombres una temporada, ni su capacidad artística, con ser estimable, alcanza a la suma de valores necesarios.

Ha sido una experiencia que ha dejado ingratas enseñanzas.

NOVEDAD EN EL NACIONAL

Salvo contingencias imprevistas, el cartel del Nacional ha debido sufrir una renovación el viernes, dándose a conocer el sainete de Sánchez Gardel, "El dueño del pueblo", en el que confiaba Carcavallo redondear un éxito, en cuatro actos, "La emigrada", a la que nos referiremos en otra edición.

EL REEMPLAZANTE DE GUIDOBONO

Si no ha ocupado ya su puesto en el cartel del Sarmiento, debe hacerlo en estos días. Guidobono es el protagonista de la pieza de Traversa que últimamente hizo estrenar por Ratti y que ya ha declinado visiblemente en su éxito de hilaridad. El sustituto es "Los modernos mosqueteros", de Eleodoro Peralta. Nos ocuparemos de esta producción, de su estreno y consecuencias, oportunamente.

LAS REVISTAS DEL IDEAL

Están en pleno auge. El público acude a esta sala en bien nutridos contingentes y aplaude con entusiasmo los números de "Zas-Tras" y "Ni más ni menos" que son las dos afortunadas revistas con que la compañía inició su temporada y que seguirán, por lo visto, ocupando el cartel durante un rato largo.

LAS DEL SAN MARTIN

Todas las revistas son compatibles. La gente sale de un teatro y se mete en otro, buscando siempre revistas y cuando no tiene tiempo para hacerlo así, vuelve al día siguiente. Lo cierto que todas las noches, hay mucho público en todos los teatros de revistas. Estos espectáculos van a ser la causa de la ruina de muchos, porque nadie ha ido al teatro tanto como ahora. De modo, pues, que pueden todos seguir disfrutando tranquilamente del favor del público y de su dinero, sin temores ni zozobras. No sería en ninguno de los casos, indispensable, la frecuente modificación del cartel, pero las empresas, por las dudas, están avizores y no descuidan el detalle.

En el San Martín siguen "Adelante con los faroles" y "Plus Ultra". A la primera le ha sido agregado un cuadro hablado de Novión y González Castillo, titulado "Los niños precoces" que ha tenido muy buena aceptación.

¿Y cómo no?

to, vale decir, seguir acertando como siempre. Esperamos en otro número informar al lector acerca del nuevo trabajo del autor de "Los mirasoles".

ANUARIO TEATRAL ARGENTINO

Acaba de aparecer una obra nueva para la farándula, como puede inducirse de su título. Es una recopilación minuciosa y esmerada de datos concernientes a la actividad teatral y que viene a llenar una necesidad para cuantos se interesan por la vida escénica nuestra. Es una obra práctica, excelente guía teatral.

LA SALA DE VACCAREZZA...

O sea el Apolo, ha obtenido un buen suceso con la pochade "Pobre mi padre querido" y el sainete del director, "La vida es un sainete", que pasó las cien de un vuelo. Próximamente, si no está ya en el cartel, "El caballero negro", espectaculosa pieza de Ballesteros.

DEBUTÓ LA QUIROGA

Inaugurando la nueva sala del Ateneo, espléndido teatro construído con todas las exigencias del gusto moderno, se presentó el sábado la compañía de la señora Camila Quiroga, estrenando la comedia de Martínez Cuitiño,

METALÚRGICA

No hay duda de que la industria es una de las actividades humanas que rinden mayor provecho. Y el que lo dude, que se lo averigüe al señor Rodríguez Acasuso, propietario del establecimiento metalúrgico que fabricó "La mujer de bronce", cuya exhibición en el Smart despierta la curiosidad de las gentes.

El autor ha demostrado que sabe fundir metales sin fundirse, y el público, que ha fundido todo su sentido artístico, si es que alguna vez lo tuvo.

LA CALAMIDAD DEL MATRIMONIO

No pueden pensar otra cosa, por lo menos, los que pertenecen al sexo pantalonudo, de la antes acreditada institución doméstica, viendo las zozobras del lamentable Trifón, modelo de maridos mansos, víctima del genio diabólico de la terrible Sisebuta.

El dibujo animado de García Velloso, especie de sainete o cosa muy parecida, es un imán en el Nuevo, donde se espera llevar la pieza a un centenar consecutivo de representaciones, por la parte baja.

Casaux y la Dealessi, según repiten "Trifón y Sisebuta", van sacándole cada vez punta más aguda a sus papeles.

POLITEAMA

El celebrado ilusionista chino, Li-Ho-Chang, con su interesante "partenaire", ha debutado con aplauso en esta sala, ante una concurrencia numerosa. Es un artista interesante, que ofrece un espectáculo si no del todo original, que atrae y gusta. Así lo ha sancionado el público.

NUEVA COMPAÑÍA EN EL MARCONI

El conjunto que encabezan los artistas italianos Piacentini y Franza, apuntalado por el popularísimo Cavalli, ha vuelto a sentar sus reales en un teatro de categoría. Con bastante público, se presentaron el viernes en el Marconi, donde actuarán cierto tiempo.

La compañía la forman elementos conocidos.

CASINO

Una troupe de bailes rusos encabezada por la danzarina Sascha Morgowa, hizo su presentación en este teatro, conquistando el aplauso del público. Números de variedades muy atrayentes completan el cartel, anunciándose para en breve nuevos debutos.



DE LA ESCENA MUDA



Norma Talmadge y Eugene O'Brien, en una escena de la película "Secretos", que la Corporación Argentino-Americana de Films estrenó el sábado último.



Douglas Mac Lean y Patsy Ruth Miller, protagonistas de "El cónsul yanqui", cinedrama que la Sociedad General estrenará el viernes próximo.



Madge Bellamy, intérprete—con William Hames, Stuart Holmes y Alma Bennet—de la película "Un zonzo y su dinero", estrenada anteayer por Max Glücksmann.



Escena de "Lo que cuesta el placer", donde se ve a Virginia Valli y Norman Kerry, cinedrama Jewel, que la Universal estrenará el viernes próximo.



Jean Paige y Charlotte Merrian en un pasaje de la superproducción Vitagraph "El corsario rojo", cinedrama que está exhibiendo la New York Film.



Buck Jones y Evely Brent, en una escena de "Al borde del desierto", cinedrama que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Pasaje culminante de "El amigo de las mujeres", película especial Metro-Goldwyn, interpretada por Alma Rubens y Lyonel Barrymore, con argumento de Blasco Ibáñez, que la Corporación estrenará el próximo jueves.





La familia de Olaeta, en las playas de Melincue.

Del balneario Melincué



Un bañista que forma rancho aparte.



El doctor Villaverde, explicando a unas jóvenes la influencia de la melena sobre la teoría de la relatividad.



Contemplativa.



Un saludo fascista durante los últimos chapuzones.



"Footing" saludable después del baño.



Señoritas de Vita y de Contreras



Una vista parcial del balneario Melincué.



El secretario de la jefatura de policía, señor Nicasio Zabala y el gerente de la sucursal del Banco Hipotecario Nacional, señor Alejandro Gutiérrez.

Fots. Denaro





Señoritas de Morando, González y Cornejo y doctor Villado Achával.



Nena de Jordán.



Doctor Clemente Sañudo y señora

De MAR CHIQVITA



Vista tomada a vuelo de pájaro del gran establecimiento balneario Hotel Miramar, propiedad del señor Victorio Rosso.





Señora de Rosso e hijo.



Señora de Mediati y señoritas Emma Lanza, Mimí Prieto, Matilde Crosetti, Chita Lamas, Leonor e Isabel González y María Pratolongo.



Un aspecto del amplio salón comedor del Hotel Miramar, a la hora en que los veraneantes recuperan fuerzas.

Fots. Jordán.



NOTAS GRAFICAS DE LAS TERMAS DE CACHEUTA



Una escalera viviente.



—¿Qué quiere París?



Señorita Ida Meucci.



Señoritas Celia Méndez y Martita de Tomasi.



Buzzi y familia, y Angel Lanfranco y señora.



Señor Francisco Buzzi y su hija María Thelma.



Señoritas Salomé y Marta de Tomasi y señor Gregorio Centurión.



La despedida al veraneo.

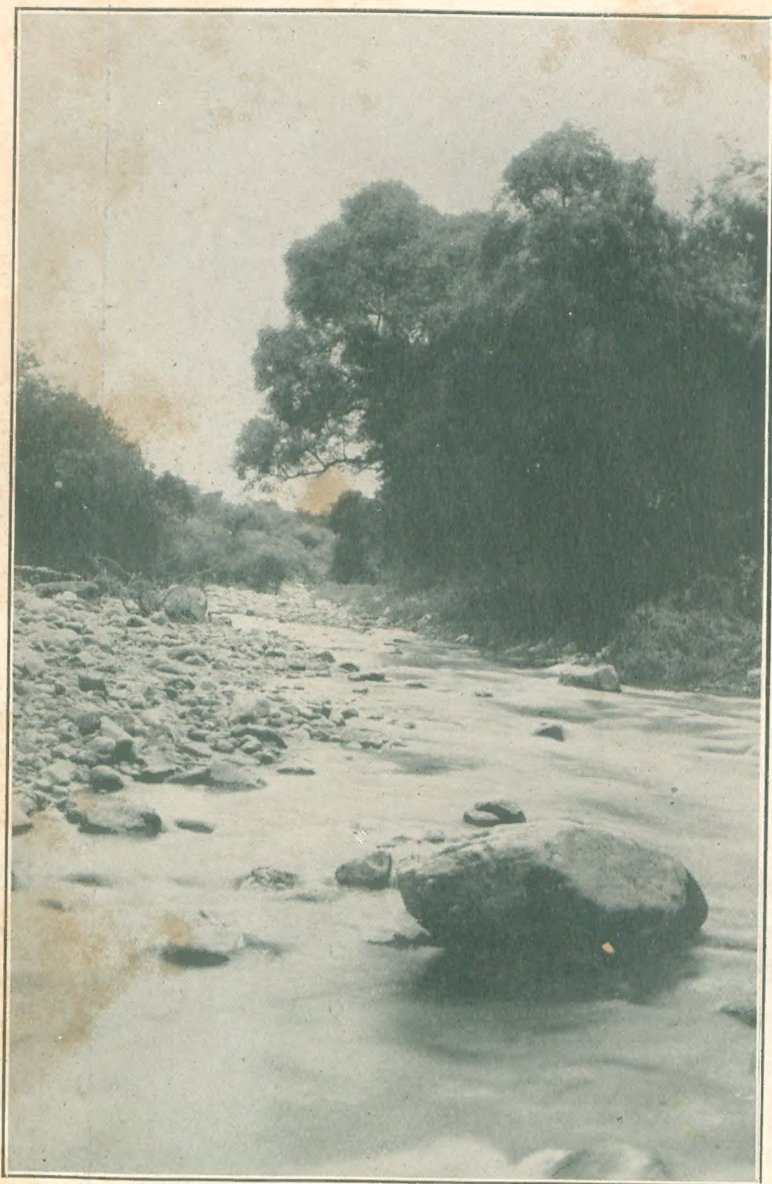


Señoras de Piazza y de Rufino Ortega.

Fots. Bejarano.



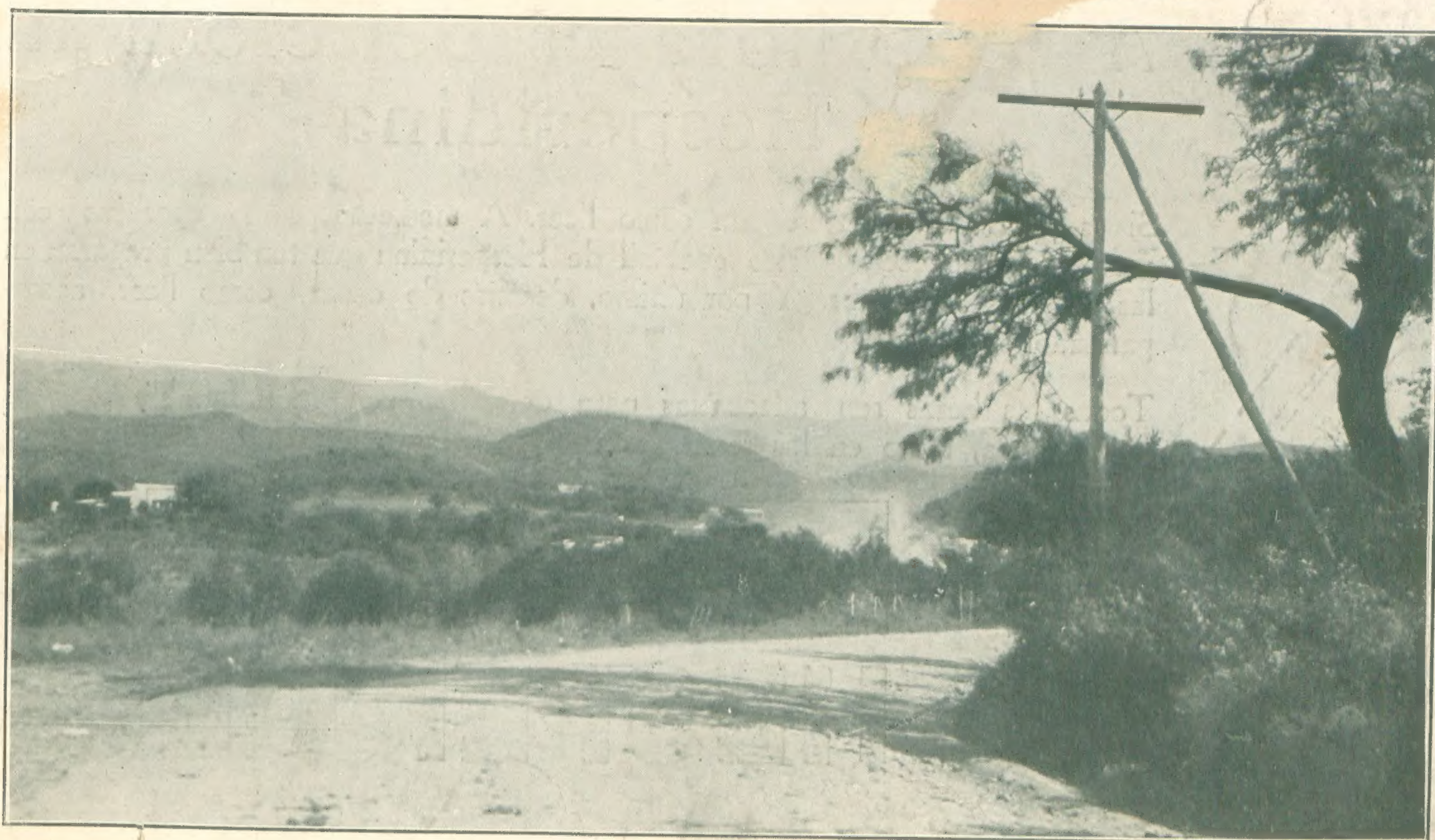
MOTIVOS CORDOBESES — Unquillo



El río Unquillo.



Agua mansa.



Un recodo del camino a río Ceballos.

Fots. obtenidas por el señor Antonio de Luque, director de nuestro colega "El Litoral", de Concordia.



A toda hora es deliciosa la Hesperidina

Si es de mañana, una copita como licor. A mediodía, como aperitivo con soda. Al anochecer, el rico cocktail de Hesperidina que tan bien preparan en las confiterías y clubs. Y por último, después de cenar, como licor, acompañando el café.

Todas las horas son adecuadas para deleitarse con la inimitable y vieja Hesperidina, tanto en las reuniones como en la tranquilidad del hogar.

GRATIS

enviamos a quien lo solicite — previo envío del cupón adjunto y 30 centavos en estampillas para embalaje y franqueo — una botella-muestra de HESPERIDINA.

Señores M. S. BAGLEY & Co. Ltda. — Casilla Correo 201, Bs. Aires

Sírvanse enviarme la botella-muestra de HESPERIDINA que ustedes obsequian. Adjunto 30 cts. para embalaje y franqueo.

NOMBRE ....

DOMICILIO ....

CIUDAD ....

F. C. ....

F. M.

HESPERIDINA

BÁGLEY

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.